TEATRO SOVIETICO

HERRUMBRE ROJA

DRAMA EN 11 CUADROS ORIGINAL DE

A. KIRKON Y V. USPENSKY

¡VENCISTE, MONATKOF!

DRAMA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS ORIGINAL DE

I. STEIMBERG

EXCOMISARIO DE LOS JOVIETS

PRÓLOGO Y TRADUCCIÓN DE CRISTOBAL DE CASTRO

M·AGVILAR

PROLOGO Y TRADUCCION
DE CRISTOBAL DE CASTRO

TEATRO SOVIETICO

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

A. KIRKON y V. USPENSKY

HERRUMBRE ROJA

DRAMA EN ONCE CUADROS

I. STEIMBERG

EX COMISARIO DE LOS SOVIETS

¡VENCISTE, MONATKOF!

DRAMA EN UN PROLOGO Y TRES ACTOS

M. AGUILAR
EDITOR
MARQUÉS DE URQUIJO, 39
MADRID
1931

TEATRO SELECTO UNIVERSAL

Colección única en idioma español.-Las mejores obras.-Texto íntegro.-Traducciones fieles.-Prólogos documentadísimos.

VOLUMENES PUBLICADOS

TEATRO REVOLUCIONARIO RUSO.—Comprende: *Fuera de la ley*, de León Lunst.—*La moneda falsa*, de Máximo Gorki.—*El que recibe las bofetadas*, de L. Leónidas Andreief.—Prólogo y traducción de Cristóbal de Castro.

TEATRO GROTESCO RUSO.—Comprende: *El matrimonio*, de Nicolás Gógol.— *El primer destilador*, de León Tolstoi.— *El vals de los perros*, de Leónidas Andreief.—Prólogo y traducción de Cristóbal de Castro.

TEATRO DRAMATICO JUDIO.—Comprende: *Mirra Efros*, de Jacobo Gordin.—*El alma en pena* (El Dibbuk), de An-Ski.—*Anatema*, de Leónidas Andreief.—Prólogo y traducción de Cristóbal de Castro.

TEATRO JAPONES.—Comprende: *Yoshitomo*, tragedia del Japón antiguo, por Tarahiko Kori.—*Amor*, drama moderno, por Tanizaki Juniki.—Prólogo de Cristóbal de Castro.—Traducción directa de Antonio Joaquín Ferratges.

TEATRO SOVIETICO.—Comprende: *Herrumbre roja*, de A. Kirkon y V. Uspensky.—*¡Venciste, Monatkof!*, de I. Steimberg.—Prólogo y traducción de Cristóbal de Castro.

VOLUMENES EN PREPARACION

TEATRO SOCIAL NORTEAMERICANO
TEATRO DE LOS NEGROS
TEATRO TIBETANO

PROLOGO

POR CRISTOBAL DE CASTRO

PROLOGO

Panoramas vanguardistas.

Al estallar la Revolución, el teatro ruso se hallaba vinculado en Stanislausky. El formidable animador escénico, briosamente secundado por Olga Kniper—la gran actriz, esposa de Antón Chékof—, asumía en el Teatro Literario de Moscú las orientaciones de un arte exclusivamente intelectual, influenciado por las nuevas escuelas de Europa.

El teatro popular—Gógol, Tolstoi, Gorki, Andreief—mantenía su tradición en las masas, siempre bajo la espada de Damocles del Santo Sínodo, cuyo dictador, Pobenodosef, excomulgaba a diestro y siniestro.

De esta suerte, cuando el huracán revolucionario barrió definitivamente al zarismo, gimoteaba en su cuna «octubrista» el nuevo rorro teatral. Ya, con todas las ansias de cosas nuevas, con todos los ímpetus y furores del esclavo que rompe el yugo, avanzan las primeras guardias líricas, con el grupo de los «poetas feroces»: Alejandro Block, Weteglin, Pasternack. Y con su calor y entusiasmos, las primeras vanguardias de novelistas, ensayistas y críticos, con *Los hermanos Serapiones*: Leon Lunst, Miguel Zotchenko, Usólod Ivánof, Coustantino

Fédin, Miguel Slonimski, Benjamín Karverin, Nicolás Kitin, Víctor Schloski, Isabel Polonskaia, Nicolás Tikonof y Uladimiro Pozner.

Luego, en los días turbios y perturbadores de Kerensky, crece la confusión literaria bajo la confusión política y social. Y vemos al grupo «akmeista» (de «akmé», florecimiento), animado por Ana Akmatova, Osip Mandelstan, Nicolás Gumilof y Sergio Garodestki, polemizar, aunque *sotto voce*, en redacciones y cafés, con el grupo «iconoclasta», donde Brusof, Zenaida Hippius, Krutchonky y Lirtnis claman a gritos que «hay que tirar por el balcón a Gógol y a Tolstoi».

Pero todo esto son tortas y pan pintado con los escándalos literarios que atruenan como cañonazos al advenimiento de Lenin. Entonces, y recién ungidos por el crisma soviético, surgen los estruendos terroristas de Mayakousky, de Sergio Esénin, de Marina Tsuetseva, de Nicolás Kluef, como una guardia joven de «verdugos literarios».

Pero como cada día trae su afán, las luchas intestinas del Soviet político traen las discordias literarias. Y las rencillas entre Lenin y Trotsky acusan ya las divisiones entre intelectuales «proletarios» e intelectuales «burgueses».

Los tres ciclos escénicos.

El predominio de las direcciones artísticas—Stanislausky, Meyerhold, Tairof—concentra en los animadores toda la potestad escénica. No surgen las orientaciones de los autores, sino de los actores. No del creador, sino del intérprete. Así, el teatro gira en torno, no de los ciclos literarios, sino de los escenográficos. ¿Acaso

porque en los autores no se destaca el capitán y en los escenógrafos sí?... ¿Tal vez porque los escenógrafos imprimen a su arte caracteres más genuinos?

Sea de ello lo que fuere, es innegable que ningún autor bolchevique destaca con la autoridad y la popularidad que sus directores escénicos. Y que los ciclos teatrales de esta época no se forman en torno a ningún autor, sino en torno a los tres «animadores»: Stanislausky, Meyerhold, Tairof.

Ciclo Stanislausky.

Se inicia, como ya hemos dicho, en el Teatro de Arte, de Moscú, bajo la dirección del gran actor y escenólogo Stanislausky, con la cooperación de la insigne actriz Olga Kniper.

A los comienzos, con el repertorio de Antón Chékof —el fino dramaturgo de la clase media—alterna el teatro francés romántico de Musset y el alemán, también romántico, de Schiller.

Más tarde, la ampliación estética del director comunica a la escena nuevos valores artísticos. Las luces, el decorado, los trajes, las músicas, incorporan la tradición vivaz y colorista del *ballet* ruso. Stanislausky—en diversas interviús con literatos franceses, alemanes y austríacos, especialmente con Gregor Fulpo-Miller—nos habla de esta evolución de su Teatro de Arte, siempre mantenido en fronteras de selección, pero cada día más propicio a participar en las vanguardias de la estilización y el primitivismo.

De tal suerte, que cuando Stanislausky abandona Rusia, ya el Teatro de Arte ha incorporado al nuevo estilo

escénico algún clásico griego, como Eurípides, ciertas obras de Molière y Shakespeare y, por supuesto, dramas y comedias de Gógol, Tolstoi, Griboyedof, Gorki y Andreief.

Ciclo Meyerhold.

Discípulo y continuador de Stanislausky, Usélod Meyerhold tiene un impulso reformista. A la selección aristocrática del maestro opone una conciencia estética sotocrática del maestro opone una conciencia estética social. Piensa en las muchedumbres como elementos dramáticos poderosos. Las utiliza diestramente como motores y al par como vehículos de propaganda. Asienta las macizas bases de un teatro artístico popular. Es realmente el animador escénico de un pueblo.

Sus formidables dotes de organizador despliegan a tambor batiente las banderas de una «política teatral». Secundado por Lunacharsky, a la sazón comisario de Instrucción pública, realiza el doble fin de popularizar el teatro clásico universal—los griegos, Shakespeare, los franceses de Luis XIV, los españoles del Siglo de Oro, la comedia italiana—y de entronizar, con los maestros rusos—Gógol, Griboyedor, Chékof, Andreief, Gorki—, a los nuevos e impetuosos vanguardistas.

Bajo su ardiente patronato surgen las primeras obras soviéticas, no en teatrillos de barrio, ocasionales y humildes, sino en la escena más autorizada de Moscú.

Así, en el espacio de cuatro años, va briosamente cristalizando un teatro político que enardece y adoctrina a las masas con obras como *Misterio grotesco*, de Mayakousky; *Los días de Trubinitz*, de Bulgakf; *El tren blindado*, de Ivánof; *Ruge, China*, de Tretiakof; *El teme-*

rario, de Tikonof; *El ladrón*, de Leonof; *Los tres gordos*, de Olga Forch, y la serie «octubrista» de Yadof, Semionof, Radof y Yacolief, cada uno de los cuales da, en su comedia respectiva, una interpretación diferente al génesis revolucionario.

Ciclo Tairof.

Parejo del teatro popular político, creado y mantenido por Meyerhold, con la cooperación entusiasta de Lunacharsky, inicia Alejandro Tairof su teatro integral, al estilo de Gordon Craig, de Gaston Baty, de Giulio Bragablia, de Sheldon Cheney, esto es, recogiendo el movimiento vanguardista escénico de Londres, París, Roma y Nueva York.

En el programa escénico de Tairof resplandecen las mismas ansias renovadoras, el mismo afán de libertar al teatro de tiranías literarias. Su estética, como la de Baty, como la de Gordon Craig, tiende a democratizar los valores escénicos, dando el mismo valor a la tragedia que al *ballet*, al escritor que al intérprete, a la escenografía que al diálogo; creando, en suma, el teatro nuevo.

Pero, como ha observado Stefan Priagel, «el director del Teatro Kamenny—Tairof—es un cerebral, un literato, un teórico puro. Y no creo—añade—haya podido conseguir que arraigue en su teatro la expresión artística de un mundo desconocido».

Así es, en efecto. El programa «integral» de Alejandro Tairof se ufana en el eclecticismo de interpretar ahora a Sófocles y luego a Commerllyck, dando igual importancia a *Ifigenia* que a *El cornudo magnífico*. O de estilizar *El huracán*, de Ostrosky, con los mismos ele-

mentos escenográficos vanguardistas que el *Cristo ha resucitado*, de Bely. O de igualar *Romeo y Julieta*, con toda su alcurnia sespiriana, en el mismo cartel que *Los tres gordos* (Capitalismo, Militarismo, Clericalismo), la burda farsa comunista coreada durante mil noches por maldiciones estupendas.

La hora polémica.

El teatro ruso contemporáneo es, ante todo, como observa Stefan Priagel, «un concepto de actualidad». Mientras el socialismo no se haya establecido allí definitivamente, la Revolución seguirá nutriéndolo de esperanzas o desilusiones, de abatimientos o de entusiasmos.

Su Musa es esa: la Revolución. Basta echar una ojeada al repertorio para advertir que todo él nace del hecho, del suceso periodístico. Los problemas políticos, sociales, económicos, que surgieron en plena calle, han asaltado el escenario. De ahí su vivacidad, su vigor, su interés. De ahí también su tono polémico y su dramatismo social.

Es, por tanto, un teatro nuevo, no sólo por el gesto escénico, emprestado al *cine*, sino por el alma, inquieta, ansiosa de otro régimen humano. «Para comprender un teatro así—escribe Priagel—es necesario conocer y comprender las vidas de que es reflejo ese teatro. Y tal y como están las cosas, ello es difícil por lo que atañe a la Rusia postrrevolucionaria.»

La última hora teatral rusa es la polémica. Sus obras más recientes acusan un estado de inquietud pública intensamente reflejada en el desasosiego de los personajes y en la vivacidad combativa del diálogo.

Como tipos dramáticos de la actual fermentación, in-

cluímos en el presente volumen dos producciones sorprendentes de novedad, de juventud, de interés, de movimiento, de originalidad escenográfica. Una, *Herrumbre roja*, de Kirkon y Uspensky, lleva en Moscú más de mil representaciones, y continúa en el cartel. La otra, ¡*Venciste, Mondkof*!, del ex comisario soviético Steinberg, une a su extraordinario interés semiautobiográfico—que nos revela al Soviet por dentro—la estupenda teatralidad de caracteres, tipos y episodios, con tal riqueza de matices que recuerda los más frondosos bosques dramáticos: Shakespeare, Calderón, Goethe...

En ambas obras, pues, alientan con vigor y originalidad los candentes problemas soviéticos de la calle, más vivos aún en el escenario por la virtud dramática que los ennoblece de sugerencias y emoción.

Herrumbre roja, drama de estudiantes, asamblea de juventud y amor, hierve en polémicas intelectuales y sentimentales. ¡*Venciste, Mondkof*!, drama de proletarios, asamblea de soldados y obreros, de intrigas y de corrupciones, ruge sus paletismos de hambre entre oraciones y fusilamientos... Y todo esto, ¿no es la Rusia actual? ¿La Rusia polémica? ¿La Rusia de los verdaderos rusos?

CRISTÓBAL DE CASTRO.

HERRUMBRE ROJA

DRAMA EN ONCE CUADROS

ORIGINAL DE **A. KIRKON Y V. USPENSKY**

PERSONAJES

CONSTANTINO TEREKIN (veintisiete años, obrero, miembro del partido comunista).
NINA VERGANSKAYA (veintidós años, estudianta).
BASILIO PERTZEF (veinticuatro años, obrero).
FÉDOR FEDOROF (veintitrés años, intelectual; habla con gran entusiasmo).
LISA GRACOVA (veinte años, miembro de la Unión de la Juventud Comunista).
BÁRBARA PTISKINA (veinticuatro años, obrera, muy enérgica).
FENIA GUNDINA (veintidós años, estudianta, lindísima).
DEMETRIO LUTIKOF (veintión años, obrero).
ALEJO VOZNESIENSKI (veinte años, estudiante).
PIOTR LAMIN (veinticuatro años, obrero).
NICOLÁS BEZBOROFOF (veintión años, estudiante).
PETROSIAN (veintidós años, estudiante).
KRUGLIKOF (veinticuatro años, intelectual; no pertenece a ningún partido).
IVÁN GRUZDEF (veinte años; le llaman de mote «Pupas». Tiene el rostro lleno de pústulas y usa quevedos).
DEMETRIO LENOF (veintidós años, intelectual; miembro del partido comunista, poeta; está casi siempre borracho).
ANDRÉS (veintiún años, obrero).
VLADIMIRO BESEDA (veinticuatro años, aldeano y estudiante; muy finchado; habla con lentitud y solemnidad).
MARÍA (veinte años, obrera, linda, tímida).
PANFILOF (hombre de negocios).
SAZONOF (veintiséis años, secretario de la Célula).
OLGA (mujer de Terekin, aldeana).
ZOTOF. ZAVIALOF. SILIN. } Literatos.
BASILIO LURITCH. ANDREITCH. NICOLÁS NICOLAIEVITCH. } Miembros de la Comisión revisora.
EL COMANDANTE.
UNA POETISA.
UNA ESTUDIANTA.
LOLA (poetisa).
UNA JOVENCITA.
EL DOCTOR.

Estudiantas. Estudiantes. Transeúntes.

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Habitación en la casa de los Sindicatos, en Moscú. La escena se halla a obscuras. En las tinieblas brillan los puntos luminosos de unos cuantos cigarros encendidos. Entre bastidores se oye tararear al son de la balalaika. Una pausa. De pronto, alguien lanza un «¡miau!»...

LUTIKOF.—¡Basta! ¿Quién ha sido?

ANDRÉS.—(*Cambiando la voz.*) Fuí yo..., ¡miau! El gato del profesor Nicolaief..., ¡miau! Quiero saber si los estudiantes se hallan bien dispuestos para los exámenes.

VOZNESIENSKI.—¡Fuera ese gato! ¡Fuera!... ¡Que se vaya ese apestoso animal!

ANDRÉS.—¿Te refieres a Pupas? ¿A la florida primavera?

PUPAS.—¡Qué idiotas!

ANDRÉS.—Está sentado junto a ti. ¡Es él quien apesta!

PUPAS.—¡Siempre la misma gracia!

BESEDA.—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Vamos a estar a obscuras hasta mañana? ¿Con lo que tenemos que trabajar? ¡Vaya un caos! ¡No hay ninguna organización! ¿Pero es que va a venir o no ese encargado de Satanás? (*Se abre la puerta y entra alguien.*)

ANDRÉS.—¡Al fin! ¿Eres tú?

KRUGLIKOF.—Sí.

VOZNESIENSKI.—Bueno, pues arréglalo en seguida.

KRUGLIKOF.—Arreglar ¿qué? ¿Qué es lo que estás urdiendo en la noche? ¿Es que sois medio bobos?

ANDRÉS.—¡Ah!... ¿Eres tú, Kruglikof? Creía que era el encargado... Le hemos llamado para que reemplace la bombilla que se ha fundido.

KRUGLIKOF.—¡Otra vez!

ANDRÉS.—¡Nada es eterno!

KRUGLIKOF.—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Estoy derrengado! (*Se deja caer sobre una silla.*)

LUTIKOF.—(*Chillando.*) ¡Gorrino! ¡Estúpido! ¡Te has sentado sobre mi plano!

KRUGLIKOF.—(*Levantándose vivamente.*) Aquí no está el plano. ¡A callar!

VOZNESIENSKI.—¡Dime! ¿Hoy te has eclipsado?

KRUGLIKOF.—He estado en las afueras...

ANDRÉS.—¿Campo? ¿Idilio?

KRUGLIKOF.—He ido sencillamente a buscar una habitación.

ANDRÉS.—¡Ah! ¡Ah!... ¿Estás harto de la ciudad? ¿De este admirable Moscú?

KRUGLIKOF.—Desde hace tres años tengo el placer de vivir con vosotros, ¡y ya basta! Nunca hemos sido en esta habitación menos de ocho, y eso cuando no había mucha gente. El año pasado éramos veinte. Estoy resignado. Esto no es la vida en común; es la muerte en común. Y, además, que pienso casarme...

VOZNESIENSKI.—¿Para estar solo?

ANDRÉS.—¿Quién es la desdichada?...

KRUGLIKOF.—¡Nada de bromas! Hablo en serio. Me caso con Fenia.

ANDRÉS.—¡En pie, camaradas! ¡Un minuto de silencio en memoria de la infeliz muchacha!

PETROSIAN.—Tú hablas en broma; pero a mí..., en serio, esto me aterra.

LUTIKOF.—¿Qué es lo que canta éste?

PETROSIAN.—¡No estoy cantando! No me dan ganas de cantar cuando pienso en el matrimonio. ¿Cómo habrá hombres que tengan valor?... ¿Cómo es posible que personas sensatas no tiemblen de miedo?

KRUGLIKOF.—Miedo ¿de qué?

PETROSIAN.—¡Es natural, camarada! Ya sabes que tengo experiencia, y no estoy con ganas de volver a empezar, ni aconsejaría a nadie...

KRUGLIKOF.—Pero ¡explícate, zoquete!

PETROSIAN.—¿Explicarme? No tengo necesidad de explicarme. Eso salta a la vista... ¡Ah!... ¡Sí! ¿El amor?... Qué sueño más bonito, ¿eh?... ¡Vivir juntos! ¡Una casita en los alrededores de Moscú! ¡La mujer, la encantadora compañera! ¡La asociada! ¡La amiga! ¡La querida! ¡Oh! ¡Qué bonito! Una novela, ¿verdad? ¡Eso se lee en todas las novelas! Pero la vida es otra cosa. ¡La vida no es la poesía, la literatura!

LUTIKOF.—¿No podrías hablar con más claridad? ¿Qué pasa? ¿Hay algún drama en tu existencia?

PETROSIAN.—La existencia conyugal es siempre un drama. ¿Qué harás cuando te hayas hartado de tu mujer? Es inevitable, bien lo sabes. Tu Fenia es una buena muchacha; seguro. Pero vivir con ella años, o meses siquiera, es ya menos seguro. Siempre ocurre lo mismo: miradas tímidas, las primeras citas, la luz de la luna, etc. Todos los días, por la mañana, por la tarde y por la noche, tendrás ante tus ojos la misma bocaza. ¡Imagina! ¡Tendrás que discutir por cualquier simple-

za! ¿Y el mal humor? ¿Y las chillerías? ¿Te das cuenta?

LUTIKOF.—Bueno, ¿y qué? ¡No hay lazos eternos! Se puede uno separar. No es tan complicado.

ANDRÉS.—Petrosian tiene razón. No se puede vivir mucho con la misma mujer. Es como si se estuviese preso, como si se hubiese cometido una falta. Está uno como una criaturita sin poder moverse entre sus fajas y pañales. Verdad es que todo esto tiene una compensación. Cuando se está unido a una mujer, todas las otras nos parecen adorables. Dios lo ha querido así para avalorar a sus criaturas.

LUTIKOF.—Naturalmente. Sin duda se cree en el deber de conceder indulgencia cuando ve seres como tú.

PETROSIAN.—¡Separarse! ¡No es tan fácil! Puede haber chiquillos... (*Bezborodof bosteza lenta y ruidosamente.*)

KRUGLIKOF.—¿Te da eso muy a menudo?

BEZBORODOF.—Es nervioso.

LUTIKOF.—Y entonces tú, Petrosian, ¿qué remedio nos das?

PETROSIAN.—Ninguno. Yo señalo el peligro. ¡Nada de cadenas! ¡Libertad! Ayer Terekin nos decía...

LUTIKOF.—¡Terekin!... ¡Pues si oyes lo que dice Terekin!...

PETROSIAN.—Bueno, ¿y tú, endemoniado, qué nos propones?

VOZNESIENSKI.—No propone nada... No tiene solución... ¡El problema de sexos! ¡Ja! ¡Ja!... Es un asunto más doloroso que el dolor de muelas.

ANDRÉS.—Eso, según. Hay quien sufre y quien goza con ello.

LUTIKOF.—¡No digas necedades!

BESEDA.—¡Y pensar que los hombres gastan aún saliva por estas tonterías!

VOZNESIENSKI.—¿Esto no te interesa?... ¿Para ti está resuelto el asunto?

BESEDA.—No me interesa, no. Hay otros problemas que me interesan más. Yo vine aquí a estudiar, a aprender, y vosotros me molestáis.

ANDRÉS.—¿Cómo ibas tú a pensar en el amor? ¡Eunuco, máquina de aprender!

BESEDA.—¡Yo he querido, sí! Pero no siento la necesidad de alardear de ello. ¡Para vosotros es el eterno asunto de conversación! ¡Esto os excita! ¡Y además es un motivo para no hacer nada, para tocaros las narices!

VOZNESIENSKI.—¡Idiota! Todo el día estamos ajetreados como perros, ¿y dices que no hacemos nada? ¡Nos pasamos las noches en vela!... ¡Vamos!... Merecías...

BESEDA.—Exactamente. Estáis despiertos hasta el amanecer. Pero pasáis las noches discutiendo y no trabajando. Esto os altera las meninges y os hace decir tonterías. «¡El problema de los sexos!» ¡Qué desdicha! En mi tierra, cuando se ha estado segando desde el amanecer a la noche, o cuando hemos atado las gavillas, os juro que no pensamos tanto en nuestra compañera... Llegamos a la casa y dormimos tan profundamente, que los ratones podrían olfatearnos los pies y no nos despertarían. ¡Dejadme en paz! He venido a estudiar y estudio... Mañana tengo un examen, y pasado, otro, y otro; además, la semana que viene...

LUTIKOF.—Es un asunto que se impone. Hay que resolverlo. ¿O es que puedes creer que va a resolverse por sí solo?... (*Al otro lado del tabique se oyen cantos y arrastrar de pies que apagan otros ruidos.*)

VOZNESIENSKI.—¡Ah, no!... ¡Basta de jaleo! (*Golpea en la pared y cesa el ruido.*)

BESEDA.—«¡Es un asunto que se impone!» ¡Palabras! Os digo que no vivís normalmente; por eso discutís... variais, por eso discutís...

ANDRÉS.—Quien sufre, habla.

BESEDA.—¡Está bien! Pero hablad más bajo. ¡No molestéis a los que trabajan! (*Entra el encargado.*)

EL ENCARGADO.—¿Aquí otra vez? (*Se sube a una silla y coloca la bombilla refunfuñando.*) Oidme, compañeros. ¡Esta es la última bombilla que os doy! ¡Ya no tengo más, no soy acaparador de bombillas! ¡Necesitáis luz durante toda la noche! ¿Es esto serio? Unos trabajan hasta las dos de la mañana, y entonces despiertan a los otros para que emprendan su labor hasta que es de día. ¡Ah! ¡Pues no, no y no!

PETROSIAN.—¡Basta ya! ¡No pierdas tu tiempo! ¡Luz! (*Luz. Los estudiantes se levantan de las camas en donde se hallaban sentados, y resguardando sus ojos de la luz se dirigen hacia la mesa de trabajo.*)

TELÓN.

CUADRO SEGUNDO

Sala de deportes en la Casa de los Estudiantes. En las paredes, armas, trompetas, tambores, banderas. Un grupo de estudiantes hace ejercicios de remo; otros dos, boxean, rodeados por un grupo de compañeros que los animan al combate; otros saltan obstáculos.

EL PRIMERO.—Bueno, Vasili; ¡cuando quieras! (*El segundo salta.*)

EL TERCERO.—Creo que no voy a llegar.

EL SEGUNDO.—Pues yo he saltado muy bien.

EL TERCERO.—¡Oh! Tú... ¡Naturalmente!

EL PRIMERO.—¿Y qué?... ¿Es que tú tienes plomo en el trasero?

VARIOS.—(*A la vez.*) ¡Salta, animal!... ¡Atrévete! ¡No nos hagas perder el tiempo!

EL TERCERO.—(*Salta y cae.*) Bueno... ¡Ahí lo tenéis! ¡Ya lo había dicho! (*Prosiguen sus ejercicios. Nina Verganskaya los observa desde lejos. Entra Bárbara Ptiskina y se dirige a un estudiante.*)

BÁRBARA.—¿No has visto al compañero Semkin?

NINA.—(*Volviéndose.*) ¡Mi querida Bárbara!

BÁRBARA.—¡Nina! Pero ¿es posible?

NINA.—¡Hace siglos que no nos vemos!... Desde..., desde que te fuiste de Briansk.

BÁRBARA.—¿Tú estudias aquí?

NINA.—Estoy en el segundo año. Y tú, ¿ya estás aquí en Moscú?

BÁRBARA.—Sí, querida; también yo estudio ahora. Trabajaba en la fábrica Bukharin, y no querían dejarme marchar. Fuí a ver al secretario: «Camarada Ulassof—le dije—, he trabajado tres años en tu casa.» «Es cierto—me respondió—, y muy bien.» «¿Y como recompensa no me consentís seguir mis estudios?» «¿Qué quieres? Carecemos de mano de obra.» «Está bien, compañero Ulassof: me declaro enferma. Un principio de tétanos.» «¿Eso sólo?» «Un ataque fulminante.» Y empecé a pasearme ante él de la siguiente manera. (*Anda con el cuerpo enteramente rígido, sin mover apenas las piernas. Nina se ríe.*) «¿Has visto, camarada Ulassof? Pues bien; le doy mi palabra de comunista que mientras siga en la fábrica no me curaré. ¿Cómo se entiende? ¿Tengo veinticuatro años y no vais a dejarme marchar para seguir mis estudios?» Al fin me dieron la licencia.

UN ESTUDIANTE.—(*Dirigiéndose a ellas.*) ¡Eh!... ¡Ninitas!... ¡Apartaos un poco! ¡Despejad! ¡Vamos a saltar!

BÁRBARA.—Bueno, ¡saltad sobre nuestras cabezas! (*Se ríen y dejan libre la cuerda. Las muchachas los contemplan durante unos segundos.*) ¿Y tú, cómo has llegado a estudiar?

NINA.—¡Oh! Muy fácilmente.

BÁRBARA.—¿Dónde trabajabas?

NINA.—En Tchernigof.

BÁRBARA.—¿Y te dejaron marchar?

NINA.—Sin inconveniente alguno. Fueron muy bue-

BÁRBARA.—¿Tus padres están bien? ¿Tu padre sigue arrancando muelas?

NINA.—Siempre. Claro es que están inquietos. Se preocupan de cómo vivo aquí.

BÁRBARA.—¿No habrás perdido tu buen humor?... ¿Te acuerdas de las bromas que dábamos en la fábrica de Briansk?

NINA.—¿Lo recuerdas? El secretario se inquietaba en cuanto nos veía llegar.

BÁRBARA.—(*Riendo.*) ¿Y la contestación que di a mi amigo en la reunión? El estaba sentado...

NINA.—¿Y qué ha sido de Iván?

BÁRBARA.—¿Iván? Le dejé.

NINA.—Era un buen muchacho.

BÁRBARA.—Muy inteligente. Mucho más inteligente que yo. Por eso le dejé.

NINA.—¿Cómo?

BÁRBARA.—No estás casada, no puedes comprender. Era muy bueno y muy inteligente. Y me vencía, me derribaba.

NINA.—¡Qué bruto!

BÁRBARA.—No a fuerza de puños, tontina. Me vencía con su inteligencia. Junto a él, me idiotizaba... Vivía de sus ideas, ¿entiendes? Yo no existía. No tenía más que dejarme llevar. Jamás me hubiera pedido un consejo. Si tenía una duda, se dirigía a un compañero. Y hacía bien. Mi opinión era siempre la suya; yo era su reflejo. Le quería; pero aquello no podía durar. Me iba convirtiendo bonitamente en su ama de llaves. A su lado no había manera de desenvolverse. Entonces decidí marcharme.

NINA.—¿Y ahora?

BÁRBARA.—Ahora estoy soltera.

NINA.—Pues yo, Bárbara, me he casado.

BÁRBARA.—¿Tú, mi pequeña Nina? ¿Tú estás casada? ¿Y con quien te has casado?

NINA.—Con un tal Terekin. Constantino Terekin.

BÁRBARA.—¡Cuéntame!

NINA.—No hay nada que contar... Naturalmente, tuve que incorporarse... desde 1917... Es un obrero; ha estado mucho tiempo en el frente. Es miembro del Comité de la Célula.

BÁRBARA.—¿Y todo va bien? ¿La vida es hermosa?

NINA.—(*Una pausa.*) ... Entonces, Bárbara, ¿tú estás estudiando? ¿Y en vuestro centro, tenéis bien organizada la enseñanza?

BÁRBARA.—Perfectamente. Pero ¿por qué no me hablas de tu marido?

NINA.—¿Qué quieres que te diga?... ¡Mira! ¡Ahí le tienes!... (*Entra Terekin.*) ¡Constantino!

TEREKIN.—¡Presente!... ¡Ah!... ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

NINA.—Es mi amiga Bárbara; le he hablado de ella muchas veces.

TEREKIN.—¿Bárbara? ¡Ah!... ¡Muy bien! Buenos días, Bárbara.

BÁRBARA.—Muy buenos, compañero. (*A Nina.*) ¿Tu marido?

TEREKIN.—Marido... ¡Qué historia!... Queridita, yo no soy, ni seré nunca, el marido. Es una palabra que me asquea... Apesta a burgués.

BÁRBARA.—Entonces, ¿el amante?

TEREKIN.—Vivimos juntos y eso es todo. Pero, dime... ¿Es que tienes un cargo en la Alcaldía y vienes a registrar nuestra unión?...

NINA.—¡Constantino!

TEREKIN.—Sí, ese es mi nombre. Mis respetos, ¡buenas tardes!

BÁRBARA.—(*Viéndole marcharse.*) Es simpático.

NINA.—Detesta los cumplidos... Es un obrero...

BÁRBARA.—Tú también... (*Se alejan hablando. Terekin va hacia las anillas y hace algunos ejercicios.*)

TEREKIN.—¡Ay! ¡Envejezco! Antes hacía yo lo que quería.

PETROSIAN.—¿Has hecho alguna vez la rana?

TEREKIN.—Puede que aún lo consiga... Prueba tú.

PETROSIAN.—No; antes tú.

TEREKIN.—Pues ahí va. (*Hace la rana.*) Y ahora, Petrosian, ahora tú.

PETROSIAN.—¡Ni pensarlo! Yo no sé.

TEREKIN.—Tienes que hacerla. (*Petrosian trata de esquivarlos, pero se lo impiden, y, riendo, entre todos, le llevan hacia las anillas.*)

PETROSIAN.—Voy a romperme la columna vertebral.

IVÁN.—¡Te daremos otra! (*Petrosian se apodera de las anillas y se agarra a ellas torpemente.*)

PETROSIAN.—(*Chillando.*) ¡No! ¡No! ¡No puedo más! (*Le bajan, riendo. Terekin se dirige hacia un grupo que forman Burgeon, Bezborodof, Piotr Lamin, Voznesienski, Beseda y Andrés.*)

TEREKIN.—¡Salud, compañeros! ¿De qué se trata?

VOZNESIENSKI.—¡Oh! Una discusión entre Andrés y Bezbodorof.

TEREKIN.—¿Sobre qué?

BEZBORODOF.—Me está molestando porque, según parece, la semana pasada le dije que el comunismo es el poder de los Soviets, más la electrificación.

TEREKIN.—¿Tú has dicho eso?

BEZBORODOF.—Es posible... O algo semejante...

TEREKIN.—¿Lo has dicho?

BEZBORODOF.—Pues sí..., ¡ea!

ANDRÉS.—Y ahora se viene con que se le escapó..., o que lo dijo sin reflexionar. (*Risas generales.*)

BEZBORODOF.—¿Qué tenéis que reíros? Todo el mundo puede soltar una tontería.

ANDRÉS.—¿Reconoces que es una idiotez?

BEZBORODOF.—Naturalmente.

ANDRÉS.—Y Lenin fué lo bastante necio para pronunciarle esa frase.

BEZBORODOF.—¿Cómo? ¿Qué dices?

ANDRÉS.—No tienes más que leer... (*Le enseña un libro de Lenin preparado de antemano.*) ¡Mira! «El comunismo es el poder de los Soviets, más la electrificación.» (*Risa general.*)

BEZBORODOF.—¡Idos al diablo! ¡Dejadme en paz!

PIOTR.—¿Por qué le molestáis? ¡Estúpidos!

VOZNESIENSKI.—¡Que trabaje! ¡No da una! Se pasa el día amodorrado.

PIOTR.—¿De qué sirve saber?

BESEDA.—¿Vas a soltarnos tu estribillo? Ya me lo voy aprendiendo: «Por mucho que se estudie, nunca llegará a saberse todo; por lo tanto, todo el saber humano es cero, etcétera, etc...»

PIOTR.—Tú eres un aldeano; aprende a restaurar tus aperos. ¡Con eso te basta!

BESEDA.—¡Sí! Soy un aldeano y estudio para los aldeanos. El aldeano se burla de tus razonamientos vacíos. El aldeano se pregunta si el hombre se halla adherido a su nariz, o si la nariz se halla adherida al hombre.

PIOTR.—¡Imbécil!

BESEDA.—Sí... ¡Nosotros estamos muy lejos de vosotros!

TEREKIN.—¡Basta ya, compañeros! ¡La unión! Hay que luchar por la unión. Claro que no siempre es fácil... Pero... ¡la unión! (*Una pausa.*) A propósito, voy a anunciaros una... una unión... Kruglikof va a emparejar con Fenia.

VOZNESIENSKI.—Nos lo ha dicho; está buscando casa.

TEREKIN.—No es tonto el chico. Fenia es una bonita muchacha... No tiene más que un defecto: es intelectual.

LUTIKOF.—¿Y la tuya?

TEREKIN.—¡Oh! La mía... (*Entra Lenof.*)

ANDRÉS.—(*Gritando.*) Compañeros: Lenof se halla entre nuestras paredes... Nuestro Puskin..., nuestro Lermontof... ¡Que se siente el genio! ¡En seguida le ofreceremos a usted un pedestal! (*Con burlona solemnidad le instalan sobre la mesa.*)

LENOF.—¿Es que no vas a ser nunca serio, Andrés? ¡Buenos días, camaradas! (*Le saludan.*)

TEREKIN.—Pero ¿es que te pintas ahora? ¿Te pintas de azul los ojos?

LENOF.—Ayer me dieron un golpe.

LUTIKOF.—¿Otro?

LENOF.—Bebíamos tranquilamente Fedka Kukin y yo. Fedka estaba inspirado; pretendía dar caza a los conservadores ingleses; los atrapaba como moscas y los iba metiendo dentro de las botellas, y repitió esta operación trece veces... ¡Es una cantidad!... ¡Una cantidad fatídica! Después nos fuimos bebiendo las botellas. Pero en el momento de pagar le preguntó al gerente por qué motivo había conservadores ingleses en las botellas. El gerente le respondió que estaba borracho. Entonces él le estrelló en la cabeza la botella número catorce, en donde no había aún ningún conservador inglés. ¡Bronca! Me creí en el deber de intervenir. ¡Golpe!

VOZNESIENSKI.—Yo creía que era el resultado de una discusión literaria.

LENOF.—Yo no discuto con la chusma intelectual del proletariado. Escribo.

FÉDOR.—Y bebes.

LENOF.—Y bebo. Un poeta tiene que beber. Esenin era un poeta, me parece. ¡Pues bebía! ¡Ah! ¡Y cómo bebía! ¡Es una tradición que se remonta a la antigüedad! ¡Es la sagrada inspiración! ¡Hay que embriagarse para escribir! Todos los forjadores de versos se emborrachan; hoy sobre todo.

BESEDA.—¿Por qué hoy sobre todo?

LENOF.—¿Por qué? ¿Me preguntas por qué? No has dado cuenta de que vivimos una época gris, insípida, mezquina... Estamos abrumados. Los corazones son unos guiñapos polvorientos. Una época de sórdidas especulaciones... Nos sentimos sucios... Dan ganas de rascarse como si nos comiesen los piojos... ¡Es inmundo! ¡Es viscoso! ¡Dan ganas de vomitar!... Por eso bebemos.

PIOTR.—Muy justo.

FÉDOR.—¡Divagaciones de un poetastro! Bebes mucho y no haces nada.

TEREKIN.—¡Y tú, nuevo Redentor!... Déjanos en paz con tu moral. Es fácil y agradable, ¿eh?..., eso de predicar la Buena Nueva...

FÉDOR.—Depende de a quién nos dirigimos...

TEREKIN.—(*Volviéndose hacia él.*) ¿Decías?... ¡Vete al diablo!... Dinos, Lenof, alguna poesía..., una de «tus» poesías...

LENOF.—¡Oh! No me siento dispuesto... (*Vase.*) «¡Sí!... ¡*Que la diga*!... ¡*No te hagas rogar*!») Bueno. Este es el último poema que he escrito:

He aquí la paz que el corazón anela.
¡He aquí la dulce paz! ¡Ya no hay tormento!
Mas... por qué a este suave sentimiento
se mezcla esta ansiedad que me traspasa?

Las balas, al silbar, cantan, ¿te acuerdas?,
Las balas cantan locamente.
Herir..., matar... ¿Cómo olvidar, amigos,
horas tan bellas?

¡Con qué alegría, cuando el alba asoma,
se va al combate! Ya el clarín resuena,
y el sol, herida roja,
inunda con su sangre el cielo pálido.

Yo, alegre, combatía al enemigo;
la espada, amenazándonos, brillaba,
y las balas, en sus febriles juegos,
perforaban los pechos juveniles...

¡Nada de angustias ni melancolías!
¡Recio latir de corazones libres!
¡Ay! ¿Hacia aquel tormento taciturno
nos llevó la victoria a la locura?
Llame el clarín de nuevo a la batalla.
Caeremos sobre el enemigo en fuga,
y saldrán nuevos himnos de estos pechos
mohosos por la herrumbre del descanso...

Ya mi lira no canta más, y grito:
¡Qué decepción para los triunfadores!
¡Ahogad en vino, en vino y aguardiente,
nuestros pobres, cobardes corazones!

TEREKIN.—¡Estupendo! ¡Se le agarra a uno a las tripas!

FÉDOR.—¡Un lamentable gemido! ¡Vergonzoso! ¡Decadente!

PIOTR.—¿Qué dices? ¿Es que no es cierto? ¿Es que

no está escrito con sangre? Lenof se atreve a decir lo que todos nosotros pensamos. Vamos a ver: ¿es esto una existencia? Acabo de oír todo, todo cuanto hubiera querido expresar, todo cuanto tenía en el alma. ¡Cuando recuerdo los años diez y ocho y diez y nueve! ¡Entonces respirábamos a plenos pulmones!

TEREKIN.—¡Mil novecientos diez y nueve! ¡En el frente me hallaba yo ante el ejército de Denikin! Mandaba un regimiento. Hombres escogidos: ¡eran fieras! Los caballitos de la estepa tienen corto el paso; pero cuando se les obliga no les alcanza un *auto*.

Me habían dicho: «Camarada Terekin: ¡has sido designado para barrer Orel!» Reuní a mis hombres. El sol no había salido aún; hacía frío, humedad; tiritábamos. «¡Camaradas! un gran honor: ¡nos han designado para recuperar Orel! ¿Tenéis dispuesto el armamento? ¿Hay que sacarle brillo?» ¡En seguida las hojas a la luz! «¡Fijale! ¡Verdaderos espejos!» «¡Adelante!»

Nos dirigimos hacia la ciudad. ¡Un torrente de lava! ¡Lo olvidamos todo! ¿Quién eres? ¿Qué haces? ¡Nadie sabía nada! ¡Era como si uno estuviese borracho! ¡Veceábamos como ebrios! Gritábamos: «¡Granujas! ¡Asrevienten! ¡Que el diablo se los trague!» Los caballos levantan las crines erizadas. ¡Metralla para detenernos! ¡Pasamos! ¡Volábamos! Los cochinos «blancos» se desperraman. La persecución. Y luego, ¡se acabó!...

Al día siguiente, la revista. El sol brillando sobre la multitud. Muchachas vestidas de blanco; flores, música ¡Cánticos! Nos incorporamos en los estribos: «¡Regimiento: firmes! ¡A la derecha, seis en fondo! ¡Adelante! ¡Al trote!» (*En este momento, dos estudiantes han descolgado un tambor y una trompeta y comienzan a tocar una marcha entre burlas y veras. Risa general.*)

VOZNESIENSKI.—¡Y lo cuenta bien el muy animal! Cree uno verlo.

TEREKIN.—¡Eran los buenos tiempos!... Era la Revolución.

FÉDOR.—Bueno, ¿y ahora?

TEREKIN.—Ahora la Revolución es para ti y tus semejantes. Se escriben frases sobre pedazos de papel: mociones..., votos..., mientras mamá calienta el café.

FÉDOR.—Yo también estuve en el frente.

TEREKIN.—Pues yo no te he visto.

FÉDOR.—¿Es que no lo crees?

TEREKIN.—Es posible... Habrás estado a retaguardia..., entre los papeloles..., en la trasera..., tal vez. Yo estaba en filas; yo me batía. No me ocupaba de política, y, sin embargo, pertenezco al partido desde el diez y siete, y varias veces han querido nombrarme comisario.

FÉDOR.—¡Entendido! Eres el único que ha cumplido con su deber. ¡El único hombre de acción! ¡Sí, sí! Pero tú, que vociferas siempre en contra de los intelectuales, ¿no adviertes que el romance que acabas de colocarnos sobre el año diez y nueve apesta a intelectual, y bastante mal, por cierto?

TEREKIN.—¿Yo intelectual?... ¿Yo?... Un mocoso como tú se permite... ¡Vamos! Te conozco... Eres de aquellos que han hallado muy buenas razones para explicar su cobardía..., su temor. ¡Los revolucionarios tenían que luchar en el frente como a retaguardia! ¿No es cierto? ¡Muy cómodo! Los intelectuales se quitaron de en medio, mientras que nosotros, los obreros, combatíamos. Dimos nosotros sangre de nuestras venas, y entonces llegaron los «verdaderos revolucionarios». Se les veía surgir por todas partes, insectos gusaneando tras de la tormenta. ¿Y el obrero que se hallaba en el fren-

te?... ¿Eh?... Lenof tiene el valor de escribir: «Ve
mos aguardiente.» Y a mí tampoco me da miedo decir
«Corre a la Comisión de Control y depón una denun
en contra mía. ¡Bebo! ¡Bebo!» ¡Estoy harto de ver lo
lo que está pasando hoy en día! ¡La guerra!... ¡La gu
rra!... ¡La guerra!...

VOZNESIENSKI.—Estás algo duro, Terekin. La nue
política, con sus concesiones al comercio, nos desag
da a todos. Pero avanzamos de todos modos. El p
greso...

PIOTR.—¡Basta, Voznesienski! Esta no es una reun
pública: «¡El progreso! ¡El progreso!» Hoy lo q
avanza es el capital; el capital, que avanza a pasos
gigante.

PUPAS.—Constantino tiene razón; debemos reunir
das nuestras fuerzas y caer sobre Polonia. ¡Vence
morir!

ANDRÉS.—¿Y tú irás también, Pupas?

PUPAS.—Naturalmente.

ANDRÉS.—Lleva unas píldoras contra la diarrea.

TEREKIN.—Podéis reíros cuanto queráis... Yo no pu
go ya los pies en las reuniones del partido. Esto me a
via el alma. No hay en ellas más que comerciantes, e
pleados, agentes de negocios, comisionistas: «¡Ah! Cu
tantino Ivanovitch, me quedan limpios tres mil rubl
de beneficios; ¡mis ganancias aumentan!» «Pues yo e
ploto una máquina para utilizar las basuras; diez
ocho kopeks al día.» ¡Kopeks, kopeks, kopeks por tod
partes! La revolución se ha convertido en el régimen d
los kopeks. Para los kopeks hicimos nosotros la revol
ción. ¡Al ver todo esto, más vale beber!

VASILI.—Se desanima uno al oírte. No acabas de g
tar: «¡Los obreros! ¡Los obreros!» Pero ¿desde hac

cuántos años no pones los pies en los centros obreros? Ve a darte una vuelta por ahí y diles: «Amigos, abandonemos todo cuanto hemos ganado y vámonos a la guerra.» ¡Te recibirán bien! ¡No te quedarán ganas de volverlos a ver! No tienes más vigor que el de una mujeruca: «¡Beber! ¡Beber!» Todo tu valor se reduce a vaciar botellas. Demuéstranos tu intrepidez y ve, ve a pasearte por las aldeas y emprende una campaña en contra de los especuladores. ¿Que no? No es una batalla digna de ti, ¿eh? Y la nueva política compromisaria, ¿no es tampoco un terreno de combate para ti? El partido reclama un régimen de economía, ¡la lucha contra el despilfarro! ¿Tampoco esto merece tu esfuerzo belicoso? ¿Consideras, sin duda, que no debemos hacer uso más que de nuestra fuerza física, de nuestros bíceps, de nuestros puños? ¿Quieres que te diga lo que merecen tu elocuencia y los poemas de Lenof? ¡Pues que os aprieten el gañote!

PUPAS.—Con permiso; hay una prueba que...

VASILI.—Cierra ya tu apestosa ventanilla o voy a administrarte una prueba tan contundente, tan decisiva, que no necesitarás ir al frente para tomar las píldoras. (*Risas.*)

FÉDOR.—En conclusión, compañeros: os confieso francamente que en la próxima junta votaré en contra de Terekin. ¿Por qué forma parte de la Oficina? ¿Por qué pertenece al partido desde el diez y siete? ¡Ah! Bueno; pues entonces...

TEREKIN.—¿Vas a votar en contra mía, canalla? Ya lo suponía yo, ¡arrivista! Hace tiempo que pretendes introducirte en el Comité.

FÉDOR.—¿Yo arrivista?

LUTIKOF.—¡Basta ya, compañeros!

FÉDOR.—¡Ah, no! ¡Esto no quedará así!

VOZNESIENSKI.—¡Basta, basta!

TEREKIN.—¡El primer mocoso que se presenta va a permitirse darme una lección! ¿A mí? ¿Dónde estabas tú cuando yo organizaba los círculos secretos de conspiración? ¡Eras alumno del Instituto! ¡Tu padre poseía medios con que pagar tus estudios! A mí, en cambio, la Policía me tenía entre ojos, mientras que tú llevabas una grata existencia. ¡Gorrino! ¡Gorrino! ¡Gorrino! (*Le acomete una crisis nerviosa.*)

BESEDA.—¿Qué le ha dado?... ¡Llevádosle! ¡Pronto! ¡Pronto!... ¡Llevádosle en seguida! (*Se llevan a Terekin.*)

PIOTR.—¿Por qué le has atacado así? ¡Bien sabes que este muchacho está siempre en carne viva!

VASILI.—Ya lo sabemos, sí. Pero, óyeme, Piotr: no debemos intimar demasiado con este compañero.

PIOTR.—¡Explícate!

VASILI.—Me desagrada... Eso es todo.

PIOTR.—Pues si le desagrada..., no le fijes en él. (*Sale Piotr. Vasili y Fédor quedan solos.*)

VASILI.—¿Realmente vas a volar en contra suya?

FÉDOR.—Seguramente.

VASILI.—Yo te apoyaré. Puedes contar conmigo. Me voy; me espera una mujer. Ven esta noche; daremos una vuelta juntos.

FÉDOR.—Muy bien. (*Sale Vasili. Fédor se pasea de un lado a otro de la escena. Entra Terekin.*)

TEREKIN.—Oyeme. No insistas. Renuncia a tu proyecto. Lo sé todo.

FÉDOR.—¿Qué sabes?

TEREKIN.—Sé por qué me atacas, por qué quieres volar en contra mía, por qué vas inventando historias que

se refieren a mí. Nina te gusta. Te paseas con ella; pretendes quitármela. ¡Te lo digo frente a frente, en redondo! ¡Estás prevenido! Te cortaré la cara... En pedacitos..., ¿entiendes? Te la machacaré... Tu propia madre no podría reconocerte... ¡Gorrino! (*Sale. Fédor le sigue con los ojos.*)

TELÓN.

CUADRO TERCERO

La cantina de la Casa del Estudiante. Junto a las mesas se hallan sentados literatos, poetas, poetisas y algunos clientes. Reina gran animación; risas frecuentes.

En el interior se oye bastante ruido, a veces apagado por un fox-trott; de cuando en cuando van apareciendo en escena algunas parejas. En un rincón, junto a una mesita, un grupo de estudiantes: Lenof, Lisa, Pupas, Piotr. En la mesa del centro, Panfilof, Zotof, Zavialef.

LISA.—¿Entonces, esta noche no veremos por aquí a Terekin?

PUPAS.—¡Que sí!... ¡Un poco de paciencia!

LISA.—¡A mí no me importa! Pero es que suele venir antes.

PUPAS.—Tranquilízate. Fíjate. Escucha. ¿Sabes bien dónde estamos?

LISA.—En una cantina.

PUPAS.—¡En el Parnaso, sencillamente! Aquel es Zotof, el escritor; junto a él, el poeta Zavialof. Conoces su oda al amor:

Mujer, pon tu cuerpo en subasta;
la puja no es muy alta...

Es un neoclásico. Más allá está Mariela Osis. Vive con Trubnicof, con el propio Trubnicof. Aquella es Lida Ume.

En el certamen de poesía ha obtenido el primer premio

LENOF.—Es que presentó al Jurado unos versos de Puskin.

LISA.—¡Qué fresca!

LENOF.—Nadie se dió cuenta. Hasta les pareció que los versos no estaban del todo mal. Algo anticuados, pero no estaban mal... Obtuvo el premio por mayoría de votos.

PUPAS.—Y luego alguien descubrió el fraude.

LISA.—¿Tú?

PUPAS.—¡Entonces, qué escándalo! ¡Imagina!

LISA.—¿Y aquellos tipos con un parapeto de botella

PUPAS.—Es el «Salivazo».

LISA.—¿Qué?

PUPAS.—¡Una peña literaria! Gente del más depurado talento, que bebe.

LENOF.—Aquel de la barba es un genio.

LISA.—¿Un genio?

LENOF.—Como lo oyes.

LISA.—¿Pues quién es?

LENOF.—No lo sé; pero me han asegurado que es un genio.

LISA.—¿Quién te lo ha dicho?

LENOF.—El mismo... ¡Y no es exagerado, no! Es hombre sincero.

PUPAS.—Como dice el poeta, querida Lisa, te hallas en el centro de la cultura.

LISA.—¡Ah!... ¿Ha dicho eso el poeta?... (Se oyen *gritos, injurias... Una voz de borracho cubre todas las otras.*) ¿Qué sucede?

LENOF.—Nada. Un escritorzuelo que pretende entrar

LISA.—¿Es que no dejan pasar a los escritorzuelos?

LENOF.—No; aquí puede uno emborracharse, pero no se admite a los que se han emborrachado fuera.

LISA.—Entonces, ¿realmente todos éstos son escritores?

PUPAS.—Escritores..., escritores... Bueno... Es un decir... En realidad, aquí vienen verdaderos escritores... Pero se suelen marchar entre diez y once. Entonces empiezan a venir estos que ahora ves. También son escritores..., ¿eh?... Sin duda..., pero...

LISA.—Pero... ¿qué?

PUPAS.—Un momento. (*Se precipita hacia una muchacha que entra.*)

ZOTOF.—(*Leyendo junto a la mesa del centro de la escena.*) «La literatura no es nada si no logra ser universal y sobrehumana. ¡La belleza es la piedra tallada que sólo resplandece al sol!...»

PANFILOF.—Y a la luz eléctrica.

ZOTOF.—¿Qué?

PANFILOF.—Y a la luz eléctrica.

ZOTOF.—¡Bueno! Y a la luz eléctrica... «En la obscuridad, los rayos permanecen cautivos; el diamante no centellea en la sombra. No se distingue del vidrio...»

PANFILOF.—O de la porcelana.

ZOTOF.—¿Qué?

PANFILOF.—O de la porcelana.

ZOTOF.—«El talento es un pájaro que no se eleva más que en libertad. De un aletazo llega al cielo; allí se cierne soberano y solo...»

PANFILOF.—Con los aeroplanos.

ZOTOF.—¿Qué?

PANFILOF.—Con los aeroplanos.

ZOTOF.—Si es que no quieres escuchar...

PANFILOF.—¡He oído estas historias con tanta frecuencia!... ¡Sandeces!

ZOTOF.—¿Qué?

PANFILOF.—¡Sandeces!

ZOTOF.—Pero...

PANFILOF.—¿Las facetas de la pedrería no brillan más que al sol? ¿De veras? Pues bien, señor Zotof; yo mismo poseo piedras que se hallan cuidadosamente ocultas desde hace cinco años. Te apuesto cuanto quieras a que no podrían brillar al sol. Me las secuestrarían. ¡La luz del sol! No. ¡Muchas gracias!

ZOTOF.—Pero, Panfilof..., era una imagen.

PANFILOF.—¿Crees que no le comprendo? Un comerciante es un imbécil, ¿no es eso? ¡No entiende nada de literatura! Señores escritores, yo hice la prueba de la vida con mi pellejo, mi gañote y mi trasero. Imaginad, pues, lo que me enseñarían vuestros libros.

ZAVIALOF.—Querido, usted ha bebido demasiado; de otra manera recordaría que la literatura es la gran escuela de la humanidad. Los más grandes industriales, los más inteligentes, siempre fueron amigos de los literatos. Sava Morosof, por ejemplo, fué discípulo de Gorki.

PANFILOF.—Pero..., ¡poeta idiota, mas que idiota! Gorki podía enseñar algo a Sava, porque había llevado una vida dura, mientras Sava comió siempre manjares regalados; porque a Gorki le habían apaleado y Sava había apaleado a los demás. Pero yo no soy Sava; nada me pueden enseñar; ya se encargó de ello la existencia. ¡Ay, amiguitos!...

ZAVIALOF.—Creo que se excede usted algo.

JOVEN PRIMERO.—(*En la mesa del fondo.*) ¡Miente, canalla!

JOVEN SEGUNDO.—(*Tartamudeando.*) ¡Tú eres el canalla!... ¡Devuélveme mi dinero!...

JOVEN PRIMERO.—¡Me aburres con tus tres rublos! Yo no te los birlé.

JOVEN SEGUNDO.—(*Tartamudea.*) Sí; fuiste tú; fuiste tú. ¡Canalla!

JOVEN PRIMERO.—¡Dilo ya! Con eso acabaremos más pronto...

EL GERENTE.—(*Acudiendo al estrépito.*) ¡Ciudadanos, es inadmisible! ¡Entre escritores! ¡Comportarse así!

JOVEN PRIMERO.—¡Es gracioso, el literaiuelo!...

JOVEN SEGUNDO.—(*Tartamudea.*) ¡Hijo de perra!.. Te voy a...

JOVEN PRIMERO.—¡Diló, hombre, dilo!...

JOVEN SEGUNDO.—(*Tartamudea.*) Necesito esos tres rublos... Voy a quitarme el pantalón y a venderlo por tres rublos... (*Se pelean. Los camareros los separan y se los llevan.*)

LENOF.—(*En la mesa de los estudiantes.*) Estamos sentados, estamos bien, bebemos; aguardamos que llegue la inspiración; podemos observar la vida. Sergio Essenin venía con frecuencia a las cantinas.

LISA.—Dime, Pupas, esa chica a la que le están besando los brazos, ¿es también poetisa?

PUPAS.—No; es una aspirante.

PANFILOF.—(*En la mesa del centro.*) ¡Aquellos que no se debatieron con la existencia, no saben nada, amiguitos, nada absolutamente! ¡Yo, en cambio, sé!... Alguna vez habéis ido al circo, ¿eh?, a ver una colección de fieras... El domador domina a las bestias feroces...; pero si le hacen frente no puede huir: está en la jaula. Pues menos grato sería aún si el hombre viviese en aquel reducido espacio, tras de los barrotes, y de pronto viese entrar

a las fieras para obligarlo a trabajar, a saltar, a pasar p los aros encendidos. Bueno, ¡pues esa es mi situación La Comisaría de Hacienda me obliga, la Unión pro sional, los campesinos... Yo no tengo con qué defend me, ni un arma, ni un refugio. Hay que deslizarse, d vueltas, asirse, ocultar, acechar sin tregua. En fin, h que saber vivir en la jaula.

ZOTOF.—Pues yo me pregunto: ¿cómo podrás hacerl

PANFILOF.—¡Dímelo tú, que eres escritor!

ZAVIALOF.—Es que tienes suerte.

PANFILOF.—¡Suerte!... ¡Ah! ¡Este poeta! ¡Siempr fantástico! ¡La suerte!... Has logrado una cosa: fué l suerte; no la has conseguido: fué a causa de tu mal suerte. Cómo me desenvuelvo, ¿eh?... Fíjate un poco. Si que os sirva de ofensa, mi traje es de mejor calidad qu la de los vuestros, señores escritores. ¡Mirad! Mi reló es de una marca superior. ¡Elegantísimo!... Pero id ma ñana a mi casa, por la mañana. Me veréis con un ca tán y una gorra, el pantalón metido en las botas, un gruesa cadena de acero en el bolsillo. Y con ese aspe me marcharé al mercado. Pero volved a la una; para l a la Comisaría de Hacienda me habré puesto un abrig usado y una gorra militar: la gorra del Ejército roj «¿De dónde ha sacado usted esa gorra?» «Del frente. E toy acostumbrado; no puedo prescindir de ella.» A las dos, acompañadme al *trust* en donde acaparo. Me veré vestido correctamente, con gorra de ingeniero. «¿Es usted ingeniero?» «¡Ay! ¡Me vi obligado a interrumpir mis estudios!» «¡Ah!... Es usted un intelectual. ¡Eso ya e otra cosa!» ¿En dónde está el verdadero Panfilof ¿Quién puede alardear de conocerle? ¡Nadie! Con ve otros, Panfilof es un hombre y con los demás es otr enteramente distinto. Panfilof se lleva bien con todo el

mundo. ¡Y he estado en la Tcheka y no me han fusilado! Me he batido junto a Petliura; he trabajado en abastecimientos. Llegó Makhno y yo hice saltar las cerraduras de los depósitos. En los tiempos de Denikin volví a ser acaparador, y ahora poseo dos almacenes, abastecimientos, un gran depósito. A mí me han pegado con látigos, con *knuk*, con las culatas de los fusiles y de los revólveres, con palos y puñetazos. He cargado sacos, me he dejado caer desde un tejado, me han comido los piojos, he tenido dos veces el tifus, ¡y hasta tengo una bala en el cuerpo! Con esto quiero deciros que sé algo de la vida y que me río de toda vuestra literatura.

ZOTOF.—Voy a escribir sobre ti un libro magnífico.

PANFILOF.—Sería demasiado honor para mí, caballero; busca otro asunto.

ZOTOF.—No, no; te hablo en serio.

PANFILOF.—Pues no lo hagas, si no deseas que reviente. Mi única razón de vida es que no existo. Nadie sabe quién soy, ni dónde estoy. Conque, ¡vamos, señores escritores!... ¡No me denunciéis! Aguardad siquiera a que me haya muerto o... a que... En fin..., ¡más adelante! (*En la mesa de las poetisas. Un grupo de muchachas aplaude y besa las manos de Lida.*)

UNA MUCHACHA.—Dinos versos, querida Lida.

LIDA.—No tengo nada nuevo. ¡Estoy tan fatigada, tan desmejorada!...

OTRA MUCHACHA.—¡Vamos! Haz un esfuerzo.

LIDA.—Si lo exigís... Un poema breve que garrapateé ayer... (*Se levanta. Tiene diez y nueve años, es bajita y delgada; recita con voz cantarina.*)

El cinturón ajustado
y al cinturón la pistola,

yo robo al que haya robado...
¡Saludad!... Soy la canalla...

Con el puñal en la mano,
si brota sangre en mi frente,
vengo la afrenta en seguida,
esgrimiendo mi puñal.

No hay profesión como ésta
matar, expoliar, beber...
Sabed que me alisto con
los bandidos de Moscú.

¡Crimen! ¡Vivan nuestras bodas!
Dejemos que la virtud
alborote en los periódicos.
¡Saludad!... ¡Soy la canalla!

LAS MUCHACHAS.—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Precioso! ¡E cantador! ¡Delicioso! ¡Exquisito! ¡Ahora, Liro! ¡Ahora, Liro! ¡Liro! (*Un hombre de pelo rojizo se levanta.*)

LIRO.—(*Declama con voz muy grave.*)

El sol se ha levantado... ¿Será el día?
¿Qué viene tras de ti? ¿Será una sombra?
Ha brillado una estrella. ¿Será un símbolo?
Besos y obscuridad. ¿Será el Amor?

PANFILOF.—(*En la mesa del centro.*) Pues yo os di y os repito ..

SILIN.—(*Aproximándose, le da una palmada en hombro.*) Pero, tío, ¿no te da sed el hablar tanto? Of veza, ¿eh?...

PANFILOF.—¡Vaya por la cerveza!... ¡Eh!... ¡Otra d cena de botellas!

ZOTOF.—¡Buena le la han dado hoy, Ignacio! ¡Una verdadera paliza!

SILIN.—¿Lo has leído?

ZOTOF.—¿Y tú?

SILIN.—¡Oh! ¡Por casualidad! Para mí..., la prensa..., y sobre todo esa prensa... Comprenderás que no puedo conceder la menor importancia a una crítica de esa especie.

PANFILOF.—¡Ah! Pero ¿es una crítica?

SILIN.—Una crítica de un judío. La producción es rusa; pero la crítica es judía, ¿entiendes?

PANFILOF.—¿Es que le quieren mal los judíos?

SILIN.—Y a ti, ¿no te lo demuestran?

PANFILOF.—No, señor. Los judíos son mis mejores amigos.

ZOTOF.—¡Qué embustero estás hoy!

PANFILOF.—Te digo que los judíos son mis mejores amigos. Esto es desde mil novecientos diez y nueve. Había yo marchado a Karkof en compañía de un judío llamado Lifchitz. Íbamos a vender mercancías. Cada uno de nosotros había pagado la mitad. En la estación de Iama nos detienen: eran los del partido de Makhno; hubo que entregarle el judío a los comisarios. Cogieron al pobre Lifchitz y le fusilaron. «¿Dónde está su equipaje?», inquirieron. Entonces yo les dije: «El judío no tenía nada; viajaba así, con las manos vacías.» «Y tú, ¿quién eres?» «¿Yo? Yo me llamo Panfilof.» Fijaos bien, señores: un apellido puramente ruso, absolutamente eslavo: ¡Panfilof! Pues bien; ¡ahí lo tenéis! ¡Se acabó Lifchitz! Y a Panfilof le correspondieron las mercancías de Lifchitz. Adoro a los judíos. Frente a mi casa tiene su comercio Schlomovitch. Que un cliente regatea y me dice: «Es caro, patrón, es caro.» Yo le respondo: «Ya lo creo

que es caro; muy caro—y le indico el escaparate de Schlomovitch—; ellos son los que lo encarecen todo.» Mi cliente murmura: «¡Ah! Ya..., los asquerosos gorrones!» Yo le digo: «Eso es, compañero; todas partes. El ruso no puede valerse.» El cliente deja de regatear; me entrega su dinero y su simpatía. Adoro a los judíos. Ellos no pueden ocultarse como hace Panfilof. ¡Sólo se los ve a ellos! ¡Id al teatro! ¡En todas las obras hallaréis un judío! ¡Judíos en todas partes! En donde aparece un judío, hay un acaparador y un producto de hambre. A los demás no se les ve. Muy bien. ¡Perfectamente! Yo adoro a los judíos.

SILIN.—Siento tener que decirlelo, pero eres un cínico.

PANFILOF.—¡No hay ofensa en ello! ¡Cínico! Es exacto. Pero ¿y tú? ¿Es que tú no eres cínico?

SILIN.—¿Por qué?

PANFILOF.—¿Por qué? Has escrito una necedad. Los periódicos te fustigan por ello como mereces; pero, naturalmente, la culpa es de los judíos.

SILIN.—Pero, oye...

PANFILOF.—¡No te ofendas, hombre! Los dos somos unos cínicos y unos cobardes.

SILIN.—¡Habla por ti!

PANFILOF.—Hoy en día, aquí, en cada hombre hay un cobarde... La energía se halla corroída: es la herrumbre. ¡Esto es! El acero ha perdido su pureza, su filo: ¡es la herrumbre! ¡Hasta la vista, señores escritores! ¡Bastante he estado con vosotros! (*Entra Terekin.*)

PUPAS.—(*Junto a la mesa de los estudiantes.*) ¡Al fin! Ya no te esperábamos.

TEREKIN.—Me he entretenido; había reunión... Trajo hasta por encima de la cabeza. Buenas noches, Lend.

LENOF.—Muy buenas, Constantino. Te presento a Lisa, mi..., bueno..., nosotros somos...

LISA.—Mi..., nosotros somos... Lisa Grakova... Eso basta. (*Estrecha la mano a Terekin.*)

TEREKIN.—Entonces..., ¡buenas noches, Lisa! (*Al mozo.*) ¡Nicolás! ¡Seis botellas de cerveza! (*Bebe.*) Piotr, ¿a qué viene ese aspecto tan triste? Bebe conmigo.

PIOTR.—(*Caido sobre la mesa, llora.*) ¡Es tan doloroso, tan triste!

PUPAS.—Vamos, Piotr, ¿qué te ha dado? ¿Por qué gimoteas? ¡La música, la cerveza! (*Indicando a Lisa.*) ¡Muchachas bonitas, y te quejas! ¡Déjate de lágrimas!

PIOTR.—No tengo nada en la vida. Nada. No sé dónde ir.

PUPAS.—¡Bueno! Pues quédate aquí.

LISA.—¿Por qué llorar? La vida es hermosa. A mí me parece que estoy siempre ebria.

TEREKIN.—No llores, Piotr. Existen dificultades..., es claro..., algunas sombras... Pero hay que luchar. Bebamos. Más dura era aún la vida hace unos años, ¿sabes?, cuando se preparaba el gran golpe... La conspiración en las tinieblas... Todos los nuestros detenidos...

LISA.—¿Usted fué de la conspiración?

TEREKIN.—Sí. Aun no me hallaba inscrito en el partido... Pero entonces eso no tenía ninguna importancia. Hoy en día se necesitan documentos... ¡Los papelotes! En otros tiempos no hacía falta un certificado para ir a presidio.

LISA.—¡Ah!... También estuvo usted...

TEREKIN.—Sí, pero me fugué...

PIOTR.—¡Bandidos!

LISA.—¿Bandidos? ¿Quiénes?...

PIOTR.—No, nada...

LENOF.—*(Como en éxtasis.)*

¡Oye mi invocación; tú, a quien admiro,
torna del Paraíso o del Infierno,
tú, cuyo corazón late en mi pecho,
Sergio Esenin!

(Panfilof se ha ido acercando y escucha con gesto de admiración. Se apodera de la mano de Lenof y se la estrecude.)

PANFILOF.—Muy bien, Lenof. ¡Eso es tener talento!

TEREKIN.—¿Quién es ese tipo?

LENOF.—¿Este? Es el comerciante Panfilof. Pero, camaradas: es un comerciante de los nuestros. Nos recibe en su casa y nos da de beber. Es un comerciante del pueblo trabajador. ¡Ven aquí, Panfilof! Siéntate.

PANFILOF.—Si los camaradas que tanto estimo lo permiten, me atreveré a sentarme y a pedir (*Sonríe a Terekin.*) una docena de botellas. ¡Una docena de cerveza! ¡Me gusta tanto estar entre los jóvenes! ¡A su salud, camarada Terekin!

TEREKIN.—¿De dónde me conoces?

PANFILOF.—¿Yo?... ¡Oh!... Yo conozco a todo el mundo.

LISA.—¿Es usted comerciante?

PANFILOF.—Yo hago todo aquello que puede ser útil al país y al gobierno. ¡Que Dios le proteja! Dios... ¡es decir!

PIOTR.—¡Fantoche!

PANFILOF.—¡Ay, joven, joven, me está usted insultando! ¡Indudablemente, está usted en su derecho! Pero que hasta le feliciten por ello. ¿Qué soy yo? Un burgués..., ¡un burgués! Y usted, en cambio, es miembro de la Unión de juventudes comunistas; es muy posible y

una autoridad, una autoridad cualquiera. Pero..., de todas maneras, ¿por qué me ha injuriado usted? ¿Creerá usted que anhelo la resurrección de Nicolás? ¡No, no! Soy un ciudadano de la U. R. S. S. y me hallo dispuesto a sacrificar mi vida en el altar de la libertad.

TEREKIN.—¡Bastante que te importa!... Trabajas para engordar; te lo metes todo en el bolsillo...

PANFILOF.—¡En el bolsillo! ¡Ah!... Camarada Terekin, bien se ve que tú no conoces a mi familia; es todo un Estado; es una unión de soviets. Necesito alimentar a toda esa gente. Por ello invoco con mi mayor deseo el día en que la organización socialista sea un hecho: todo el mundo comerá en la cantina pública. ¡Qué alivio! Pero hoy día, como dicen nuestros venerados jefes, no existe la socialización. Y, no obstante, mi familia necesita vivir, ¿eh?... Y yo también.

PUPAS.—¿Tú estás por la socialización?

PANFILOF.—¿Y por qué no iba yo a estar por la socialización?

TEREKIN.—¿De veras?

PANFILOF.—Si me dijeran: «¡Mañana será un hecho!», puede que pidiera una media hora de reflexión para celebrarlo. Pero si se me dice que habrá que aguardar aún unos cincuenta años, estoy por la socialización. Con las dos manos voto por el advenimiento de la nueva sociedad dentro de un medio siglo. ¡Viva la meta radiante hacia la cual marchamos! ¡Hay que entusiasmarse! ¡Bebamos!

TEREKIN.—Bebamos si gustas; pero ¿llegaremos nosotros a esa meta?

PANFILOF.—Camarada Terekin, ¡nada de derrotismo! ¡El derrotismo se castiga! Yo, Panfilof, lo afirmo y lo proclamo: ¡llegaremos!... Marchamos a todo vapor...

PUPAS.—El optimismo no es una cosa fácil... Yo no tengo mis dudas.

PANFILOF.—¡Reacciona!

LISA.—¡Vaya una conversación! ¡Estáis alegres! ¡Andad! ¡Lo importante es vivir!

PANFILOF.—Camaradas, brindemos por la vida, por la vida y por la juventud que va a organizar tan bella vida. Con una juventud tan espléndida, ¿quién puede dudar del triunfo? Esta juventud es nuestra esperanza, es nuestra certeza. ¡Por la juventud, camarada Terekin! (*Le besa.*) ¡Ay, Lenof! ¡Qué mujer tienes! Si yo fuera joven...

LISA.—¿Su mujer?... Yo no soy su mujer.

TEREKIN.—¡Muy bien dicho!

LISA.—¿Por quién me tomas? Eso de hacer sus nidos, de instalarse íntimamente, en viviendas de amor, todo eso es para las muchachas burguesas. Yo me hallo a salvo de toda esa suciedad. Para mí, un hombre es un camarada. La cuestión de la cama no existe. Tomo al que me agrada hoy, y mañana otro. ¡No tiene importancia! No mezclemos esto a nuestras relaciones de franca y sólida camaradería. Yo no soy una hembra para pensar desde un principio en eso, para hacer de ello el eje de mi existencia.

TEREKIN.—(*En voz baja, a Lenof.*) ¡Ahí tienes una que nos comprende! ¡Lenof! ¡Esa es una mujer!

LENOF.—¡Ah! Sí... ¡Es muy independiente!

TEREKIN.—Te la voy a quitar, Lenof.

LENOF.—¡Vengan fechas!

TEREKIN.—Esta noche misma se acostará conmigo.

LISA.—(*Que estaba hablando con Pupas y con Panfilof.*) ¿Qué os pasa?

TEREKIN.—Nada... Me estaba dando unos informes...

LISA.—¡Ah! Bueno... (*Vuelve a hablar con Panfilof y con Pupas.*)

TEREKIN.—(*Bajo, a Lenof.*) ¿Que no se acostará conmigo esta noche?

LENOF.—(*Con ironía.*) ¡Sí, hombre, sí!

TEREKIN.—¿Quieres apostar una docena de botellas de cerveza?

LENOF.—Apostadas... Si es que realmente tienes interés en convidarnos.

TEREKIN.—¡Dispón tu dinero! (*Pupas, que estaba hablando con Panfilof, le abraza. Terekin se vuelve.*) ¡Borracho! ¡En mi mesa un obrero se permite abrazar a un innoble marcachifle? ¡Chinche! ¡Marrano! ¡Y tú, Vavilof, Panfilof... o qué sé yo..., largo de aquí! ¡No quiero ya ver tu asquerosa jeta! (*Pupas retrocede. Panfilof recoge su sombrero. Lenof, inclinado hacia Terekin, le dice.*)

LENOF.—¿Y la cuenta? ¿Quién va a pagar?

TEREKIN.—Pagar..., sí..., pagar... Aguarda un poco, camarada Panfilof... Ven aquí... No te asustes... Esto me da de pronto..., me pongo así... desde la guerra... Los nervios...

PANFILOF.—¡Naturalmente!... Tenemos el mismo temperamento los dos... Sí; también yo soy nervioso. Es como aquella aldeana joven que le decía a Rasputin... (*Comienza a referir una anécdota a los estudiantes, que le escuchan y se ríen.*)

TEREKIN.—(*Aproximándose a Lisa.*) ¿Has tenido muchos hombres, Lisa?

LISA.—No he guardado la cuenta... ¿Y qué más?

TEREKIN.—Nada. Eres una valiente... Yo vivo con una

burguesa. Si se le habla de esto, en seguida: «¡Chist! ¡Chist!» Le asusta decir una palabra más alta que otra... ¡Imagina!... ¡Si se la escuchara!... ¡Es celosa!... No le deja dar un paso... Tiene el instinto de la propiedad. Una mujer así es repugnante... ¿Pueden vivir con un hombre solo?... ¡Qué tontería! Si éste me agrada, el otro puede agradarme más... Y un tercero... ¿Por qué no ha de darse una gusto? ¡No se vive más que una vez!

TEREKIN.—¡Naturalmente!

LISA.—Yo tengo sangre en las venas... La siento correr, palpitar. ¡Es delicioso!... Mis labios arden... Bebo para refrescarlos... Siento ganas de morder... ¡sí, sí! Tengo los labios hinchados y ardiendo... Dame más cerveza...

TEREKIN.—(*En voz baja.*) Lisa, ¿le vienes?

LISA.—¿Dónde?

TEREKIN.—A mi casa.

LISA.—¿Y tu Nina?

TEREKIN.—¿Vienes?

LISA.—(*Una pausa.*) Aguarda... Una palabra a Lenof. (*Se dirige hacia Lenof canturreando.*)

PIOTR.—¡Es cosa de aullar como los lobos! ¡Aullar! ¡Aullar! ¡Devorarlo todo! ¡Destruirlo todo!

PUPAS.—¡Bebe, Piotr, bebe!

LISA.—(*A Lenof.*) Oye, no iré a verte esta noche. Se me olvidó decirte... Mi tía ha llegado a Moscú.

LENOF.—Y Terekin va a acompañarte a su casa, ¿verdad?

TEREKIN.—¿Y no permitirás a tu mujer...? ¿No? (*Riendo.*)

LENOF.—¡Sí, sí! ¡Está bien! ¡Marchaos! (*Baja. Lisa.*) ¡Canalla! ¡Guarra! ¡Apestosa! (*Lisa se va. Terekin se levanta y la coge del brazo. Se alejan. En la puerta*

Terekin se vuelve y grita a Lenof, que los habrá seguido con la vista.)

TEREKIN.—Una docena de botellas..., ¡no lo olvides!

PANFILOF.—Una docena... ¡Ja! ¡Ja! (*Se ríe. Lenof se vuelve y le mira como atontado. Panfilof cambia de aspecto; mira con asombro a Lenof; después grita con energía.*) ¿Una docena no te basta?... ¡Nicolás! ¡Nicolás! ¡Dos docenas de botellas!... ¡Dos!...

TELÓN.

CUADRO CUARTO

La habitación de Terekin en la Casa de los Estudiantes. Dos camas: una, bastante buena; la otra, formada con tablas. Baúles y sillas. Nina, sentada ante una mesa, escribe. Terekin se acerca a ella de puntillas y lee por encima del hombro.

TEREKIN.—Eso es. Anotemos bien eso. (*Nina, temerosa, cierra el cuaderno.*)

NINA.—¿Me espiabas?

TEREKIN.—¡Ya, ya!... Hace tiempo que he leído ese galimatías.

NINA.—No es cierto.

TEREKIN.—¿Que miento?... Verás... Lo he leído cuando no estabas aquí. ¡Naturalmente!... ¡Claro que no todo, eh!... No he perdido mi tiempo en... Hay pasajes que no están mal, sobre todo al principio, cuando tratas de mí. Pero el conjunto es burgués.

NINA.—¿*Lo crees*?

TEREKIN.—La sola idea de escribir un diario es atrozmente burguesa.

NINA.—Todo cuanto hago te parece burgués.

TEREKIN.—¿Tratas de provocar una escena? (*Rebusca en un rincón.*) ¿Hay alguna camisa limpia?

NINA.—¡No! No han lavado aún.

TEREKIN.—¿Por qué?

NINA.—No tuve tiempo de dar la ropa a la lavandera.

TEREKIN.—¡Naturalmente! ¡No puedes hacer nada! ¿Para qué sirves?

NINA.—¡Te digo que no he tenido tiempo!

TEREKIN.—¡Eh! ¡Más bajo! ¡No grites! ¡No has tenido tiempo! Pero lo tienes para pasearte con Fédor, ¿verdad?

NINA.—¿Estás loco?

TEREKIN.—¡Ni loco ni ciego! Si crees que no me doy cuenta de nada, que no me entero de vuestros manejos. Aquí gimes y lloriqueas: «Le quiero, y él no me quiere...», ¡y entre tanto, me preparas un sucesor!

NINA.—¡Oh!

TEREKIN.—O un asociado.

NINA.—¿Cuándo acabarás de atormentarme? (*Llora.*)

TEREKIN.—¡Más bajo! ¡Más bajo! No hace falta que los compañeros se enteren. ¡Basta! ¡Basta!

NINA.—¡Te pasas la vida atormentándome!

TEREKIN.—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Cálmate, Nina! (*La besa.*) Ya pasó, ¿verdad?... Otra riña idiota, sin saber por qué..., ¡por una tontería!

NINA.—¡Oh!... ¿Una tontería?

TEREKIN.—Pues claro...

NINA.—Es que no soy nada para ti. ¡Nada!... Me has reducido a nada. No existo... ¡No me atrevo a abrir la boca, a hacer un movimiento!...

TEREKIN.—¿Y es mía la culpa?

NINA.—¡Eres tan duro conmigo! ¡Tan grosero! ¿Si crees que los compañeros no lo han observado!...

TEREKIN.—¿Lo han observado?... ¡Naturalmente! Tienes siempre aspecto de mártir... Gritas... Lloras... ¡Buena educación!

NINA.—¿Lo estás viendo? ¡Otra vez!

TEREKIN.—¿Qué otra vez? ¡Estoy harto! ¡No te gusta!

las verdades, hijita! Prefieres los cumplidos, las reverencias... ¡Pues ése no es mi género! Yo digo cara a cara, francamente, lo que he de decir.

NINA.—¿Es que me acusas de haber ido a quejarme?...

TEREKIN.—Estoy cierto, estoy cierto de que te has quejado a Vania y a ese santito de Fédor. Y los compañeros dirán: «¡Ese animal de Terekin maltrata a la pobrecita Nina!» ¡Los muy borrachos! No quieren más que murmurar... En cuanto se les da un pretexto... Van a espiarnos, a acecharnos, a escuchar cuanto digamos... Como por casualidad, entrarán de improviso en nuestra habitación... (*Se abre la puerta y entra Pupas.*) ¿Qué quieres? ¿Por qué entras sin llamar?

PUPAS.—Perdóname. Creí que estabas solo. Tenía que decirte..., es muy importante..., confidencial..., un recado del Comité... (*Sin dejar de mirar a Nina, le habla en voz baja.*) Una mujer con una criatura quiere verte. Dice que es tu mujer... Bueno, el caso es que desea hablarte.

TEREKIN.—¡M...! ¿La ha visto alguien?

PUPAS.—Nadie... Creo que no... Por casualidad la oí preguntar al portero...

TEREKIN.—¡Pues llega en un buen momento!...

PUPAS.—Está en la portería. Le he dado un rublo al portero para que contenga su lengua... Ella cree que has salido... Me he creído en el deber de decírselo..., y he añadido que la avisaría en cuanto volvieses.

TEREKIN.—Bueno, pues ve corriendo y procura que no se mueva de allí... ¡Podría dar un escándalo! Dentro de diez minutos me libraré de Nina... Entonces la traerás aquí. ¡Anda! ¡Corre!

PUPAS.—Pierde cuidado. (*Sale.*)

NINA.—¿Qué ocurre?

TEREKIN.—Una reunión para esta noche. Un asunto... un asunto del Comité... Sazonof me ha avisado. (*Una pausa. Terekin se pasea canturreando. Nina se halla sentada, abstraída.*) ¡Nina! ¡Nina, eh!... ¿En dónde estás?

NINA.—(*Volviendo a la conversación.*) ¿Qué? ¿Qué quieres?

TEREKIN.—Quisiera trabajar algo antes de la reunión. ¿Por qué no te vas a darte una vuelta durante una media hora?

NINA.—Bueno... (*Se dirige a la puerta.*)

TEREKIN.—¡Que te diviertas! (*Nina se detiene.*) ¿Qué pasa?

NINA.—Quería decirte una cosa.

TEREKIN.—Ya me la dirás cuando vuelvas.

NINA.—No. Ahora mismo... Es muy grave...

TEREKIN.—¿Qué ocurre?

NINA.—Constantino... He caído otra vez.

TEREKIN.—¡Es el colmo! ¡Todos los contratiempos a la vez!

NINA.—¿Qué?

TEREKIN.—Nada. El asunto ese del Comité.

NINA.—Entonces..., ¿qué decides?

TEREKIN.—¡Otra vez!... ¡Eres una gata!...

NINA.—¿Tendré que volverlo a suprimir?... Es la cuarta vez..., ya lo sabes... ¡Dime!... ¿Qué debo hacer?

TEREKIN.—Haz lo que quieras... Yo no puedo aconsejarte.

NINA.—¿Cómo? Esta criatura es tuya: tú eres su padre...

TEREKIN.—¡No grites, te lo ruego! ¡Esta manía de chillar! ¡El padre! ¡El padre! ¡La criatura no ha nacido aún!

NINA.—Ya... ya. Siempre lo mismo... Mañana me di

rás que lo hice a propósito... Para tenerle sujeto a mí para siempre... Y te encolerizarás contra este pobre pequeño que va a entorpecer tu carrera, a ser un obstáculo a tus estudios, al modo de desenvolverte. Ya comienzo a conocer la canción. Pero yo no quiero..., no puedo ya... Acabaré por reventar... Y, además, que quisiera tener un hijo... ¿No le querrías tú?... ¿Un pequeñín que tuviese tus mismos ojos? ¡Qué encanto!... La habitación parecería más alegre... (*Llora.*)

TEREKIN.—Bien, bien; te lo suplico. ¡Nada de lágrimas! No soy un verdugo... ¡Cualquiera diría!... ¿Es que yo te obligo...? Te he dicho que hagas lo que quieras... ¡Eso es!... Si crees posible criar a un chiquillo en las condiciones en que nos hallamos..., ¡por mí!..., puedes echarlo al mundo.

NINA.—¡Eres un cobarde! ¡Eres indigno!

TEREKIN.—Pero..., ¡vamos a ver!...

NINA.—Ya he comprendido... ¡Comprendido! ¡Ah! ¡Si por lo menos reventara esta vez! (*Se dirige a la salida. La puerta se abre. Entra Pupas. Ve a Nina, se retira rápidamente y cierra; pero la puerta vuelve a abrirse violentamente, y entra Olga, la esposa de Terekin, llevando de la mano a un niño de cuatro años.*)

OLGA.—¡Constantino!

NINA.—¿Qué?... ¿Quién es ésta?

TEREKIN.—Es... mi hermana.

OLGA.—¿Cómo? (*Pupas dirige significativas miradas a Olga y le cierra la boca con la mano.*)

TEREKIN.—(*Empujando a Nina hacia la puerta.*) ¡Vete! ¡Vete! (*Nina contempla a Olga y luego a Terekin; después sale. Pupas va a seguirla.*)

OLGA.—¿Quién es esa judía?

TEREKIN.—Más bajo.., Olga..., no grites... ¡Tienes la

costumbre de chillar! Y aquí los camaradas trabajan. No se les puede molestar. (*A Pupas, que se halla aún en el umbral.*) Ve al cuarto de al lado. Grita, mete todo el ruido posible. Llévate a los compañeros. Aquí va a haber fuegos artificiales. (*Pupas sale.*)

OLGA.—¿Es que no vas a abrazar a tu mujer y a tu hijo?

TEREKIN.—¡Ya lo creo, Olga! (*La besa.*) ¡Ola, sapito! ¿Qué tal? ¿Es que no te acuerdas ya de tu padre? (*Le canta al niño y le besa. A Olga.*) De modo, Olga, que... que te has venido... así...

OLGA.—Sí. Vengo a vivir contigo, Constantino. El abuelo Fédor Ivanovitch ha muerto. La abuela Alina me ha dicho: «Tengo ya muchos nietos. Tú tienes un marido: vete a vivir con él; y que él te mantenga a ti y a tu hija. ¡No he hecho más que llegar y ya no puedo! Cuando me he visto en estas calles con el niño, la cabeza me daba vueltas. Me preguntaba cómo llegaría a dar contigo... Se lo decía a Nicolás: «¿Cómo lograremos encontrar a papá?»

TEREKIN.—¡Ya, ya! Comprendo perfectamente que hayas creído... Sólo que... Es imposible, Olga; tú no puedes vivir conmigo... Tienes que marcharte. Por la cuestión del dinero, no te inquietes; en cuanto me envíen mi pensión, te enviaré..., sí, sí; te la enviaré íntegra... ¡Eso es! ¡Puedes vivir como quieras!

OLGA.—Bueno, ¿y por qué no podemos vivir contigo?

TEREKIN.—Porque aquí no consienten que se viva con una mujer; está prohibido.

OLGA.—¿Y tú, por qué tienes dos camas? ¿Y esas prendas de mujer colgadas en las paredes? Con la mujer propia, no es posible; pero con una zorra, perfectamente. ¿Crees que no he adivinado en seguida que vives con esa chiquilla? ¿De modo que tienes una prójima?

TEREKIN.—No chilles de esa manera, ¿eh? Si deseas que te responda, habla más bajo. ¡Vaya unas formas de vaquera!...

OLGA.—¡Pues no es justo! ¡Todos los malos ratos para la mujer! ¿Es esto posible? Tienes que alimentar al chiquillo, vestirle. Mientras yo me deslomo, él se las pasa aquí muy felices con las p... En el pueblo ya no me atrevo ni a dejarme ver. Las mujeres se ríen de mí. «¿No ha vuelto a aparecer tu comisario? Cuando estaba aquí, te necesitaba; pero en Moscú bien pronto habrá encontrado otras...» ¡Allí no vuelvo! ¡Nuestro casamiento está registrado! No tienes derecho a echarme. ¡Soy tu mujer legítima! ¡Voy a acostar a Nicolás! (*Comienza a desnudar al niño para acostarle.*)

TEREKIN.—Bueno, basta ya, ¿entiendes? ¡Hablas, hablas y no sabes nada! En el país de los Soviets no hay ley que obligue a ser humano a vivir con quien no quiera. ¿Comprendes? ¡Basta, te digo! ¡Basta! Si insistes, me divorciaré. Está autorizado por la ley. ¿Comprendes? Y, además, no olvides que tu hermano es del partido blanco y vive en el extranjero. ¿No sabes que eso es bastante para que te pudrieses en la cárcel? Eso también está previsto por la ley.

OLGA.—¿Voy a ser yo responsable de lo que ha hecho mi hermano?

TEREKIN.—¿Y quién va a serlo entonces? La familia es solidaria. ¡La ley tiene en cuenta a la familia! No tengo más que hacer un gesto y te detendrán en seguida. Mucho cuidado, Olga. Haz lo que te digo o acabarás en la cárcel, y al chiquillo le enviarán a una colonia de niños.

OLGA.—¡A una colonia!

TEREKIN.—Eso es.

OLGA.—¿De modo que yo esperaba, yo aguardaba..., y ahora me amenazas con meterme en la cárcel? ¿Qué hacer, Dios mío? (*Llora.*) ¡No tengo con qué vivir!...

TEREKIN.—Pero ¿a qué viene llorar? ¿He dicho yo que te abandono? No. ¿Te he negado dinero? No. No te lo mandé antes, porque vivías con tu abuela y no lo necesitabas. Pero ahora te lo mandaré. En cuanto acabe mis estudios, en cuanto tenga el título de ingeniero, iré a buscarte en seguida, en el acto; y viviremos juntos. Pero hoy es imposible.

OLGA.—¿Y hoy, por qué no? ¿Por qué vas a poder vivir con una mujeruca cualquiera y no con tu mujer legítima?

TEREKIN.—Cómo eres, Olga; te obcecas y no te tomas el trabajo de reflexionar, de enterarte. Me encuentras con una mujer y en el acto crees que hay por medio el amor. ¡Yo, que no pienso más que en ti todo el tiempo!

OLGA.—Pero si ni siquiera me has escrito una carta...

TEREKIN.—¡Una carta!... ¡Qué importancia le das a las cartas! Te afirmo que es una compañera, una amiga. Estudiábamos juntos... El trabajar juntos hace intimar... Yo era como su hermano mayor... De pronto ella se enamoró de mí; ¡no es mía la culpa! Entonces me dijo: «Si no vives conmigo, me mataré...» ¡Eso es todo! ¡Y a ti se te ha ocurrido que era una cuestión de amor! Dime una cosa, Olga: si la echo ahora de pronto, se matará; ¡y nosotros seremos los culpables! Nunca le he dicho una palabra más alta que otra, y si ahora, de pronto, la echo... Olga, eso es imposible... ¡Debemos tener compasión!

OLGA.—¡A mí me echas y me amenazas con meterme en la cárcel!... Pero a ella es imposible...

TEREKIN.—No es posible, Olga. Está enferma, es muy débil. Yo se lo había contado todo: tú, yo... el niño... (*Vuelve a coger al chiquillo en brazos.*) ¿Qué es eso? ¿No te acuerdas ya de tu papaíto?

OLGA.—Entonces, ¿por qué dijiste: «Es mi hermana»?

TEREKIN.—Para evitar una sorpresa violenta, peligrosa... ¡Imagina! ¡Si le llego a decir: «Es mi mujer»!... En seguida hubiera pensado: «Viene a echarme... ¡Voy a tirarme al río!» Tuve miedo... Espera... (*Ambos prestan atención. Una pausa.*) No, nada.

OLGA.—¡Oh! ¡Qué susto he pasado! Está bien, Constantino: me iré. Me voy. Me amenazas, me echas... Tengo que marcharme. Y entonces, ¿qué?... ¿El divorcio?...

TEREKIN.—¡Pero qué tonta eres! ¿Qué estás diciendo? ¡El divorcio!... Te digo solamente que aguardes... ¡Aguarda! Volveré a nuestra casa. Te enviaré dinero y un bonito juguete para Nicolás. ¿Te acordarás de tu papaíto, Nicolasín?

OLGA.—Dime, ¿no podrías ahora darme algo de dinero?... Me queda poquísimo... No me va a alcanzar para la vuelta...

TEREKIN.—¡Ah! ¡Qué contratiempo!... ¡Has caído mal, mi pobre Olga!... ¡Aguarda! (*Se registra los bolsillos.*) Aguarda... Aquí..., tres..., nueve..., diez... Toma, Olga, diez y ocho kopeks... Sí... Pero no tengo inquietud alguna: en cuanto reciba mi pensión... ¡puedes contar con ella!... Ahora hay que sacarte de aquí; yo no puedo acompañarte... (*Abre la puerta y da con ella en la cabeza a Pupas, que estaba escuchando.*) ¡Ah! ¡Bandido! ¡Estabas escuchando! ¿Quieres que te deslome? ¡Ven! ¡Ven te digo! Vas a acompañar a esta señora hasta el tran-

vía... Pero bajad por la escalera de servicio. (*A su mujer.*) Bueno; hasta la vista, Olga, y muy pronto. Hasta la vista, Nicolasín, y procura no olvidar a tu papaíto. (*Salen. Terekin les sigue con la vista. Después cierra la puerta.*) ¡Ah!... ¡Las mujeres!...

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

CUADRO QUINTO

Una plaza. La multitud está escuchando un altavoz. Es de noche. Se oyen trozos de música selecta. Conversaciones.

TRANSEÚNTE PRIMERO.—¡Es como un gramófono!

TRANSEÚNTE SEGUNDO.—¡Un gramófono! ¡Mucho mejor que un gramófono! ¡Es increíble!... No representa nada... ¡Y esas voces tan admirables!

TRANSEÚNTE PRIMERO.—Mucho mejor que en un concierto, y más barato.

TRANSEÚNTE TERCERO.—¡Chist! ¡Chist!... Silencio.

TRANSEÚNTE PRIMERO.—¿Por qué... ¡chist! ¡chist!...? Estamos en la calle... La calle es libre... Porque tienes un mandil bajo el brazo crees que vas a poder dar órdenes...

TRANSEÚNTE TERCERO.—¡Vamos! ¡Un poco más bajo!

TRANSEÚNTE PRIMERO.—En tu casa podrás decir: ¡más bajo! Pero aquí... Dios mío, hay individuos ahora que pretenden mandar... (*El transeúnte tercero suspira y se va.*)

TRANSEÚNTE SEGUNDO.—¡Bastante me ha costado a mí esta radio!

TRANSEÚNTE PRIMERO.—¡Vaya un lujo! ¿Ha instalado usted en su casa un altavoz?

TRANSEÚNTE SEGUNDO.—No. Pero mi chico ha cortado todos los hilos telefónicos que ha hallado a mano para hacer antenas. Le pegué..., pero he tenido que indemnizar. ¿No oye usted que es una opereta? (*Entra Fédor y se sienta en un banco.*)

UN MENDIGO.—(*Pasa canturreando.*)

¡Una limosnita, ciudadanos!
¡Para un pedazo de pan!

UN TRANSEÚNTE.—Ve al asilo del periódico *Pravda*; el edificio está ya terminado... (*Voznesienki se aproxima a una estudianta que se halla en pie.*)

VOZNESIENSKI.—¿Estás libre?

ESTUDIANTA.—Sí. He salido para pasear.

VOZNESIENSKI.—Pues has elegido bien el sitio... Aquí estamos tranquilos.

ESTUDIANTA.—¿Dónde podríamos ir?

VOZNESIENSKI.—¡Ah! Eso... ¡Fíjate! (*Señala a un hombre y a una mujer que se están abrazando.*) Son de nuestra sección. ¡El tiene bríos! Se ve que nos hallamos en primavera.

ESTUDIANTA.—Es su mujer.

VOZNESIENSKI.—¿Su mujer?

ESTUDIANTA.—Viven separados. El se halla en el departamento de los hombres, y ella, en el de las mujeres.

VOZNESIENSKI.—¡Es gracioso!

ESTUDIANTA.—En invierno se ven por las mañanas en la escalera. El enciende el «Primus» mientras aguarda a la primavera. Y, ya en primavera, como ves, se reúnen en los paseos. ¡Ahí tienes la felicidad conyugal!

VOZNESIENSKI.—No, yo no podría.

ESTUDIANTA.—¡Qué le ibas a hacer! Además, que es bastante extraño, bastante original.

VOZNESIENSKI.—¡Gracias! ¡No es para mí! (*Entran dos viejas.*)

VIEJA PRIMERA.—¡María Ivanofna! ¡María Ivanofna! ¿Adónde va usted? ¡Oh! ¡No puedo más! ¡Este corazón!

VIEJA SEGUNDA.—Yo tampoco puedo, Agripina Seigueiefna... Me faltan las fuerzas. Comprendo que no lo podré soportar ya mucho tiempo...

VIEJA PRIMERA.—¿Qué le pasa, María Ivanofna?

VIEJA SEGUNDA.—(*Señalando el altavoz.*) Ese aparato me va a matar. No puedo más, Agripina Sergueiefna. Vivo en la misma casa desde hace veintisiete años, y ahora han colocado sobre mi ventana este instrumento; ¡de día y de noche suena, canta, chilla! Me ha hecho perder el sueño y el apetito. ¡Mi pobre gato se ha marchado huyendo! No ha podido soportar estas conferencias; de día y de noche, de noche y de día...

VIEJA PRIMERA.—Cálmese usted, María Ivanofna.

VIEJA SEGUNDA.—¡No puede usted imaginarse, Agripina Sergueiefna! Ayer, durante todo el día, ha estado dando conferencias sobre la cuestión sexual. ¡Creí que me moría de indignación! Al fin, terminó. Encendí el samovar... ¡Ay!... ¡Sí!... ¡Sí!... Volvió a empezar: ¡una conferencia sobre la cría de los cerdos! No puedo más, Agripina Sergueiefna. No puedo más...

VIEJA PRIMERA.—¡Pero no se exalte usted así, María Ivanofna!

VIEJA SEGUNDA.—Lo han dicho las Santas Escrituras: «Sonará la trompeta y será el juicio supremo.» Y ya ha sonado la trompeta, ya ha sonado. (*Salen.*)

UN ALDEANO.—(*Habla con un caballero de buen aspecto.*) ¡Ah! ¡Qué bien canta! ¡Vaya un gaznate! Allá en nuestras tierras también lo tenemos... Es muy interesante... La otra noche, un individuo dió una conferencia sobre la siembra. Hablaba bien; decía todo cuanto ya sabíamos. ¡Daba gusto oirle! Hablaba, hablaba y, de pronto, se le apagó la voz en un estertor. Aquello nos aterró. Escribimos entonces para saber lo que le había ocurrido, si se había muerto o si estaba mejor. Nos respondieron que se hallaba en perfecta salud. Esto nos quitó un gran peso de encima.

UN TRANSEÚNTE.—No hay nada más fácil que instalar la radio. Yo lo he hecho así. Se coge un receptor de teléfono, un cubo de hierro, alambre, y se va colocando. ¡Es asombroso! Me ha bastado con una tarde y el día de hoy y ya lo tengo en mi cuarto.

TRANSEÚNTE SEGUNDO.—¿Y se oye bien?

TRANSEÚNTE PRIMERO.—¡Ah, no! Oír, no se oye... (*Pupas pasa con un caballero de buen aspecto.*)

EL CABALLERO.—¿Y tú me respondes del éxito?

PUPAS.—Puede usted estar tranquilo. Todo está admirablemente combinado. Nada se ha dejado al azar. La Comisión lo confirmará. Terekin forma parte de la Junta. Dentro de dos semanas seré miembro de la Unión de Juventudes Comunistas. Su hijo Alejandro Benedictovitch será del *Komsomol*.

EL CABALLERO.—Mucho cuidado, ¿eh? Es preciso que se realice. Te lo repito: para mí es algo muy importante.

PUPAS.—No se intranquilice usted, papá. (*Declama*) «¡Audacia! ¡Audacia! ¡Y siempre audacia!»

EL CABALLERO.—¡Bien, bien! ¡Tú llegarás!

PUPAS.—Naturalmente. No es usted el primero que me lo dice. Por algo dejé yo el hogar familiar para vivir en

la comunidad. Cuando me preguntan: «¿Quién es tu padre?», les respondo: «Un ingeniero. ¡Hijo de un obrero!»

EL CABALLERO.—Podrías haberme otorgado un origen menos vulgar.

PUPAS.—Y «¿Qué hacía antes de estudiar la carrera?» «Trabajaba en una fábrica.»

EL CABALLERO.—¿En qué fábrica?

PUPAS.—Ya verá usted como todo se arregla de la mejor manera del mundo. Todos los individuos del partido son compañeros míos. Terekin me da palmadas en el hombro: «¡Muévete—me dice—. Nos es preciso formar la unión de fuerzas intelectuales!...» Claro es que algunos oponen ciertas dificultades...

EL CABALLERO.—(*Con inquietud.*) ¡Ah! ¿Lo estás viendo? Dificultades...

PUPAS.—¡No tiene importancia! Terekin los amordazará...

EL CABALLERO.—Hay que lograrlo a toda costa... Tener un hijo de la Juventud Comunista, ¡qué triunfo!

PUPAS.—Le digo a usted que el asunto está en marcha. ¡Lo conseguimos, papá!... Deme unos veinte rublos. Como antes le dije, hay ciertas dificultades; habrá que allanarlas... (*El caballero le entrega algún dinero. Salen.*)

(*Una muchacha se halla sentada y sola en un banco. Un muchacho bien puesto se llega a ella. La mira y se le acerca; ella retrocede.*)

EL MUCHACHO.—Tiene usted el vestido un poco arrugado.

LA MUCHACHA.—(*Se arregla el vestido.*) Gracias...

EL MUCHACHO.—Sin duda ha estado usted en el campo, ¿eh?

LA MUCHACHA.—Yo no hablo con gentes a las que no conozco.

EL MUCHACHO.—Permita usted que me presente. Piotr Plutkin.

LA MUCHACHA.—Mucho gusto; Nina Alexandrofna Rovíakin. ¿Acostumbra usted a ir en el tranvía o en el autobús?

EL MUCHACHO.—En el autobús; es más distinguido. En los tranvías hay mucha mezcla.

LA MUCHACHA.—El domingo fuimos al *cine*.

EL MUCHACHO.—Es un espectáculo interesante cuando hay películas extranjeras. Es muy agradable ver la vida fácil y lujosa. ¡Pero las películas rusas!...

LA MUCHACHA.—¡Ah, sí! Las películas rusas son muy aburridas. «El matrimonio de los osos» no está muy mal. Hay momentos bastante graciosos... Pero «El acorazado Potemkin»... Había leído que a Douglas Fairbanks le había gustado, y por eso, necesariamente, fuí a verla...

EL MUCHACHO.—¿Y qué?

LA MUCHACHA.—Un horror... ¡Nada más que cañones! ¡Y marineros desnudos! ¡No se atreve uno ni a mirarlos! A mí me gustan las películas en donde hay amores.

EL MUCHACHO.—Sí; son muy agradables las películas que tratan de asuntos amorosos. Lo malo es que el público de los *cines* no se compone de intelectuales. Son en su mayoría obreros, muchachos comunistas. En una palabra, es el proletariado...

LA MUCHACHA.—¡Oh! ¡Hay chicos comunistas que son muy bien! Una amiga mía trata a dos muchachos comunistas. La han llevado a un concierto...

EL MUCHACHO.—¡Vaya!

LA MUCHACHA.—¡Y después a una conferencia! Esto no es tan divertido.

EL MUCHACHO.—A mí no me agradan los jóvenes comunistas.

LA MUCHACHA.—¿Los envidia usted?

EL MUCHACHO.—No tengo motivo alguno para envidiarlos. Pero es así. No me gustan. Gentes que no tienen Dios, ni conciencia...

LA MUCHACHA.—Dispense usted, pero los hay con una conciencia muy recta. Vea usted. En la administración que dirige mi padre, un joven comunista comenzó a gritar: «¡Ustedes explotan al obrero! Le pagan los salarios del hambre. Voy a denunciarles en la prensa.» Entonces papá le invitó en seguida a comer: compró para él un exquisito coñac... Bueno, pues ese muchacho ha tenido conciencia.

EL MUCHACHO.—¿No escribió nada en la prensa?

LA MUCHACHA.—Nada.

EL MUCHACHO.—Es una excepción. En general, se mueren de hambre para tener la libertad de denunciar a cualquiera en los periódicos. ¡A esos valientes los conozco yo y los trato como se merecen! Un día mi padre me llamó y me dijo solemnemente: «Oye, Fedia: es una locura eso de querer darse de cabezadas contra las paredes y tenemos que someternos a ese maldito poder. Pero si encuentras ocasión de perjudicarlo, no lo dejes de hacer. Recuerda, hijo mío, que nos lo han robado todo.»

LA MUCHACHA.—¡Ah! ¡Dios mío!

EL MUCHACHO.—Nos lo han robado todo, todo. No nos quedan ya más que dos tiendas.

LA MUCHACHA.—¡Qué desgracia!

EL MUCHACHO.—Aquellas palabras de mi padre me produjeron un efecto..., un efecto que no acierto a explicar. ¡Una verdadera revolución! Me alejé con el alma en un verdadero tumulto, y aquella misma noche, temerariamente, y en unión de unos cuantos amigos, atacamos a un joven comunista.

LA MUCHACHA.—¿Y qué pasó?

EL MUCHACHO.—¿Me promete usted el secreto?

LA MUCHACHA.—¡Oh! ¡Es claro!...

EL MUCHACHO.—Le atacamos en una calleja obscura, apartada, solitaria..., y le cogimos tan bien que aun se encuentra en el hospital con dos costillas deshechas.

LA MUCHACHA.—¡Eso es tener audacia!... Pero ¿por qué lo derrengaron ustedes de esa manera?

EL MUCHACHO.—Porque es comunista. ¡Y eso no es todo! ¿Conoce usted a Paulina Novikof?

LA MUCHACHA.—¿No es una empleada en una corsetería?

EL MUCHACHO.—No. Su suegra es modista. Esta Paulina se dejaba festejar por un comunista. Un vez fué a verle a su casa... Permaneció allí hasta las once... Uno de los vecinos del joven comunista es cliente nuestro, y nos lo refirió...

LA MUCHACHA.—¿Y qué hicieron ustedes?

EL MUCHACHO.—«¡Ah! ¡Ah! ¿Con que te las entiendes con un comunista, eh? Bueno, pues ¡aguarda un poco!» Una noche nos apoderamos de la dama, le levantamos las faldas y se las atamos bien fuerte en la cabeza. Parecía una tulipa... Y la dejamos marchar... así...

LA MUCHACHA.—(*Riéndose.*) ¡Una tulipa!... ¡Oh! ¡Lo que podrán ustedes inventar! ¿Y que ha sido de ella?

EL MUCHACHO.—Al día siguiente la seguimos por la calle burlándonos. «¡Qué tal? ¿Te va bien con tu comunista?» Azuzamos contra ella a la chiquillería, que la persiguió injuriándola. ¡Lo que nos pudimos reir!

LA MUCHACHA.—¡Sí que ha debido ser muy divertido!

EL MUCHACHO.—Pero peligroso. Los jóvenes comunistas han manifestado que si el caso se repitiese, ellos sacarían sus pistolas...

LA MUCHACHA.—¿Y ha vuelto a repetirse?

EL MUCHACHO.—Aun no. (*Beseda entra leyendo un libro. Se aproxima a un estudiante que es vendedor ambulante y que también está leyendo tras su azafate de cigarrillos.*)

BESEDA.—¡Buenas tardes, Vassia!

ESTUDIANTE.—Salud.

BESEDA.—¿No dejas de leer?

ESTUDIANTE.—Sí, ahora mismo termino este librote. ¡Hace tiempo que hubiera podido terminar, si no metieran tanto ruido! Y, además, me interrumpen a cada instante; un transeúnte se acerca, exige, vacila: «¿Tiene usted cigarros de Java?» «Sí.» «¿Y de la Estrella Roja?» «Sí.» «Bueno, pues deme usted unos Iva.» Y me digo: «¡Que el diablo se lleve a este idiota, que me hace perder mi tiempo! ¡Hubiera podido leer cinco páginas!»

BESEDA.—¿Quieres que leamos juntos?

ESTUDIANTE.—Siéntate... (*Beseda se sienta junto a él.*)

LA MUCHACHA.—(*Mirando a una transeúnte.*) Ahora están muy de moda las medias de seda. También las llevan de hilo de Persia... Es usted algo injusto con los jóvenes comunistas; hay entre ellos algunos interesantes y hasta guapos.

EL MUCHACHO.—¡Pues que vayan a pasearse de noche por nuestra calle! ¡Estarán menos guapos al día siguiente! Y, además, lo que me indigna, lo que me repugna, es la inmoralidad de sus relaciones con las mujeres. Viven con ellas sin casarse. Es repugnante. Yo no tengo derecho para proceder en tal forma; pero ellos se lo han tomado. Yo, que soy un hombre decente, tengo que ir a la iglesia y recibir las bendiciones del cielo. Y ellos se pasan sin ellas, ¡y en qué forma! Si por casualidad están casados y se hartan, ¡pues nada!, se divorcian. Pues

en semejantes condiciones tendría yo doscientas mujeres. Sólo que, como soy un hombre digno, educado, ¡no tengo derecho! ¡Es monstruoso! ¡Oh! Antes, las uniones entre hombres y mujeres era otra cosa bien distinta. Mi madre, por ejemplo, se casó con mi padre casi a la fuerza. Así fué. No quería casarse con papá. Al día siguiente de la boda se lo dijo. Entonces papá cogió una sólida correa y le respondió: «¡Ah, perra! ¿Conque no me quieres?» Y le hizo entender que debía quererle. Mi madre lo entendió así bien pronto, y acabó por querer a mi padre. Y han vivido perfectamente. Han ganado mucho dinero. Pero con las nuevas costumbres, se ha acabado el amor.

LA MUCHACHA.—Me agrada mucho su conversación... ¿Y si nos acercásemos a aquel aparato automático? Se echan diez kopeks y sale una pastilla de chocolate...

EL MUCHACHO.—¡Lo que usted quiera! (*Se alejan. Nina llega lentamente. Fédor se lanza a su encuentro.*)

FÉDOR.—¡Nina!

NINA.—¡Ah, Fédor! Buenas tardes.

FÉDOR.—¿De dónde vienes? No se te ha visto desde hace mucho tiempo.

NINA.—He estado en casa de una amiga.

FÉDOR.—No tienes buen semblante... Estás muy pálida...

NINA.—Algo de cansancio... Trabajo mucho...

FÉDOR.—No es el trabajo lo que te pone así.

NINA.—Sí, te lo aseguro...

FÉDOR.—Es la vida que te da Terekin.

NINA.—¡Tonterías!

FÉDOR.—Te trata como si fueses una perra. Lo he visto... Es una vergüenza.

NINA.—No es cierto... Hay días en que tal vez está algo

duro... No es el único... Ocúpate de lo tuyo... Nuestra vida no te importa.

FÉDOR.—Nina, déjale. Sé que eres desgraciada... Es un canalla.

NINA.—Basta, o me voy.

FÉDOR.—No, quédate... Trataré de no volver a hablar de ello. Pero es difícil... Te quiero... ¡Y verte sufrir así! (*Nina se tambalea. Fédor la sostiene.*) ¡Nina! ¡Nina!

NINA.—No es nada. Un mareo. Salgo ahora del hospital. No quiere tener hijos.

FÉDOR.—¿No podía haberte venido a buscar?

NINA.—Está ocupado.

FÉDOR.—Nina, ¡te lo suplico! ... Háblame francamente. ¡Una vez!... ¡Sin reticencias! ¿Por qué no le dejas?

NINA.—No lo sé... Seguramente acabaré por irme..., pero más adelante. Y, además, ¿adónde ir?

FÉDOR.—Bien lo sabes.

NINA.—Si me fuese, según tú me aconsejas, no volvería a vivir con nadie. ¡Compréndeme! Yo no puedo volver a querer... He sufrido demasiado, es cierto. Y entonces, ¿qué? ¿Voy a estar sola? No puedo... Tengo miedo a estar sola...

FÉDOR.—¿Y yo? ¿No soy amigo tuyo? ¿No creerás que iba a abandonarte? Viviríamos juntos.

NINA.—Tú me quieres, Fédor... Crees que podrías vivir conmigo como un amigo... Pero en seguida querrías algo más, y yo no siento por ti más que amistad. No podría darte lo que deseas. Entonces te marcharías y estaría mal...

FÉDOR.—No es cierto.

NINA.—Sí. ¡Es cierto, sí! Y aun si llegases a no pedirme nada, sufrirías. Y yo no quiero.

FÉDOR.—Te degrada, labra tu desgracia, te apoca, es como un ácido que te corroyese lentamente.

NINA.—Eso es lo más terrible. Siento que ya no soy lo que era antes. El me lo dice y... tiene razón. He perdido toda la confianza en mí y en todo lo demás. Sí..., he acabado por no entender. A veces, al injuriarme, me dice unas verdades..., unas verdades de las que yo no podía dudar hace unos cuantos meses. ¡Todo aquello me parecía tan justo! ¡Pero ahora las emplea en sostener lo que me parece tan injusto! Por eso he acabado por no saber... Todo esto bulle en mi cerebro... Sufro. Se me hace imposible vivir en semejantes condiciones. Me voy volviendo burguesa. El me lo reprocha y no se equivoca. Casi no conozco a nadie que viva bien. Entonces, ¿a qué buscar más allá? Es posible que sea más grosero que los demás..., eso es todo. Pero es muy posible también que, a pesar de ello, le quiera.

FÉDOR.—Todo le parece feo y monstruoso porque eres muy desdichada. Pero eso no es así, Nina. Entre los nuestros hay muchos que viven muy bien. Naturalmente, que no alardean de ello, porque es lógico, es banal. Pero la podredumbre se manifiesta, resalta. Sólo a ella se la ve. Todo parece que se halla corrompido y, no obstante, casi todo está sano. Barramos toda esa podredumbre y nos deslumbrará la limpieza que nos oculta.

NINA.—No, Fédor, no. ¡Ya no hay nada que hacer! El mal está en vosotros mismos. Conozco a muchos muchachos buenos, comunistas dignos, decentes. En su trabajo son admirables, perfectos: ¡con toda la hermosura de la doctrina! Pero luego, en la vida privada, son mezquinos, groseros. Tratan a sus mujeres como a esclavas.

FÉDOR.—Mi querida Nina, esa es una lacra que nos

llega desde el pasado. Hay que denunciar el mal, unirnos para extirparlo y, ante todo, ejecutar a hombres como Terekin.

NINA.—¿Quieres intervenir en la vida privada?

FÉDOR.—Hace tiempo que he debido hacerlo y acusar a Terekin de sus crímenes contigo.

NINA.—¡Estás loco! No volveré a decirte una palabra.

FÉDOR.—Ya lo hubiese hecho si mi situación no hubiera podido parecer equívoca.

NINA.—¿El qué?

FÉDOR.—El sabe que te quiero. Lo dice en todas partes. Me lo ha dicho a mí mismo. Si le ataco de frente, se dirá que es una cuestión personal, que sólo obedezco a motivos que...

NINA.—No hagas nada... Es muy posible que yo misma, cualquier día... Ten paciencia... A veces me parece que, a pesar de todo, me quiere, y es posible que yo misma tenga una parte de responsabilidad. (*Tras ellos aparece Terekin; se aproxima y escucha.*) Pero a veces también se hace tan rencoroso, tan brutal... ¡que me digo si valdría más darme un balazo en la cabeza!

FÉDOR.—¡Adónde has llegado!

NINA.—Sí. Pienso con cierta frecuencia en el suicidio. Imaginar que con sólo apretar el gatillo... ¡se acabaron las humillaciones, las groserías! ¡Nada de vergüenza ante los otros, y, sobre todo, ante uno mismo!...

TEREKIN.—¡Ja! ¡Ja! ¡De manera que tú no le cuentas nada a nadie! ¡Que no chismorreas!

FÉDOR.—(*Levantándose.*) ¿Tú?

TEREKIN.—¡Largo de aquí! Contigo hablaré más tarde.

FÉDOR.—Terekin, ¡te prevengo que si te permites la menor violencia con Nina!...

TEREKIN.—¿Qué? ¿Vas a mezclarte en nuestros asuntos? ¡Voy a matarte como a un perro, carroña!

FÉDOR.—(*Echándose sobre él.*) ¿Tú?...

NINA.—(*Agarrándose fuertemente al brazo de Fédor, se interpone entre ambos.*) ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete en seguida! ¡Si dices una palabra más, todo ha terminado, Fédor! ¡Te lo juro! ¡Vete, te lo suplico!

FÉDOR.—(*Tras una lucha interior.*) Bueno... Pero ¡me has oído, Terekin! ¡Estás enterado!

TEREKIN.—Vete ya, perro... ¡Vete a ladrar más lejos!... ¡Y que no te vuelva a hallar en mi camino, asqueroso! (*Fédor se aleja.*) Y tú, ¿cómo llamas a esto?

NINA.—Me lo encontré...

TEREKIN.—Mientes... Ha sido una cita... Necesitas abrir tu alma..., ¿eh? ¿Y qué más?

NINA.—¡Constantino!

TEREKIN.—¿Qué Constantino? Me estás envenenando la existencia. ¡Me das ganas de vomitar! Pero no voy a permitirlo..., ¿eh?... Quisieras reunirte con tu Fédor..., ¿eh?... ¡Sois tan puros los dos! ¡Eres una zorra!

NINA.—¿Por qué gritas así? Siempre dices que no se debe gritar...

TEREKIN.—(*Mira a su alrededor.*) Aquí no hay nadie que nos conozca y no tiene importancia. Pero tienes razón. Voy a advertírtelo suavemente, en voz baja... Si vuelvo a encontrarte otra vez con ese hijo de perro, le mato... ¿Conformes?

NINA.—Bien sabes que no hay nada entre él y yo. Pero, aunque lo hubiera..., ¿no estás tú también con Lisa? Y no lo ocultas.

TEREKIN.—No lo oculto. Estoy con ella. Tiene algo más de gracia que tú; no gimotea, y ya sabes, en la cama...

NINA.—¡Basta!

TEREKIN.—Hago lo que quiero... Pero a ti, no te lo permitiré. No haber presumido tanto de castidad..., queridita. ¡Si eras tan virtuosa, no haberte acostado conmigo! Está prohibido. Pero te voy conociendo. Siempre con la moral en la boca... ¡Una santa! Una hembra... Y eso la desazona...

NINA.—¡Cállate! ¡Cállate! Recuerda que salgo ahora del hospital. Que han vuelto a operarme.

TEREKIN.—¡Ah!... ¡Sí!... ¡Operarte! ¡Operarte! No sabes hablar de otra cosa. Es tu estribillo. Bueno, pues a mí... ¡A mí qué! Yo no sé quién te hizo el chiquillo... ¿A qué venírmelo a endosar?... Ve a quejarte a tu Fédor, queridita... ¡Yo estoy harto de ti, de tus gimoteos, de tu hospital, de todas tus porquerías!... (*Nina se cubre el rostro con las manos y se sienta. El altavoz emite una canción chillona y estridente, cuyas primeras palabras son: «No es posible vivir sin amor...» Bailan una pareja de muchachos y una señora sosteniendo a un perrito.*)

TELÓN.

CUADRO SEXTO

Una habitación en la Casa de los Estudiantes. Una gran mesa alumbrada por una lámpara colgada del techo. La decoración del primer cuadro. A lo largo de las paredes, ocho camas. Junto a la mesa se hallan sentados, estudiando, Voznesienski, Petrosian, Pupas, Lutikof, Andrés, Beseda y Bezborodof.

VOZNESIENSKI.—(*Inclinándose hacia Bezborodof.*) Trazas una recta... Eso es... Cuidado... ¡Arrollas el papel con la manga!... Entonces, los ángulos A y B son iguales. ¿Has entendido?

BEZBORODOF.—No.

VOZNESIENSKI.—¡Mira! ¡Fíjate! (*Ambos se inclinan sobre el papel y Voznesienski prosigue sus explicaciones.*)

PETROSIAN.—(*A Lutikof.*) ¡Mitia! ¿Tienes ahí la regla?

LUTIKOF.—Está en su sitio; colgada de la pared. (*Petrosian va en busca de la regla. Una pausa.*)

PETROSIAN.—¡Ah! ¡Caramba!

VOZNESIENSKI.—¿Qué ocurre?

PETROSIAN.—Que se me ha hecho un borrón... precisamente en medio... Tengo que volver a empezar.

VOZNESIENSKI.—(*Entre dientes.*) Y no te vendrá mal.

PETROSIAN.—¿Qué decías?

VOZNESIENSKI.—¡Que ha sido una lástima! ¡Una ca-

tástrofe! (*Una pausa. Dentro canta alguien acompañándose con la balalaika.*)

ANDRÉS.—¡Descanso!... Hemos decidido tomarnos un descanso cada dos horas de trabajo, y llevamos cuatro sin levantar cabeza.

BESEDA.—¡Si necesitas un recreo, vete a jugar al pesillo!

VOZNESIENSKI.—No, no. Es preciso que todos descansemos a la vez. Y tú, Beseda, a quien todos estimamos tanto *por* tu entrenamiento en el estudio, no nos obligues a emplear nuestra fuerza para obtener tu consentimiento.

LUTIKOF.—¡Es cierto, camaradas! Trabajamos demasiado...

BESEDA.—¡Trabajamos mal, sin método! Un idiota comienza a tocar la balalaika y tenemos que suspender el estudio.

ANDRÉS.—En América se hallan organizados, Beseda. En una semana, mecánicamente, van introduciendo en las cabezas de los estudiantes todo género de conocimientos. Eso es la organización.

BESEDA.—Si por lo menos no tuviésemos que ocuparnos del partido... Pero las células, las juntas, los grupos, nos embargan un tiempo de que no disponemos. ¿Y por qué?

VOZNESIENSKI.—Tú quisieras proseguir tus estudios tranquilamente, sin trabajar por la causa. Y entonces, ¿quién va a trabajar para ella?

BESEDA.—Para cumplir esa misión, ¿no hay bastantes comunistas en Moscú?

LUTIKOF.—¡Admitido! Y tú, durante seis años, ¿vas a estarte metido entre tus libracos, al margen de la vida?

BESEDA.—(*Enseñando un libro.*) ¿Es que estudiar no es vivir? ¿Será mejor seguir siendo un ignorante?

LUTIKOF.—Lo que se trabaja por el partido no nos

ocupa tanto. No nos conviene encastillarnos en el estudio. Trabajas, acumulas conocimientos. Pero esa ciencia no es para ti sólo; tenlo presente.

BESEDA.—¡Tonterías!

LUTIKOF.—Tú llegarás a ser un buen técnico, pero nunca serás uno de los nuestros. ¡Jamás serás un buen comunista! Seguirás siendo un campesino.

ANDRÉS.—Eso no es un reproche. Has nacido así. ¡Es el destino! ¡La herencia!

BESEDA.—¡Ah! ¡Muy bien! Entonces tú, si tienes algo de tu madre, debe de ser...

LUTIKOF.—En serio, Beseda; cada día te apartas más de nuestro grupo. Cuando hay juntas, te marchas. Cuando se convocó la gran asamblea para combatir la oposición, nosotros abandonamos todos nuestros trabajos; ¡nadie pensaba ya en los estudios! Pero tú seguías aquí en tu tarea. Al salir de la escuela serás un buen ingeniero, pero no estarás impuesto en los asuntos públicos. ¿Qué es lo que de ti exige el partido? «Camarada Beseda, trabajas en la mecánica. ¡Muy bien! Roba a la fábrica una o dos horas para vivir en la célula y estudia la mecánica social.» No, querido, no; está perfectamente organizado.

BESEDA.—¡Sí es admirable! ¡Tienes toda la razón del mundo! Pero yo no quiero que toda esa charla me impida trabajar.

VOZNESIENSKI.—Trabaja, trabaja, aldeano, que llegarás a ser un burgués.

BESEDA.—Y tú, trabajes o no trabajes, seguirás siendo un imbécil.

ANDRÉS.—¡Ha sido directo!... (*Beseda sale.*)

PIOTR.—La cuestión no es tan sencilla, Lutikof. El mal es más profundo.

LUTIKOF.—¿Qué quieres decir?

PIOTR.—Fíjate: la causa es del sistema. Sea cual sea nuestra situación, no podremos seguir siendo comunistas.

VOZNESIENSKI.—¡Ah! ¿Y por qué?

PIOTR.—¡Pero si es evidente! Hay incompatibilidad. Para ser comunista hay que estar en un servicio público. Fuera de los servicios públicos, es imposible. ¡Fíjate en nuestros técnicos! Se han transformado en patronos. Se han apartado del partido automáticamente. No tratan más que a las gentes de negocios. No piensan más que en el éxito de sus empresas; esto es, en el provecho que pueden rendirles. Es lógico, necesario, inevitable.

LUTIKOF.—¡Sí, sí! Es una vieja canción...

PIOTR.—Déjame proseguir, vuelve en ti mismo un instante siquiera. ¡Reflexiona! ¡Razona! La burguesía va ensanchándose junto a nosotros; su influencia es considerable. Yo salgo de una escuela superior, me especializo y, sin darme cuenta, sin tener conciencia de ello, me transformo. Ahora bien; se desea que nos especialicemos: el país necesita gentes especializadas para llevar a buen puerto sus empresas. Y, con ello, va preparando los burgueses... Es un círculo vicioso.

LUTIKOF.—¿Entonces el régimen está condenado? ¿No hay salida? ¿Es el fin de todo?

PIOTR.—No sé... Yo hago constar lo que hay... No puedo prever lo que ocurrirá... Es muy posible que no ocurra nada...

VOZNESIENSKI.—Pues, hijo mío..., ¡es que le animas a uno! Me recuerdas a aquel caballero que se hallaba en una encrucijada y que sabía que todos los caminos le llevaban a la muerte. ¡Con semejantes ideas no se puede vivir!

PIOTR.—Verdad es. (*Sonríe.*) Eso pienso yo. Tienes razón... (*Bezborodof bosteza lenta y fuertemente.*)

ANDRÉS.—¡Ah! ¡Qué aburrido eres!

BEZBORODOF.—Son los nervios. (*Piotr sale.*)

ANDRÉS.—¡Nervioso! ¡Quita de ahí!... Anteayer me decías que nosotros debemos colocar al técnico a una altura que jamás alcanzó en las sociedades burguesas. ¿Y ahora reniegas de esta frase?

BEZBORODOF.—¡Ah! ¡No me hace gracia, no! ¡No me harás caer dos veces! Ya sé que es una frase de Lenin. (*Risas.*) No veo lo que tiene de gracioso. (*Sale.*)

FÉDOR.—(*Entrando.*) ¿Está Piotr?

VOZNESIENSKI.—Sí... Debe estar dormido en su cama... ¿No? Entonces habrá salido.

FÉDOR.—Es que tiene un libro mío... (*Rebusca entre los libros.*) ¿Dónde lo habrá metido? Voy a ver si le encuentro. (*Sale.*)

ANDRÉS.—No es Piotr uno de nuestros camaradas más brillantes. Siempre está solo... Tiene una mirada extraña... Si por casualidad habla, expone unas teorías que espeluznan.

VOZNESIENSKI.—Sí; le debe pasar algo... Se deja llevar... No tiene empuje... Anoche—yo tengo mi cama junto a la suya—le oí llorar. Fingí que no me daba cuenta, pero me ha dado cierta inquietud.

LUTIKOF.—Somos unos verdaderos cerdos. Ese muchacho sufre; está desconcertado, en un momento de angustia, y ninguno de nosotros es capaz de ir hacia él, sencillamente, como un camarada... ¡Arréglatelas tú solo!...

PUPAS.—Ha pronunciado unas palabras que no me han gustado...

VOZNESIENSKI.—¿Cuáles?

PUPAS.—Cuando tú dijiste que con semejantes ideas

no era posible vivir, él respondió: «Eso es lo que pien-
so yo.»

LUTIKOF.—También me impresionaron á mí.

ANDRÉS.—De todas maneras, no está bien...

LUTIKOF.—No. Con seguridad. Por lo tanto, mejor será ver dónde está... Sí... Es mejor... (*Sale y deja abierta la puerta. Todos quedan absortos, con los ojos fijos en ella aguardando algo con ansiedad. Un prolongado silencio. Sólo Voznesienski silba nerviosamente. Pausa. Se oyen pasos en el pasillo. Un grito. Los pasos se acercan. Entra Bezborodof. Se produce una corriente de alivio; uno lanza un suspiro; otros se ríen y escupen.*)

VOZNESIENSKI.—¡Idiota!... Creímos que... Deme un cigarrillo, Pupas.

PUPAS.—Con mucho gusto. ¡Me he dado un susto!

BEZBORODOF.—¿Qué? He ido a comprar un periódico de la noche, y trae un artículo sobre los estudiantes.

ANDRÉS.—¡Trae, trae!... (*Todos corren hacia la mesa y se inclinan sobre el periódico.*) Voznesienski, ¡lea esto!

VOZNESIENSKI.—«¡Ciudadanos, sálvese el que pueda! ¡Este año Moscú va a recibir a dos mil estudiantes más! Si se calcula un mínimum de diez centímetros cúbicos por estudiante, para estos dos mil hará falta... (*Entran Fédor, Vasili, Lutikof; traen a Piotr.*)

FÉDOR.—(*Gritando.*) ¡Compañeros!

TODOS.—(*Volviéndose, preguntan.*) ¿Qué? ¿Qué pasa? (*Ven a Piotr y quedan inmóviles, como petrificados, excepto Pupas, que oculta el rostro entre las manos y sale llorando.*)

FÉDOR.—¡Voznesienski, corre a buscar al médico de ahí enfrente! ¡Lutikof, ve a llamar a Nina!

VASILI.—Hay que practicarle la respiración artificial

Cógele los brazos. (*Se inclina sobre Piotr y le va subiendo y bajando los brazos. Nina entra corriendo.*)

NINA.—¿Qué pasa?

FÉDOR.—Ha tratado de ahorcarse. Le hemos descolgado a tiempo. Vive aún.

NINA.—¿Y el médico?

FÉDOR.—Ahora vendrá. ¿Tienes amoníaco, algo para darle a aspirar?

NINA.—Tengo agua de colonia. (*Sale corriendo. Entran jadeantes el doctor y Voznesienski.*)

DOCTOR.—(*Que se ha inclinado sobre Piotr.*) ¡Ah!... ¡Vive aún!... Que salgan todos menos ustedes dos... (*Indica a Fédor y a Vasili. Entra Nina trayendo un frasco de colonia.*) Y la mujer también...

FÉDOR.—(*A los estudiantes que se retiran.*) Ni una palabra, ¿eh?

DOCTOR.—No es nada. Ya vuelve... Necesita unas horas de descanso. Nada absolutamente. Es un medio digno de recomendarse... El veneno es mejor. Un veneno fulminante... No tengo nada que recelar; no le dejen solo. Si ocurriese algo, me avisan. Pero no hará falta. ¡Buenas noches! (*Fédor habla en voz baja al doctor, que se marcha. Fédor, Nina, Vasili, se hallan sentados en la orilla del lecho. Silencio. Dentro se oye una balalaika.*)

NINA.—¡Es terrible!

FÉDOR.—De día en día iba volviéndose más sombrío.

VASILI.—¡Nunca le hubiese creído capaz!...

NINA.—Bien veía yo que sufría. Varias veces hubiera querido... Pero no me atrevía.

FÉDOR.—¡Es lo que podía verse!

VASILI.—¡La vida!...

FÉDOR.—¡Un muchacho tan bueno!

NINA.—Todos los instantes eran tristes para él. Ha querido librarse... Puede que fuese mejor, en efecto.

VASILI.—Sí... Pero cuando vuelva en sí, ya le diré yo, ya le diré yo...

PIOTR.—(*En voz baja.*) ¿Qué me dirás, Vasili? (*Todos se estremecen y quedan silenciosos.*)

VASILI.—Más adelante. Por ahora necesitas descanso.

PIOTR.—No; habla ahora mismo.

VASILI.—¿Lo deseas? Pues bien...

NINA.—¡Vasili!

VASILI.—Déjame... Y no os mezcléis en nuestra conversación. Piotr y yo tenemos antiguas cuentas que arreglar. (*Salen Nina y Fédor.*)

PIOTR.—Habla.

VASILI.—¡Eres un gorrino y un cobarde! ¡Es una verdadera ignominia! ¡Si no te hallaras en este estado, ya te había escupido a la cara! ¿Qué has hecho? ¿Te das cuenta? ¿O es que crees que tienes derecho a matarte y qué eso no te atañe a ti solamente? ¿Crees que eres libre para disponer de tu persona? ¡Que tienes derecho a marcharte! ¡Así, sin más ni más! ¿Y quién proseguirá la obra de aquellos que cayeron por la causa junto a nosotros en el frente? ¡Sí, sí! ¡Tú ahora no eres más que un número! Has perdido la fe. ¡La Revolución se halla en peligro, todo se ha perdido! ¡Eso es lo que piensas, y sales huyendo como las ratas que abandonan el barco que comienza a hacer agua: que los demás se las arreglen! ¡Desertas! Un desertor... ¡Tú, tú! No te hallas en el mejor de los mundos, ¿eh? ¡Hay demasiados canallas que ambicionan el puesto! ¡Ahí se queda eso! ¡Y esto es lo que has discurrido! ¡La Revolución se halla en peligro! ¡Sales corriendo! ¡Te ahorcas! ¿Y con esta piltrafa he combatido yo en el frente? Cuando me hirie

ron en Lgov, me cargaste sobre tus hombros y teníamos a la caballería enemiga a nuestra espalda. Entonces te grité: «¡Déjame! ¡Sálvate tú! ¿De qué va a valerte morir conmigo?» ¿Recuerdas lo que me respondiste?

PIOTR.—¡Oh!

VASILI.—Tú gruñiste entonces: «¡No te abandonaré! ¡Hasta el fin!...» Y hoy, en el momento de peligro, nos abandonas a todos: a mí, a los demás, a la Revolución... Si los demás saliesen huyendo como tú, se derrumbaría todo... Todo cuanto nosotros mismos hemos construído... ¡Todo te importa poco! ¡Tu tranquilidad lo primero!... ¡La cuerda al cuello y ya está!... ¿Crees que eso es una valentía?

PIOTR.—Ya no tenía fuerzas. He perdido la fe. ¿Cómo es posible vivir, Vasili, cuando no se sirve de nada?

VASILI.—¡Idiota! ¿Quién de nosotros no conoce, no habrá conocido la duda? Pero tenemos una certidumbre: venceremos. En la pelea, ¿quién conserva una confianza absoluta? Aquellos que alardean son unos embusteros, unos inconscientes o unos traidores. Se burlan del partido y de la obra. ¿Quién de nosotros no sufre al tener que adoptar ciertas decisiones? ¿Quién de nosotros no siente sobre sus hombros el peso excesivo de la responsabilidad? ¿Es esta una razón para echar abajo la carga?

PIOTR.—Estoy enfermo, Vasili... Es como un veneno que me corroe... ¡De la misma manera que la herrumbre ataca al metal!

VASILI.—Tienes que reaccionar. Tienes que curarte. ¡Te hallas intoxicado por la podredumbre que te rodea! Estás aturdido por las quejas y las lamentaciones... ¡Líbrate de ello! ¡Mira más alto, más lejos! ¡Contempla la nueva vida que surge! Te fijas en los detalles, en las fealdades. De todos modos, algo grande hemos hecho.

PIOTR.—Me sentí destrozado... No puedo explicarlo. Bruscamente noté que algo se me rompía... Yo creo, Vasili, que son los estudios. Sí. Cuando nada se sabe, o se sabe poco, no hay vacilaciones, se cree, se sigue adelante. Cuando se llega a la sabiduría, también se podrá llegar a la certidumbre, se comprenderá. Pero cuando se halla uno en el centro, cuando se han recogido ya algunas migajas, cuando se ha entrevisto vagamente, entonces llega el malestar, llega la duda... ¡Ahí tienes! No he podido refutar lógicamente, científicamente, las teorías de la oposición. Y aquí, todo cuanto nos rodea... Todo este conjunto... Es... Es el fin de todas las cosas...

VASILI.—¡Ah, Piotr, Piotr! ¡Qué vergüenza!

PIOTR.—Dejaré la escuela. Volveré a la fábrica. Volveré a coger la herramienta.

VASILI.—¿Deseas de nuevo huir, desaparecer? ¡Es un suicidio! ¡No, Piotr, eso no volverá a suceder! ¡Hasta el fin! ¡Tu vendrás conmigo hasta el fin! ¡Enderézate! ¡Vuelve en ti! ¡Trabaja! ¡Apártate de la canalla! ¡De los fracasados! ¡De los Terekin! ¿Es que ya no eres un hombre?

PIOTR.—No lo sé.

VASILI.—¿Es que no quieres volver a ser un hombre?

PIOTR.—Probaré... Pero... Ya ves...

VASILI.—¿Qué?

PIOTR.—No me abandonéis vosotros mis amigos. ¡Será algo tan duro! ¡Tan duro!... ¡Me avergüenza! ¡Me da tanta vergüenza!... (*Llora.*)

TELÓN

CUADRO SEPTIMO

La decoración del acto primero. Voznesienski, Lutikof, Petrósian, Andrés, Bezborodof, Beseda. Están estudiando.

VOZNESIENSKI.—(*Mirando el libro de Lutikof.*) ¿Te falta mucho?

LUTIKOF.—Regular.

PETROSIAN.—¿No podrías hablar más bajo? (*Una pausa. La puerta se abre suavemente. Aparecen Kruglikof, Fenia, María y Pupas.*)

KRUGLIKOF.—(*En voz muy alta.*) ¡Buenos días!

TODOS.—(*Sobresaltados, le gritan.*) ¡Vete al diablo! ¡Déjanos en paz! ¡No se puede trabajar! (*Bezborodof, que se hallaba medio adormilado sobre su libro, da un salto.*)

PUPAS.—¡Calma, camaradas! Acabo de enterarme de que estos ciudadanos tienen las mejores intenciones!

PETROSIAN.—¡Qué se las guarden! ¡Que se las lleven!

KRUGLIKOF.—Queridos compañeros, os ruego que suspendáis un instante vuestros estudios. Por razones particulares desearíamos organizar aquí una velada.

PUPAS.—Con algunos sutiles ingenios...

ANDRÉS.—Es interesante.

LUTIKOF.—¿Y con qué objeto?

BESEDA.—¡Dejadnos trabajar!

ANDRÉS.—Beseda, hablamos en serio, y tú...

PETROSIAN.—¿Nos vas a dejar trabajar?

FENIA.—No os obligaremos a ayudarnos. Lo traemos todo...

PETROSIAN.—¡Ah! ¡Lo habéis traído!... (*Va quitando los libros de la mesa.*) De todos modos, es monstruoso... Llegan... Entran... ¡Nos impiden estudiar!... Bueno; ¡vamos a ver lo que traéis!

BESEDA.—¡Bien! ¡Yo me voy!

ANDRÉS.—Beseda, ¿no podrías hacerme un favor?

BESEDA.—¿Cuál?

ANDRÉS.—¡Que no hagas el imbécil! (*Sale Beseda.*)

KRUGLIKOF.—¡Fenia! ¡Trae el paquete! (*Fenia trae el paquete y van sacando unas botellas de vino y demás provisiones.*)

LUTIKOF.—¿Y a qué es debido esto?

PUPAS.—A la solemne unión de Artemio Kruglikof con Fenia... ¿Cuál es tu apellido?

FENIA.—Con el nombre basta.

PUPAS.—Con Fenia. ¡Adelante la música!

PETROSIAN.—Pero ¿a quién le habrán robado todo esto?...

LUTIKOF.—De todos modos, camaradas, aquí no se está bien para...

KRUGLIKOF.—Tienes razón. Aquí no estamos bien. Por eso nos instalamos lejos de vosotros.

VOZNESIENSKI.—¡Es un milagro! ¿Has encontrado casa?

ANDRÉS.—¡Hay que exhibirte en la barraca de los fenómenos! ¡Mil enhorabuenas!

KRUGLIKOF.—Hemos decidido festejar la boda, pero nuestra habitación está en las afueras, y allí no iríais vosotros. Por eso la celebramos aquí. ¡Eso es todo!... ¡Y ahora, me voy!

LUTIKOF.—¿Que te vas?

KRUGLIKOF.—Voy a buscar cerveza. ¡Vosotros id arreglando todo eso!

VOZNESIENSKI. — (*Fijándose en María.*) ¿Quién es ésta?

FENIA.—Una amiga de la fábrica de Pokrovskoie. (*Se dan la mano.*)

PUPAS.—Hay que avisar a los compañeros: a Lisa, a Terekin, a Nina, a Fédor...

LUTIKOF.—Terekin y Fédor, ¡va a ser gracioso!

PUPAS.—¡No llegarán a comerse!... (*Sale. Los demás van instalando la mesa. Entra Lisa.*)

LISA.—¡Buenos días, camaradas! (*Se aproxima a Fenia.*) Pero, Fenia, ¿es en serio? ¿Es verdad?...

FENIA.—Muy serio.

LISA.—¿Por mucho tiempo?

FENIA.—¿Cómo que por mucho tiempo? ¡Para siempre!...

LISA.—¡Vaya un gusto!

FENIA.—¿No le agradaría?

LISA.—¡Ah, no!... ¡Pobre Fenia! ¡Desdichado Kruglikof! ¡Infelices!

FENIA.—¿Qué?

LISA.—¡Ponerse así las esposas! ¡Qué ocurrencia!

FENIA.—Sí; es una ocurrencia nuestra...

LISA.—Pues en ese caso es una ocurrencia que no está conforme con nuestras ideas. ¡Hay que vivir libremente, sin trabas!

FENIA.—¡Sigue, sigue! ¡Me interesa!

LISA.—¡He terminado!

FENIA.—Di algo... No te cohibas.

LISA.—¡Oh! No tengo costumbre de cohibirme por nada... No me pongo guantes. Es demasiado burgués.

Dime, ¿quieres a ese muchacho? (*Bezborodof bosteza fuertemente; todos se sobresaltan.*)

María.—¿Qué le pasa a usted?

Bezborodof.—Nada. Es nervioso.

Lisa.—¡Responde! ¿Le quieres?

Fenia.—Claro que le quiero. Si no le quisiera no me casaría con él, está segura. Artemio es un buen compañero. Viviremos juntos muy bien...

Lisa.—¿Y si mañana dejas de quererle?...

María.—Si deja de quererle, le dejará.

Fenia.—Naturalmente.

Lisa.—¿Y si no le dejas? ¿Si no te atreves a dejarle, vas a estar con él toda tu vida?

Fenia.—¡Si no tengo motivos para dejarle!

Lisa.—Eso es muy burgués: limitas tu existencia. Le impones un cerco... La jaula; la familia necesita la jaula.

Lutikof.—Burgués... burgués... ¡La jaula!... Es estar oyendo a Terekin.

Lisa.—¿Terekin? ¿Y qué? ¿No podemos tener la misma opinión sobre este asunto? ¿Está prohibido? Pues... ¿qué queréis? A mí eso del matrimonio me resulta ridículo... La mujer necesita satisfacer su necesidad sexual. Es muy lógico. Pero entonces se agarra a un varón: «¡Ay, mi querido maridito!... ¡Ven, rico!...» ¡Vamos! ¡Es cómico! Y después, las escenas, los dramas, todo género de pequeñeces! ¡Qué asco!

Fenia.—¡Ya, ya!... ¡Qué asco!... ¡Qué asco... eso que nos has descrito!...

Lisa.—Aguarda, Fenia, no vayas a insultarme; reflexiona. A ti te agrada vivir con un muchacho un mes... pongamos dos... ¿Y después? ¡No se puede beber siempre la misma bebida en el mismo vaso!

FENIA.—¡El mismo vaso! ¿Y tú prefieres ser la copa en donde bebe todo el mundo?

LUTIKOF.—¡Eso no está mal!

FENIA.—Cuando te pavoneas seguida de todos tus enamorados: Terekin, Lenof, Pupas, Abramof y una docena por añadidura, ¿sabes lo que pareces?

LISA.—¿Qué?

FENIA.—¡Pues una perra en celo!

MARÍA.—¡Vamos!... ¡Basta!...

FENIA.—¡No! Es que estas mujeres... ¡No puedo!... No nos iban a permitir... Yo quiero vivir honradamente con un muchacho, estudiar, trabajar...

LISA.—Tener pequeñines...

FENIA.—Sí; y de esos pequeñines, hacer unos hombres.

LISA.—Si ése es tu gusto...

FENIA.—¡Es burgués!... ¡Es vulgar! Y hay imbéciles que lo creen... Pero a mí no me llega. Pues ¿qué? ¿Es que pretendes que una mujer sea como una calle por la que pasa todo el mundo? (*Entra Kruglikof con la cerveza.*)

KRUGLIKOF.—¡Aquí estoy! ¿Dónde se han ido los compañeros?

LUTIKOF.—Ahora vienen. Mi enhorabuena. ¡Tu Fenia es una valiente!

LISA.—¡Las injurias no prueban nada!

FENIA.—¿Quieres pruebas? ¿Pruebas de qué? ¿Es que tú y las que como tú proceden no os dais cuenta del mal que hacéis? Si algunos hombres del partido menosprecian a la mujer, es por tu culpa, es por vuestra culpa. ¿Qué les entregáis en la vida? ¡Nada! ¡Ah, sí! Vuestro...

LISA.—Bueno. ¡Dilo! ¿A que no te atreves?

FENIA.—Más me costaría a mí decirlo que a ti enseñarlo. (*Entran Terekin, Nina, Pupas.*)

TEREKIN.—(*A Nina.*) Bueno. ¡Muévele ya!

NINA.—Ya voy.

VOZNESIENSKI.—¡Al fin!... ¡Pues yo, a los acordes de una disputa femenina, he logrado resolver un problema!

ANDRÉS.—¡Amigos, os invito a sentaros!

PUPAS.—No he podido encontrar a Féder.

TEREKIN.—Has hecho bien. (*Viendo a María.*) ¿Una nueva? Bueno. ¿Y qué hacemos?

PUPAS.—Celebramos el sacrificio de la virgen Fenia, la diosa del Amor...

VOZNESIENSKI.—Hacemos por la vida.

LUTIKOF.—¿A qué fastidiarse?

TEREKIN.—(*A María.*) ¿Y tú, no dices nada? (*Va a abrazarla; María se suelta. En derredor de la mesa habla en voz baja.*) Eres una linda muchacha... Me gustas... Nos veremos, ¿verdad?

MARÍA.—No sé... ¿Por qué?

TEREKIN.—¡Brindemos por nuestra amistad!... ¡Ea! Hay que beber de un trago.

PUPAS.—Oye, Lisa; me parece que Constantino se ha fijado en la nueva. Creo que deberías ir a ver...

LISA.—Ya veremos. Pero, dime, Nina... ¿Consiente que Constantino en tu presencia...?

NINA.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¡Oh!

LISA.—¡No! ¡Fíjate! ¡Se la está comiendo con los ojos! ¡Es indecente! ¿No eres tú su mujer?

NINA.—¡Vamos! ¿Quieres dejarme en paz?

TEREKIN.—¡Siempre has de incomodarte! ¡Lisa está bromeando! ¿Es que no se va a poder bromear?

MARÍA.—(*Rechazando a Terekin.*) ¡Déjame!

LENOF.—(*Entrando.*) ¡Salud! (*Se sienta a un extremo de la mesa y bebe.*)

VOZNESIENSKI.—¡Ja! ¡Ja!... ¡No parece que vienes de muy buen humor!

LENOF.—Pienso en la suerte de la literatura rusa.

KRUGLIKOF.—¡Qué!... ¿No va bien la cosa, eh?

LENOF.—¡A nadie le interesa ya la poesía! Interesa la vida, la verdadera vida, la realidad. ¡La poesía se muere! ¡Y los poetas, también!

NINA.—Cuando un muchacho ha escrito media docena de versos, se cree poeta y lo deja todo: los estudios, la célula. No quiere ya trabajar y no sale de las cervecerías.

TEREKIN.—Bueno, ¡basta! ¿Estás enferma?... ¿Has bebido mucho?... Lenof: no oigas ladrar a la perra... ¡Escribe y bebamos por la poesía!

LISA.—¿Estás enfermo, Pupas? Tienes aspecto preocupado.

PUPAS.—Estoy soñando...

LISA.—¿Y con qué sueñas?

PUPAS.—Con la posibilidad de besarte; pero temo que me vea Terekin...

LISA.—¡No tengas miedo, Pupas! ¡Atrévete! (*Pupas la besa. En ese momento Terekin grita en voz muy alta.*)

TEREKIN.—¡Pupas! (*Pupas pierde el equilibrio y se cae de la silla. Risas.*) ¿Qué haces, Pupas?

PUPAS.—La besaba.

TEREKIN.—Bueno. Pues otra vez, ¡no la beses! Eso no es cosa tuya...

PUPAS.—¿Qué quieres decir?

TEREKIN.—¡Que no sabes! Con las mujeres hay que tener habilidad, ciencia. ¡Pero tú!... Es lamentable... Cada mujer, pertenezca o no pertenezca al partido...

FENIA.—¡Terekin!

TEREKIN.—Sea ingenua o no lo sea..., cada mujer exige cierta técnica...

FENIA.—¡Basta!

TEREKIN.—¿Por qué?

FENIA.—Es mejor...

TEREKIN.—Bueno; bebamos entonces. (*En la puerta aparece Piotr.*)

LUTIKOF.—¡Piotr!

PUPAS.—¿Qué tal? ¿Estás ya mejor?

LUTIKOF.—(*A Pupas.*) ¡Cállate!

PIOTR.—¿No está aquí Vasili?

TEREKIN.—No. Siéntate. Ya ves: estamos bebiendo.

PIOTR.—No, gracias... Necesitaba verle... (*Sale.*)

TEREKIN.—Este nos deja... Desde que se colgó va errante como un alma en pena... Desvía la mirada... No hay medio de mirarle a los ojos... No habla...

NINA.—Me da miedo.

TEREKIN.—¡Miedo! ¿Tienes miedo? ¿Tú? ¡La comunista pura! ¡Tú! ¡La valiente entre las valientes! Bebamos, amigos. ¡A la salud de las mujeres que no son burguesas! ¡A la próxima liberación de uno de nosotros! ¡Bebamos y cantemos!... (*Cantan. Las últimas palabras de la canción: «Ha ardido mi primer amor...»*)

NINA.—(*A Fenia.*) ¡Ah! Fenia... Se ha extinguido mi primer amor... ¡Ya no queda nada! ¡Nada!

TEREKIN.—(*A Nina.*) Una canción de actualidad, ¡eh!...

NINA.—Es cierto.

TEREKIN.—Menos mal. ¡Una vez siquiera estamos de acuerdo! ¡Ven aquí, María!... (*Vuelve a intentar abrazarla, pero María se aparta. Nina contempla esta escena y se aleja.*)

MARÍA.—Ya es hora de marcharme. (*Terekin la detiene.*)

TEREKIN.—¿Adónde vas? ¡Quédate!

MARÍA.—No; tengo que marcharme. ¡Me aguardan!

TEREKIN.—Te digo yo que te quedes. Ya sé por qué quieres marcharte. (*Dirige una mirada a Nina.*) ¡Bueno! ¡Bueno! (*Marta sale.*)

LUTIKOF.—¿Se va?

TEREKIN.—¡Naturalmente! (*Vuelve a mirar a Nina.*) ¿Tú sabes lo que quiere decir pijotera?... ¿No?... ¿No lo sabes? ¡Bueno! ¡Vamos a bailar!

VOZNESIENSKI.—¡Es una idea! ¡Empezad! (*Empieza a tocar la balalaika. Terekin baila con Fenia.*)

LISA.—¿No bailas, Nina? ¡Bailas tan bien!

LUTIKOF.—¿Qué? ¿Vamos, Nina?

NINA.—No, Dmitri; no quiero.

TEREKIN.—«¡No quiero!» ¿Por qué no quieres? ¿Por qué no quieres bailar cuando te lo piden?

NINA.—No, no bailo... No quiero bailar.

TEREKIN.—¡Ea! Pues yo quiero que bailes...

LUTIKOF.—Déjalo, Terekin... Siento tanto...

TEREKIN.—No. ¡Tiene que bailar! ¡Bailará! ¿Lo oyes? ¡Baila! ¿Cómo se entiende? ¿Es que va a ser aquí lo mismo que en casa? Vas a ser el obstáculo para bailar en corro... ¡Borrica!... ¡Intelectual fracasada!... ¡Guarra!...

FENIA.—Basta, Terekin... ¡Basta! (*Nina sale.*)

TEREKIN.—(*Le grita.*) ¡Inmundicia!

LISA.—La reina se ha retirado.

FENIA.—Lo menos que has de hacer es callar.

LUTIKOF.—(*Observando a Terekin, que está descompuesto y temblando de cólera.*) Vamos, Terekin, vamos...

TEREKIN.—No se puede abusar de mi paciencia... No se puede... (*Sale detrás de Nina.*)

KRUGLIKOF.—¡Oh! Este Terekin...

LUTIKOF.—Es un exaltado...

FENIA.—Nina sufre atrozmente. (*Sale.*)

VOZNESIENSKI.—En los asuntos de familia no debe uno mezclarse.

PUPAS.—Esto me recuerda una historia... (*Coge aparte a Petrosian y a Voznesienski, a los que les refiere su cuento. Risas. Los estudiantes van acercándose otra vez a la mesa.*)

ANDRÉS.—¡Ah! ¡Se me olvidaba! (*Se dirige a Bezborodof.*) ¿Dime, compañero, no recuerdas? Hace una semana me dijiste que era hora de volver a entregar el poder a la burguesía.

BEZBORODOF.—¡Qué gracioso! ¿Quieres que me calle otra vez? Bien sé que ha sido Lenin quien ha dicho eso... (*Risas.*)

ANDRÉS.—(*Sujetándose los ijares.*) ¡Ay, ay, ay! No puedo más... Ha sido Lenin... ¡Ja, ja, ja!... (*Risa general. De pronto se oye un tiro. Todos se detienen, inmóviles. Una pausa. Se oyen pasos. Todos se agolpan hacia la puerta, a la cual llega Fédor y tropieza con Fenia, que viene por otro lado del pasillo.*)

FÉDOR.—¿Qué?

FENIA.—Nina se ha suicidado.

FÉDOR.—(*Llevándose las manos a la cabeza.*) ¡No! ¡No! ¡No!...

TELÓN.

ACTO TERCERO

CUADRO OCTAVO

La escena representa el salón de juntas. La sesión no ha comenzado aún al levantarse el telón. Murmullos, conversaciones, gritos.

FENIA.—(*En el primer grupo.*) No basta con examinar aquí el asunto. Hay que llevarlo a los Tribunales.

VOZNESIENSKI.—Es un caso que no está previsto en la ley.

FENIA.—¿No hay una ley que impida atormentar a una mujer y arrastrarla al suicidio?

IVÁN.—¿Cómo saber si la voluntad es libre o no?

ANDRÉS.—¿Entonces crees que se ha matado porque era feliz?

IVÁN.—Una verdadera comunista no se suicida.

PETROSIAN.—(*En el segundo grupo.*) ¿Quién iba a suponer?...

LUTIKOF.—¿De veras? ¿Entonces tú vives en las nubes? ¡No es cierto! Demasiado sabías que se conducía con ella como un canalla.

PETROSIAN.—Se sabía vagamente... Se suponía... Y, además, ¿quién va a meterse en los asuntos ajenos para enseñar a vivir?... Después de todo, las cosas no marchaban tan mal para ellos... ¿Cuál fué el motivo?...

PUPAS.—Lo que me parece seguro es que una verdadera comunista no se hubiese suicidado.

LUTIKOF.—¡Quita de ahí! ¡Hay palabras que ni siquiera puedo oírtelas pronunciar! (*Pupas se aleja, ofendida.*) ¡No es que yo apruebe su desesperada determinación! ¡No! ¡Pero él!... ¡El es un canalla!...

LISA.—(*En el tercer grupo.*) ¡La víctima! ¡Me hacen reír! ¡La verdadera víctima es él! ¡Qué ignominia! Ha venenar la vida de un hombre y acabar matándose para dificultársela aún más...

UNA ESTUDIANTA.—¿Hablas en serio?

LISA.—¿Lo dudas?

ESTUDIANTA.—Te obligaré a que lo declares públicamente.

LISA.—Lo diré sin que me fuerces a ello. Tengo el valor de mis opiniones.

BÁRBARA.—(*En el quinto grupo.*) ¡Qué mujer era!... ¡Y este animal! ¡Le mataría como a un perro! ¡Ah, camaradas! ¡Bien os portáis con las muchachas! Es preciso que una de ellas se pegue un tiro en la cabeza para que os conmováis. ¡Mi pobre Nina! ¡Cuando la conocí era una llamarada, la alegría misma! Cuando les diga a los compañeros que trabajaban con nosotros en la fábrica: «Nina se ha suicidado», no querrán creerlo.

PÉDOR.—Ni yo puedo creerlo.

VASILI.—Al matarse ha probado que posponía el interés colectivo a sus preocupaciones personales.

BÁRBARA.—¡Es asombroso! Hacéis todo lo posible para alejarnos de las cuestiones sociales, para reducirnos a nuestro papel de mujeres, de compañeras..., ¿y os atrevéis a recriminarla? ¡Oh! ¡Qué vida!... ¡Lo que tenemos que sufrir!... Y... todos vosotros lo sabíais... Pero ¡eso a nadie le importa!... No hay que intervenir...

FÉDOR.—A veces se hace imposible intervenir.

BÁRBARA.—¿Por qué?

FÉDOR.—Hay razones, hay circunstancias... (*El secretario toca la campanilla. Los estudiantes se van sentando. Terekin se halla entre Lenof, Pupas, Petrosian y Lisa.*)

SECRETARIO.—Camaradas: ya tenéis conocimiento del motivo por el cual se ha reunido la célula y recibe a los sin-partido. El suicidio de Nina Verganskaia. Sus compañeros acusan a Terekin, al marido; lo hacen responsable de su muerte.

TEREKIN.—Pido la palabra.

SECRETARIO.—La tienes.

TEREKIN.—Todo ciudadano, sin distinción de partido ni sexo, adora el escándalo. ¿Y cómo no? Es para ellos lo mismo que una función de *cine*. Hoy se han reunido alegremente aquí, con la complicidad de la presidencia, para chismorrear sobre mi ropa sucia. Os comunico que estoy dispuesto a llevar el asunto al Comité central. No deseo ofreceros esta diversión. No os reconozco derecho a inmiscuiros en mi vida privada. No me someto a que me juzgue esta insignificante célula de la Escuela Superior, en donde los comunistas se hallan en minoría. (*Gritos; el secretario toca la campanilla.*) No quiero presentarme ante los sin-partido. Si hay individuos que han presentado una denuncia, que la lleven al Comité central o a la Comisión de control y que tengan el valor de firmarla. Que se sepan pronto los nombres de esos generosos abogados... Pido, pues, que se admita la proposición que acabo de hacer.

EL SECRETARIO.—Perfectamente. ¿Hay alguien que desee la palabra para responder?

VOCES.—¡No, no! ¡A votar! ¡A votar!

PUPAS.—¡Con permiso! (*Todos se vuelven a mirarle.*

él se turba.) He pedido la palabra para decir que, en mi concepto, no hay nada que decir. (*Risas.*)

EL SECRETARIO.—Quien esté a favor de Terekin, que levante la mano. (*Terekin, Lenof, Lisa y otros dos estudiantes levantan la mano. Pupas hace un gesto vago.*) ¿Y en contra?... (*Casi todas las manos se levantan.*) ¡La asamblea se ha pronunciado!

TEREKIN.—¡Protesto! ¡Protesto contra semejante infamia! ¡Que conste mi protesta en el proceso verbal! Nada me importa vuestra decisión. ¡Ya podéis escupir sin mí! Me voy...

SECRETARIO.—Estás en tu derecho. (*Terekin se aleja resueltamente; no obstante, al llegar a la puerta se detiene.*) El camarada Fédor Fedorof tiene la palabra.

TEREKIN.—¡Naturalmente! Es el primero que ha debido hablar.

UNA VOZ.—¡Silencio!

FÉDOR.—Yo fui, camaradas, quien ha tomado la iniciativa de esta denuncia, y el primero que firmó la propuesta para excluir a Terekin del partido.

TEREKIN.—¡Eres muy joven! ¡Muy jovencillo! Si le apretáramos la nariz, nos pringabas los dedos.

EL SECRETARIO.—Camarada Terekin, no interrumpas. ¿No ibas a marcharte?

TEREKIN.—Y me he ido. Jurídicamente ya no estoy aquí.

FÉDOR.—Camaradas, no tengo intención de justificar el suicidio. Confieso claramente que no debió nunca matarse; debió dejar a Terekin.

TEREKIN.—Para irse contigo, ¿verdad?

FÉDOR.—Y añado que, desde luego, no se hubiese matado de haberse hallado en un estado de espíritu normal. Su suicidio es el efecto de un desequilibrio mental. Es

tales condiciones, ¿quién se atreverá a vituperarla? Pero no insisto. Ella no es la acusada, sino aquel que la empujó a la muerte.

TEREKIN.—¡Que se llame al orden a este mocoso!

SECRETARIO.—Terekin, me veo obligado a advertirte una vez más...

TEREKIN.—¡A él es a quien debes imponer silencio! ¿Vas a dejarle babear por más tiempo sus calumnias? Conozco las razones que le mueven..., y voy a demostrarlas...

FÉDOR.—¡Cuando quieras y como quieras! Pero ahora no se trata de mí, sino de ti. Camaradas, todos sabéis que ha sido el verdugo de su mujer. La atormentaba sistemáticamente.

TEREKIN.—¡Mientes!

FÉDOR.—Digo la verdad. Ella misma lo decía. Nadie lo ignora. ¿Crees que estamos ciegos y que nada hemos visto?

TEREKIN.—¡Oh! Bien sé que hay moscardones que acechan por el ojo de la cerradura.

FÉDOR.—Nuestra gran falta, camaradas, ha sido la de haberlo sabido todo y no haber hecho nada, la de habernos callado. Yo mismo, el primero, me faltó valor para intervenir. Cobardemente obedecí a mezquinas consideraciones. Hace mucho debí informar a nuestra célula sobre ello...

IVÁN.—La célula no debe inmiscuirse en la vida privada.

FÉDOR.—¿Y por qué no? Es un crimen conocer el mal y no denunciarlo. No revelar una infamia es hacerse cómplice de ella. Somos solidarios unos de otros. Para llevar a cabo nuestra misión debemos estar unidos estrechamente. Un partido que esté depurado, que forme bloque,

no teme la verdad. Tiene la energía de mirarla cara a cara. No se deja atemorizar, no duda. Pero aquí hay traidores. El ardimiento se entibia. A la energía sucede la molicie. No es ya el entusiasmo de la vida: huele a cadáver.

TEREKIN.—¡Lo que hiede es tu sudor de intelectual!

FÉDOR.—Entre los nuestros hay individuos más peligrosos que los enemigos declarados! Ellos contaminan al elemento sano.

LISA.—¿El elemento sano eres tú?

FÉDOR.—Hay algunos que se condujeron bien en otros momentos. En recuerdo de lo que pudieron hacer otras veces, logran fijar la atención y hasta consiguen cierto respeto. Pero sus perniciosas teorías determinan el absceso, la purulencia en un cuerpo sano. ¡De creerlos a ellos, todo está perdido! ¿A qué imponernos trabajos? ¡Vivamos a nuestro antojo! Todo está consentido. Y todos cuantos gustan de la vida desenfrenada, de un extremado desenfreno, adoptan con entusiasmo tan bella doctrina.

PETROSIAN.—No lances la suposición sobre todo el partido.

LUTIKOF.—¡Es cierto, Fédor! ¡Es cierto!

EL SECRETARIO.—¡Silencio, camaradas!

FÉDOR.—Rechacemos a semejantes compañeros. Entre ellos, Terekin es el primero. Es el jefe. Propongo que se le excluya del partido. (*Aplausos y gritos encontrados. «¡Es justo!» «¡Excluirle!», etc.*)

PUPAS.—(*Con timidez.*) Pido la... No, no... Me reservo.

IVÁN.—Quisiera decir una palabra.

EL SECRETARIO.—¡Habla!

IVÁN.—Creo inútil pronunciar largos discursos. ¿De qué se trata? Una estudianta se ha suicidado. Bueno. Se decía comunista. Perfectamente. Pero una verdadera es

munista no se suicida. Era, por tanto, una mala comunista. No era siquiera comunista. En consecuencia, la célula no tiene por qué ocuparse de ella.

BARBARA.—¿Y el comunista que divaga es un verdadero comunista? (*Rumores.*)

IVÁN.—¿Y tú quieres hacer responsable de su muerte a un comunista, a un verdadero comunista, a Terekin, que combatió por la Revolución? ¿Tenían disgustos entre ellos? ¿Y qué? Que digan los casados que se hallan presentes si no riñen con sus mujeres. ¿Es que todos las tratáis con ternura? ¡Necesitáis una víctima expiatoria! ¡Reflexionad! No creáis un precedente peligroso. ¡Si por cada muchachita que se mate hay que expulsar del partido a un compañero, despidámonos del comunismo! (*Algunos aplausos. Gritos. Rumores.*)

BÁRBARA.—¡Pido la palabra! Yo no pertenezco a vuestra célula, pero he trabajado varios años con Nina Verganskaya. Ambas pertenecíamos a la Juventud comunista. Entramos juntas en el partido. (*A Iván.*) ¿Y tú? ¡Tú eres un canalla!...

IVÁN.—¿Cómo? ¿Qué dices?... ¡Que se la llame al orden!

BÁRBARA.—¿No hay que expulsar del partido a un hombre por la muerte de una muchachita?... ¿Y ella? ¿No era ella del partido? ¡Pero ella valía mil veces más que tú, Terekin! (*Gritos*: «*¡Es justo!*»)

TEREKIN.—Anda, anda; emplea tu saliva en...

BÁRBARA.—Todos vosotros no sois más que basura. En cuanto una muchacha llega a ser mujer vuestra, ya no puede ser más que una hembra. ¡Ya no es una camarada del partido! Las mujeres deberíamos unirnos, teneros las bridas cortas y dejaríamos de ser vuestras esclavas. (*Risas.*) ¿Os reís? ¡Pues no tiene nada de gracioso! De-

beriais llorar. En este momento os halláis dispuestos a aplastar a este bicho que ha hecho morir a Nina. Pero dentro de unos minutos no seréis menos brutales con vuestra María o con vuestra Catalina. «¿Por qué no has hecho esto? ¿Por qué no hiciste aquello? ¿Por qué no cosiste los botones de mi calzoncillo?» (*Risas.*) ¡Os reís!... A eso reducís a la mujer. En cuanto a Terekin, no hay que andar dando rodeos: ¡hay que expulsarle! (*Aplausos. Gritos*: «*¡Es verdad! ¡Es justo!*»)

El secretario.—La camarada Gracova.

Lisa.—Camaradas: conozco muy bien al camarada Terekin. (*Risas.*) Es decir... No es que haya querido decir... (*La risa se hace general.*) ¡Si me interrumpís, renuncio a hablar!

Una voz.—¡Bueno!

Lisa.—Terekin es un verdadero comunista, y Nina envenenaba su existencia. (*Risas.*) El no la retenía a su lado en contra suya, ¿verdad? No la secuestraba. ¿Y entonces?... Si no le parecía bien, no tenía más que marcharse. Pero ¡no! Era una burguesa. Se agarraba a su hombre y no le dejaba dar un paso libre. ¡Lo que este pobre camarada ha podido sufrir! ¿Y aún le acusáis a él? De mí os puedo afirmar que nunca me hubiese suicidado. (*Risas. Gritos. Una voz*: «*¡Tú, no!*») Suicidarse está bien para la chusma intelectual. Terekin es un obrero. Ha combatido en el frente. Estos hombres son los cimientos del partido. (*Rumores. Gritos*: «*¡Cimientos podridos!*») ¿Y vosotros pensáis excluirle? Está bien. La cuestión pasará al Comité central. Allí tengo amigos y yo me encargo de ello. La unión comunista no ha de permitir que la moral burguesa ahogue la fogosidad de nuestra juventud. Debemos luchar por la dichosa independencia de la humanidad, por las relaciones de verdadera camarade

ría, por la unión libre. (*Gritos. Rumores. Lisa, al ver que no la dejan proseguir, se sienta.*)

SECRETARIO.—Fenia Gundina...

TEREKIN.—¿Y yo? ¿No tengo derecho a hablar?... ¿Es que no existo? ¿Me han enterrado ya? Exijo la palabra...

EL SECRETARIO.—Dijiste que te declarabas en rebeldía. Pero si has variado de opinión, habla.

TEREKIN.—Camaradas: no puedo creer a mis propios oídos. ¿Es cierto? ¿En serio? ¿Vais a ser tan idiotas que me excluyáis del partido? ¡Qué es esto! El Comité central me reintegrará. No se pronuncia una exclusión por semejantes pequeñeces. No puede intervenirse la vida privada. Lo que hago en mi casa es cosa mía. Vivo según me parece. Vosotros podéis investigar mis actividades respecto al partido; lo demás, a nadie le importa. Esta es la doctrina pura. Si no, sería cosa de no terminar. ¿O es que creéis que el partido va a perder su tiempo rebuscando en la ropa sucia? ¡Tiene otros cuidados! Es preciso que la juventud del partido se las componga por sí misma. (*Su grupo aplaude. Protestas.*) Acabáis de exponer aquí mi vida con la Verganskaya. Ya me expliqué ante la Mesa. ¿Queréis hablar de ello aquí? ¿Tenéis interés en husmear las intimidades de nuestra unión? ¿Querréis chismes, eh? Está bien: os divertiréis.

LUTIKOF.—¡Al asunto! ¡Al asunto!

TEREKIN.—Ahora voy. ¡Ya estoy en él! Mi vida con la Verganskaya era la de un presidio. No podía estudiar, ni trabajar por el partido. No era una comunista: era una burguesa. (*Rumores. Voces: «¡Mientes! ¡Tú eres el burgués!»*) Os voy a recordar que pertenezco al partido desde hace nueve años. ¡No he mentido jamás! ¡Ruego al presidente que me proteja contra las injurias! Me hacía llevar una vida tan desdichada, que hasta pensé en pedir

que me enviasen a Sakhalin. No podía dar un paso sin exponerme a sus celos de burguesa: «¡Estás mirando a esa mujer! ¿Qué le dijiste a aquella otra?», y, como consecuencia, crisis nerviosas: «¡Has destrozado mi vida!» Riñas por cosas insignificantes. Me acosaba como una trotacalles... y ante testigos. Era el efecto de una educación burguesa. Hice de todo por reeducarla: no lo conseguí. Confieso que mi pasión no resistió a estas pruebas: se anquilosó. ¡Es fatal! Además, que en toda mujer hay siempre un fondo burgués. Van esparciendo el veneno burgués: ¡les rebosa! (*Rumores. Voces*: «¡*Es falso!*») Y henos ya que llegamos a la historia de los abortos. Cada vez era un escándalo... Es lógico que los camaradas hayan observado nuestro desacuerdo. Yo le decía: «¡Resignate a ser madre! ¡Danos un lindo comunista!» ¡Sí, sí!... «Nunca—me respondía—. ¡No quiero hallarme sujeta a ti por un chiquillo! ¡No quiero sufrir!»...

FÉDOR.—¡Eso es una calumnia abominable! Era él quien la obligaba...

TEREKIN.—Camarada presidente, es probable que algunas veces, exasperado por sus chillidos, haya cometido alguna acción grosera... ¡Mi sangre no da más que una vuelta!

FÉDOR.—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Miserable! ¡Canalla!...

TEREKIN.—¡Víbora!... Voy a aplastarte... (*Se lanza sobre Fédor.*)

SECRETARIO.—¡Camaradas! ¡Esta es una reunión del partido!

TEREKIN.—Entre nosotros se han deslizado algunos burgueses, la chusma intelectual. Quieren encerrarnos en las reglas burguesas, en los antiguos marcos. ¡Ese es el peligro!

LISA.—¡Es justo! ¡Muy bien!

ESTUDIANTA.—¡Silencio, Gracova!

TEREKIN.—Bueno; pues, sí. Hacía ya tiempo que no amaba a Nina. Hacía tiempo también que ella hablaba de suicidio. No tenía otra cosa en la cabeza. Era una obsesión. Yo no la dejaba un instante. Pero ella sabía muy bien que un día u otro me iría, que era inevitable. Entonces se suicidó. ¡Eso es todo! ¿Y porque ella se haya matado, voy a pagarlo yo? (*Con la voz algo temblorosa.*) ¿Qué queréis aún que os diga? (*Se sienta y oculta el rostro entre las manos.*)

SECRETARIO.—Fenia, tienes la palabra.

FENIA.—Compañeros: Terekin ha dicho que las mujeres son burguesas y que tratan de aburguesar a los comunistas puros. ¿Y cómo? Tú no aceptas lazo alguno, no reconoces ningún deber, ¿y hubieras querido tener hijos? ¿No son lazos los hijos?... ¡Mientes! ¡Mientes! Es evidente. No oigáis a los Terekin; se pasan el tiempo denunciando la moral burguesa, y por ellos la podredumbre burguesa llega hasta nosotros. Son ellos los que arrastran a las mujeres a la prostitución, dándole el nombre de amor libre, ¿no es cierto, Lisa?

LISA.—¡Que se la llame al orden!

FENIA.—¡Hay que expulsar a Terekin, sí! ¡Pero sobre todo hay que expulsar las ideas de Terekin! (*Grandes aplausos. Gritos, rumores.*)

SECRETARIO.—El camarada Gruzdef tiene la palabra.

PUPAS.—¿Yo? No..., si yo no la he pedido... De todos modos... Es posible que haya querido... Voy a decir... Esto es. Yo... Es cierto... que por el momento... estoy sin partido... Pero me explico la necesidad... Estimo que, ante todo, hay que construir la vida nueva... (*Voces*: «¡*Abrevia*!») Bueno. Ahí tenéis al camarada Terekin. Realmente, nada malo puedo decir de él... ¿Qué he

de añadir a cuanto aquí se ha dicho?... Sin embargo, comprendo que no se puede así... (*Con énfasis.*) Mi futuro partido no se abrirá a tales camaradas...

TEREKIN.—¿Es que te has vuelto loco, gusano? (*Risas.*)

PUPAS.—Si la mayoría de la Célula se pronuncia en contra suya, no seré yo quien le sostenga... Camaradas, Lenin ha dicho... (*Grandes rumores. Voces*: «¡*Vete ya*!») Camaradas, Lenin ha dicho... (*Gritos, gran estrépito, pateos.*) Quería decir...

VOZNESIENSKI.—¡Vete ya!

SECRETARIO.—Tiene la palabra Vasili Pertzef.

VASILI.—Creo que todo está dicho. En conclusión: hay que excluir a Terekin. ¡Demasiado se ha demorado ya!...

TEREKIN.—A ti ya te encontraré yo por ahí...

VASILI.—El y los que son como él, gritan muy alto que todo está corrompido. Y son ellos los que se emborrachan, los que viven en el mayor desenfreno, los que arrastran a los otros. ¡Todo esto va rodando de más en más!

LENOF.—¿Otra vez? ¡Busca algo nuevo!

VASILI.—Ahí tenéis a Lenof, miembro de la Unión de juventudes comunistas y poeta. ¿Sabéis lo que sus versos desbordan?... «Han vendido a la Revolución... Los especuladores lo intervienen todo... ¡Lloremos, hermanos!» Pues este mismo Lenof es íntimo amigo de un conocido especulador, en cuya casa come y se emborracha!

LENOF.—¡No es cierto!

PIORT.—(*Rotundo.*) Es la verdad.

LENOF.—¿Has sido tú el que ha contado...?

PIORT.—Yo he sido.

VASILI.—Acusas al partido de pactar con los acaparadores, y tú mismo...

PUPAS.—¡Está muy bien!

VASILI.—¿Pues y éste? Pupas, un huélelo todo, un crápula, un adulador, un verdadero mico. El, como tú, gitea para ocultar su nulidad.

TEREKIN.—¡Eso es cierto!

VASILI.—Ya oís a Terekin que ha gritado: «¡Eso es cierto!», y ese asqueroso Pupas era ayer su mejor amigo... (*Risas.*)

PUPAS.—¡Terekin no ha sido nunca amigo mío!... (*Aumentan las risas.*)

VASILI.—No, queriditos, no; no os permitiremos, no os dejaremos entrar donde estamos nosotros...

TEREKIN.—¿No dejaréis penetrar a los obreros, eh?... ¿De veras?

VASILI.—¿Los obreros? No acabas de vociferar: «¡Yo soy un obrero, un proletario! ¡Reverenciadme!» Amigos, todos sabemos que podemos contar con el obrero más aún que con el intelectual. No seré yo quien diga lo contrario: yo mismo soy un obrero. En mil novecientos veintiuno me hallaba comisionado en Svierdlovsk, y me llamaron a Moscú. En uno de los arrabales acababa de estallar una huelga. Casi todas las fábricas se hallaban cerradas. Había que hablar a los obreros. Una mujer me tiró de una manga y me dijo: «Camarada, no dispararán contra los obreros... ¡Haceos cargo! ¡Tenemos hambre! No nos queda nada que comer...» Como es lógico, tranquilizamos a la mujer; pero yo me decía: «¿Y si la huelga no cesa? Si estalla una revuelta..., yo, un obrero, ¿voy a mandar disparar en contra de los obreros? ¿Tengo derecho a ello?» Se me detenía el corazón. Sin embargo, si hubiesen comenzado a destruir lo que es obra de ellos, lo que es suyo, por la fuerza se lo hubiera impedido contra ellos mismos, por ellos mismos...

Hoy veo ante mí a un individuo peligroso para el partido, y, sea obrero o no, lo rechazo. ¡Lo expulso! Eso es todo. (*Se sienta. Grandes aplausos y voces encontradas.*)

SECRETARIO.—El camarada Petrosian.

PETROSIAN.—¡Difícil me va a ser hablar después de Vasili! Vasili va hincando las razones como clavos en un ataúd. Pero, en fin, se ha dicho: «Terekin es un enemigo del partido. ¡Lo está envenenando! ¡Es fuerza eliminarle!» No obstante, Terekin, hasta hoy, ha sido un buen compañero, un firme sostén del partido. Entre los nuestros, siempre ocurre lo mismo: se exagera. Me atrevo a suponer que no se halla libre de culpa en lo que a Nina respecta. Pero cuanto él ha dicho me parece justo, y sus ideas sobre el amor merecen ser discutidas. Es un punto sobre el cual el partido no ha hecho aún pública su doctrina. En todo caso, no es un motivo de exclusión. Camaradas: ¿no juzgáis imprudente el que nos pronunciemos cuando las pasiones se hallan tan excitadas?

PIOTR.—¡Permitidme! No, Petrosian. Las pasiones no se hallan excitadas, y si la discusión es vehemente, tanto mejor. Nuestra Célula se me aparece como un cuerpo en el cual se ha introducido un mal microbio, y todos nosotros, como los glóbulos de la sangre, nos debemos lanzar sobre el punto contaminado para detener el estrago...

TEREKIN.—¿Tú también, el ahorcado, vas a sermonear? (*Una pausa. Silencio prolongado.*)

PIOTR.—Sí... Es cierto. He querido ahorcarme. Pero fuiste tú quien había preparado la cuerda.

TEREKIN.—¿Cómo se entiende? ¿Es posible que haya sido yo quien te la ató al cuello, eh? Pero se conoce que no la sujeté muy fuerte...

PIOTR.—¡Tú bebías conmigo! ¡Yo te escuchaba! Era

mos inseparables. Pero yo, al darme cuenta de que me había vuelto inútil y peligroso, quise ahorcarme. Mientras tú y tus semejantes no pensáis en tal cosa, no... ¿Has dicho también que el partido no debe inmiscuirse en la vida privada? No es ésa mi opinión. Todos somos miembros del partido y vivimos los unos junto a los otros. La corrupción es como la locura: el devorado no se da cuenta de que ha sido atacado por ella. Es preciso que los demás intervengan para cuidar al enfermo. Es todo cuanto tenía que decir.

SECRETARIO.—¡Camaradas! Proponemos la clausura de la sesión. ¿Hay alguna objeción? Bien. Voy a poner a votación el orden del día.

TEREKIN.—No aguardaré la votación. Me marcho. Me río de vuestras decisiones. Pero reflexionad, camaradas. Otras células bastante más poderosas que la vuestra han sido clausuradas por faltas insignificantes contra el partido. Pensad en ello. Adiós.

SECRETARIO.—La Mesa propone la exclusión de Terekin.

LISA.—Nosotros votamos en contra.

SECRETARIO.—Camaradas: ¿por la proposición de la Mesa? Sólo a los miembros del partido se les admite votar. (*Casi todas las manos se levantan.*) ¿En contra? (*Se levantan algunas manos.*) Casi por unanimidad de votos, Terekin queda excluído del partido. (*Aplausos y rumores distintos.*)

TELÓN.

CUADRO NOVENO

La cortina se abre sobre la mitad izquierda de la escena. Es la sala de testigos que precede al salón del consejo de la Comisión de control, en donde se efectúa una sesión. Esta sala del consejo se hará visible al espectador cuando la cortina se abra sobre la otra mitad de la escena. En la sala de testigos se hallan sentados o en pie, formando grupos, Terekin, Pupas, Petrosian, Lisa, Lutikof, Bárbara, Andrés y Beseda. Este está leyendo un libro.

LISA.—(*A Pupas.*) ¿También te han convocado a ti?

PUPAS.—No, no me han convocado. He venido yo por mi propia voluntad... Este asunto me apasiona. ¿Reintegrarán a Terekin? Eso es lo que interesa saber. Si le reintegran, soy un imbécil. Si no le reintegran, he acertado...

LISA.—¿Habías apostado algo?

PUPAS.—Nada... Pongamos que interesó en ello mi honor... (*Comienza a canturrear.*)

PETROSIAN.—¿Te has vuelto loco?

ANDRÉS.—¿Por qué diablo has venido aquí?

PUPAS.—Anda, anda. Alborota mucho... ¡Bien estás, bien!... (*Va a sentarse en un rincón.*)

LUTIKOF.—(*A Beseda.*) Naturalmente, tú... estás leyendo... ¡Haz el favor! (*Echa una mirada al libro.*) «La presión atmosférica». ¡Perfectamente! ¡A ti nada te altera!...

BESEDA.—¿Y por qué quieres que me altere?

LUTIKOF.—Mira..., prefiero no hablar contigo...

BESEDA.—Muy buena idea... ¡Así no me molestarás!

(*Entra María. Terekin va a su encuentro.*)

TEREKIN.—¿También te han convocado a ti?

MARÍA.—Sí. ¿Y qué tal? ¿Cómo va esto?

TEREKIN.—Dentro de poco conoceremos el dictamen. Hace tiempo que no te veía...

MARÍA.—Yo no quería volverte a encontrar...

TEREKIN.—¿Por qué?

MARÍA.—¡Me han dicho tantas cosas de ti!...

TEREKIN.—¿Quién?

MARÍA.—Este... aquel...

TEREKIN.—Sí... Ahora todos cuchichean... Han amontonado contra mí todo este asunto. Excitan contra mí a los pequeños comunistas.

MARÍA.—¿Por qué te quieren tan poco?...

TEREKIN.—¡Figúrate! Afirman que fuí yo quien la arrastró al suicidio. Que le daba una vida intolerable... Perfectamente. Pero, ¿y mi vida? ¡Nadie piensa en ella! ¡Ah! ¡Si supieran!

MARÍA.—¿Tan terrible era?

TEREKIN.—Oye, María. A ti voy a decirte toda la verdad. Tú me comprenderás. Tú no eres como los otros... Tengo confianza en ti. Yo he sido desgraciado, muy desgraciado con la Verganskaya. Era una mujer con la cual no se podía vivir...

MARÍA.—«Era»... ¡Y pensar que hace sólo unos días estuve hablando con ella! Era...

TEREKIN.—Yo soy sumamente sensible, ¿sabes?... Tengo los nervios a flor de piel. Consecuencia de las sacudidas que padecí en el frente... A veces me falta la paciencia... Me excito. Por eso me ha ocurrido el tener que discutir algo violentamente con ella... A veces hemos re-

ñido... ¡A todo el mundo le pasa! Se riñe y después se reconcilia uno. Pero con ella no era posible seguir... Yo sentía que pretendía adueñarse de mí. Una araña... Sí... Una araña que iba tejiendo su tela sobre mí... Era un trabajo asiduo, persistente... Pretendía atarme de pies y manos. Yo no puedo soportar la esclavitud. Soy comunista. Adoro la libertad. Intenté fuertes sacudidas para inutilizar sus esfuerzos. La araña volvía a emprender su obra... Ella misma no lo podía evitar. Era su manera de ser. El espíritu ancestral de la burguesía, que atiza, que teje su propia esclavitud... Yo se lo decía. Se lo dije a gritos. Yo no puedo encubrir la verdad. ¡Inútil! Poco a poco mi amor se fué desvaneciendo. Ella hizo todo lo posible por recuperarlo... ¡Demasiado tarde! ¡Se había extinguido! Entonces no quiso seguir viviendo...

MARÍA.—¿Y todos te acusan de su muerte?

TEREKIN.—Sí... Y si rebuscasen bien... Otros le dieron consejos bastante más peligrosos... ¡Fédor, por ejemplo!... Rondaba junto a ella todo el día. Comprenderás que le hablaba mal de mí, que la calentaba la cabeza... Y hoy se atreve a acusarme y a ensañarse contra mí...

MARÍA.—¿No fué él quien logró que le excluyeran de la Célula?

TEREKIN.—Aún no hemos llegado al fin. Ya veremos quién dice la última palabra. ¡Aquella Célula de mocosos! A mí, que pertenezco al partido desde mil novecientos diez y siete! ¡No temas! La Comisión de control va a reintegrarme... Si no, llegaré hasta el Comité central. ¡No voy a dejarme atropellar! ¡No lo conseguirán así como así! (*Una pausa.*) ¡Ah! ¡María!...

MARÍA.—¿Qué?

TEREKIN.—¡Es demasiado triste! Me siento agobiado por la amargura. ¡Las contrariedades jamás me han arran-

cado un suspiro! A mí me han condenado a muerte, y he permanecido impasible. ¡Ni una palabra! Pero hoy, ¡no puedo más!... Todos se han desencadenado en contra mía... ¿Por qué? ¡Eso es lo que me pregunto! ¡Seguramente porque Nina y yo no hemos vivido como en las novelas! Yo soy un verdugo... y ella una santa. ¿Es que ignoraban que ella iba a reunirse con Fédor? También yo lo sabía, pero me callaba, porque respeto la libertad. ¡Pero ellos! Bueno, ¡es que parece increíble! ¡Y por esto hemos combatido, hemos padecido, hemos arriesgado cien veces el pellejo! ¡Este es el poder que hemos conseguido! No tenemos ni el derecho de vivir libremente, como comunistas. ¡Llegan hasta husmear nuestras camas! ¡Bajo los colchones! ¡Están infectados por el espíritu burgués! ¡Sólo yo conservo el espíritu puro de la Revolución! Por eso se han coaligado todos contra mí. Se arrojan sobre mí como perros en contra del lobo. Pero yo haré frente a esa traílla. ¡Ya pueden morderme, desgarrarme! ¡No me derribarán! ¡Ya sentirán mis colmillos!... (*Una pausa.*) Y, en realidad, ¿para qué? ¿No sería mejor emprender el mismo camino que Nina?

MARÍA.—¿Qué dices?

TEREKIN.—¡Me encuentro tan solo! Claro es que la Comisión del control va a reintegrarme en el partido. Pero toda esta gentuza se aparta de mí... ¡Hasta el mismo Pupas, esa asquerosidad! ¡Todos! ¡No tengo a nadie! Pero tú, María, tú te das cuenta de que no soy culpable, ¿verdad?

MARÍA.—Yo no puedo juzgarte. No sé... Me parece que dices verdad... Te conozco tan poco...

TEREKIN.—No es cosa tan difícil el conocerme. No soy muy complicado. ¡Todo de una pieza! Franco hasta la brutalidad. ¡Horror a la mentira! No sé disimular... Ahí

tienes... Ya has visto que no te he ocultado mi debilidad... ¡Soy así!... Necesito tener confianza y me sentiré más fuerte si tú tienes confianza en mí.

MARÍA.—Tengo que dejarte.

TEREKIN.—Estoy demasiado solo, ya lo ves... Si supieras, María, lo triste que es por la noche sentirse tan solo... No tengo a nadie junto a mí... ¡Si fueses buena!... ¿Por qué no vas a verme esta noche?

MARÍA.—No sé si debo...

TEREKIN.—¡Te lo suplico! Lo necesito... Ve... (*Una pausa.*) ¿Irás?

MARÍA.—Bueno. ¡Hasta la noche! (*La cortina cae sobre el lado izquierdo y se abre hacia la derecha. El salón de consejo de la Comisión del control. Tres de sus miembros se hallan sentados ante una mesa: Vasili Luritch, Nicolás Nicolaievitch y Andreitch. Acaban de interrogar a Fédor.*)

NICOLÁS.—¿De manera que no le explicas cómo ha podido matarse?

FÉDOR.—Estoy convencido de que, conscientemente, ella no lo hubiese hecho nunca.

ANDREITCH.—Basta. Puedes retirarte. (*Sale Fédor.*)

NICOLÁS.—(*Al secretario.*) Llame usted a Terekin. Vamos a oírle por última vez. (*Entra Terekin.*) Camarada Terekin, deseamos aun hacerte algunas preguntas. Tras haber interrogado a todos los camaradas, hallamos ciertos puntos obscuros.

TEREKIN.—A vuestras órdenes.

NICOLÁS.—Según parece, has dicho con frecuencia que has participado en la conspiración revolucionaria y también que te condenaron a presidio. Nada has declarado de eso. Evidentemente, ha sido un olvido. ¿Deseas darnos algunas explicaciones?

TEREKIN.—Verás, Nicolás Nicolaievitch: a decir ver-

dad, no es que yo haya intervenido durante mucho tiempo en preparar el movimiento revolucionario... Es posible que no haya dejado rastro...

VASILI.—¿Cómo? Hasta el año mil novecientos diez y siete has estado en la fábrica de Gujon. Yo recuerdo a todos los obreros de esa fábrica que intervinieron en la Revolución. Si tú trabajaste con ellos, no es posible que te hayan olvidado. ¿Y cuándo te condenaron a presidio?

TEREKIN.—Yo nunca he estado en presidio. No me lo explico. Es posible que haya dicho alguna vez que, en aquellos tiempos, la existencia que se llevaba era como la de un presidio, y sin duda han creído que yo alardeaba de haber estado en él por la causa.

ANDREITCH.—¡Ah! ¡Era eso!... Pues vamos a otra cosa: ¿es cierto que estás casado y que tienes un hijo?

TEREKIN.—Ese niño no es mío; estoy seguro.

VASILI.—Pero... existe... en fin... ¿Y teniendo mujer e hijo te has unido a la Verganskaya?

TEREKIN.—Yo no quería esa unión. Imaginé que no pasarían de vagas relaciones. Fué ella la que insistió para que viviésemos juntos. ¿Qué iba yo a hacer?

NICOLÁS.—Ya... ¿Estabas indefenso? Está bien. Pero ¿tienes la bondad de explicarme qué entiendes por eso de «vagas relaciones»?

TEREKIN.—Entiendo... ¡Ya sabéis lo que eso significa! ¡Es la vida, caramba!

VASILI.—¿Entonces has creído posible, teniendo mujer, volver a casarte con la Verganskaya y vivir con Lisa Gracova?

TEREKIN.—He satisfecho las necesidades naturales del hombre. Era una necesidad. De otra manera, mi trabajo hubiera sido deficiente y el partido se hubiese resentido de ello.

ANDREITCH.—¿No consideras que tus necesidades son algo exageradas?

TEREKIN.—Cada cual tiene su temperamento.

VASILI.—Convenido. Una palabra aún. Algunos camaradas afirman que tú entraste en la habitación en donde murió la Verganskaya antes de que se disparase el tiro. Tú afirmas, en cambio, que entraste después, ¿no es ëso? Reflérenos claramente cómo ocurrieron los hechos.

TEREKIN.—Pues veréis. Yo entré en la habitación después de oir el disparo. Nina se hallaba ya tendida en el suelo y el revólver junto a ella. Me aproximé... La oí respirar por última vez. Todo había terminado.

VASILI.—Lo que nos importa es esto: ¿afirmas, pues, que entraste en la habitación después de oír el disparo?

TEREKIN.—Todo el mundo ha podido comprobarlo.

NICOLÁS.—Se dice que tú y tus amigos os habéis vuelto pesimistas. ¿Es cierto?

TEREKIN.—¿Quén ha dicho eso?

VASILI.—¡Eso importa poco! Dinos solamente si es cierto o no.

TEREKIN.—No es cierto, no. Y eso es para mí un punto sumamente importante. Estoy seguro de que ha sido Fédor quien me acusa de pesimismo. Camaradas, quiero llamar vuestra atención sobre las células de las escuelas. No es posible vivir en su atmósfera. Es asfixiante. Vasili Luritch, tú me conoces. ¿Es que voy a volverme pesimista? Cuando nos vimos obligados a evacuar Orel, a huir, yo no era pesimista, ¿eh? ¿Y ahora voy a serlo de pronto? ¡Canallas! ¡Imbéciles! Decimos delante de ellos: «El momento es grave, amigos; hay dificultades, hay que luchar», y ellos exclaman: «¡Dificultades! ¡Ah! ¡Ah! Entonces ya no tienes fe. ¡Estás contaminado!»

¡Hace tiempo que yo hubiese barrido a toda esa gente!

ANDREITCH.—Hay algo de verdad en eso.

TEREKIN.—Es la misma verdad. Pues es preciso que sepáis esto también, camaradas. ¡Mi más implacable acusador es Fédor! Me había prometido a mí mismo no decírselo a nadie; pero a vosotros no puedo ya ocultároslo: si ha desencadenado todo este escándalo ha sido porque estaba enamorado de la Verganskaya. Tenía celos al ver que ella estaba conmigo, que vivía conmigo. No ha podido perdonármelo nunca.

VASILI.—Hay que comprobar eso.

NICOLÁS.—Naturalmente. (*Al secretario.*) Llame usted a Fédor. (*El secretario abre la puerta y llama. Entra Fédor.*) Camarada Fedorof, ¿es cierto que tú no sentías por la Verganskaya un afecto de simple camaradería, sino un sentimiento más profundo?

FÉDOR.—Es verdad: la quería.

NICOLÁS.—¿Por qué no nos lo habías dicho?

FÉDOR.—Imaginé que ese sentimiento no tenía relación alguna con este asunto.

NICOLÁS.—Está bien. ¿No tenéis otras preguntas que hacerles? Podéis retiraros. (*Salen Terekin y Fédor.*)

VASILI.—Bueno, compañeros, hay que tomar una decisión.

NICOLÁS.—El asunto está claro.

VASILI.—¡Diáfano! (*Al secretario.*) Escribe: «Queda confirmada la decisión de la Célula, expulsando a Terekin del partido.»

NICOLÁS.—¿Bromeas, Vasili Luritch?

VASILI.—¿Cómo?

NICOLÁS.—Porque es evidente que hay que anular la decisión de la Célula. Podemos en un caso extremo dirigir una censura a Terekin, con un apercibimiento, si lo

deseas. Pero ¡excluirle!... ¡No lo sueñes!... Te rejuveneces, Vasili Luritch, al contacto de todos estos chiquillos!

VASILI.—Te equivocas, Nicolás Nicolaievitch. ¡Siento todo el peso de mis años! Precisamente porque soy viejo siento todo el peso de mi responsabilidad.

ANDREITCH.—Claro, claro..., hay que tener en cuenta la responsabilidad. No es posible decidir a la ligera cuando el partido se halla interesado en un asunto... Un drama de familia es un caso puramente personal. ¡Eso es! Y si alguien da un paso en falso, ¿es cosa de expulsarle sin más del partido? No, no. ¡Pecados de juventud! ¡Eso es todo!

NICOLÁS.—Un muchacho puede corregirse: tiene tiempo para ello. ¿Vamos a excluirle cerrándole todos los caminos que pueden mejorarle? ¿Es ése un método de educación? ¡Vamos!

VASILI.—Pero nosotros no podemos soñar con educar a Terekin. ¡Ya es demasiado tarde! Nuestro deber es el de salvar a los otros. Hay que seccionar el miembro gangrenado...

ANDREITCH.—¡No exageremos, Vasili! Yo no veo nada de terrible en este caso. ¿Qué ocurre? ¿Que bebe? ¡No es sólo él quien bebe! ¿Que es pesimista? Es una acusación muy vaga: puede haber días de desfallecimiento. ¿Una muchacha se ha matado y se dice que fué él quien la empujó al suicidio? Eso no está aún demostrado. El que la acusa más encarnizadamente es Fédor, que justamente se hallaba enamorado de ella. Está claro. Intervienen en ello intereses personalísimos. La pasión es mala consejera. Y, además, que si condenamos a Terekin, ¿no es como si absolviésemos a la muerta, aprobar el suicidio, admitirlo? En fin, todo esto forma parte de la vida privada y no es posible inmiscuirse en ella...

VASILI.—Confieso que no esperaba esto. Pero ¿es que no ves lo que ha pasado o es que no quieres verlo? ¿Cierras los ojos ante la vida privada? Y tú, Nicolás Nicolaievitch, ¿qué dices? ¿Consideras también que no nos concierne la vida privada?

NICOLÁS.—Sí, sí. Debe preocuparnos..., pero un poco..., no demasiado... No es cosa nuestra eso de ir inquiriendo todas estas historias de amor. Un muchacho deja de querer a una chica. ¿Y qué? Eso en nada puede interesar al partido. Antes no nos ocupábamos nunca de asuntos semejantes... Es que no veo, en realidad, el motivo de excluir a Terekin. (*Se cierra el lado derecho de la escena y se descorre el izquierdo.*)

TEREKIN.—(*Gritando.*) ¡Intelectual asqueroso! ¡Bandido! ¡Tu madre te limpiaba aún los mocos cuando yo iba ya a la fábrica!

FÉDOR.—¡Canalla!

TEREKIN.—¡Ya me pagarás todo esto! (*Quiere apoderarse de Fédor y le detienen.*)

BÁRBARA.—¿Por qué no me pegas a mí? ¡Prueba, hombre! ¡Te arrancaré la cara!

LISA.—Mira, deja a los hombres que arreglen sus asuntos.

PETROSIAN.—Camaradas, ¿dónde creéis que estáis?

TEREKIN.—(*Rechazando a los que le detienen.*) ¡Dejadme! ¡Dejadme ya!

FÉDOR.—¡Ven, hombre, ven!

LUTIKOF.—¡Camaradas, que os halláis en una junta del Comité!...

SECRETARIO.—(*Entrando.*) Los miembros de la Comisión ruegan que se guarde silencio. (*Se cierra la parte de la izquierda y vuelve a abrirse la de la derecha.*)

VASILI.—¿Has oído? Se trata de Terekin. Hay que atacarle; será para los demás un saludable aviso.

NICOLÁS.—¿Entonces, vamos a condenarle a él para escarmiento de los demás? ¿Para que los demás aprendan a vivir?

VASILI.—No, Nicolás Nicolaievitch; debemos excluir a Terekin porque corrompe a la juventud.

NICOLÁS.—¡No es eso! ¡No es eso! Para preservar a la juventud hay que educarla, formarla. Es un trabajo largo y delicado. Está muy por encima de la personalidad de Terekin. En resumen: este muchacho se ha portado mal con unas chicas; se le hará presente nuestra censura, ¡y eso es todo! Vota con nosotros, Vasili Luritch. ¡Terekin no es el único de su especie!

VASILI.—¡Imaginad las consecuencias! La Célula lo ha expulsado y nosotros le reintegramos. Es el triunfo de Terekin y de su pandilla, que dirá: «¡Ahí tenéis lo que piensan los antiguos bolcheviques! No dan importacia alguna a estos asuntos. ¡Debemos vivir a nuestro gusto!» ¿No advertís que nuestra decisión va a representar para ellos—para todos—la doctrina misma del partido? La resonancia será enorme. Una vez más os suplico que reflexionéis; cometeríamos un error peligroso si absolvemos a Terekin.

NICOLÁS.—Ese argumento no puede convencerme. Y aunque nuestra determinación fuese mal interpretada por la juventud, no vacilaría en pronunciarla. Nosotros debemos tomar una decisión justa, sean cuales fuesen sus consecuencias. La justicia ante todo, y sin otra consideración. Terekin merece un apercibimiento, pero no la expulsión.

VASILI.—Haced, pues, lo que estiméis más justo.

NICOLÁS.—(*Al secretario.*) Escribe: «Constantino Te-

rekin, obrero, miembro del partido desde mil novecientos diez y siete, habiendo combatido en distintos frentes, se halla acusado de... de... depravación. (*A Vasili.*) Ya ves, ni siquiera se acierta con la palabra exacta para expresar de qué se le acusa... (*Al secretario.*), y de relaciones no comunistas con las mujeres. Se le sostiene en el partido, pero haciéndole objeto de una grave censura que figurará en su expediente...

VASILI. — Compañeros, me apena profundamente lo que voy a hacer. Es la primera vez que uno de nosotros tiene que recurrir a este medio. Pero confieso que apelaré al Comité central. La decisión que habéis tomado no se halla conforme con el espíritu del partido.

ANDREITCH.—Apela, si lo estimas necesario. (*Al secretario.*) Que pasen todos.

TELÓN.

CUADRO DECIMO

La habitación de Terekin. María se pasea de un lado a otro conturreando. Entra Terekin.

TEREKIN.—¿Cómo ¿Estabas aquí?

MARÍA.—Sí, Constantino. ¡Has estado ausente mucho tiempo!

TEREKIN.—He tenido que hacer. Buenos días, María. (*La besa.*) ¿Te has aburrido? ¡Yo me desesperaba!... Quería venir, verte lo antes posible. ¡Pero la obligación ante todo!

MARÍA.—Durante ese tiempo he leído cuarenta páginas. ¡Cuarenta! Fíjate, Constantino.

TEREKIN.—¡Ah! Eres una buena muchacha. No sabes lo que me agradaría el poder quedarme contigo. Pero tengo que ir al club. ¡Qué fastidio!

MARÍA.—¡Otra vez!

TEREKIN.—Sí. Una sesión de la Comisión de jefes. Es muy posible que se halle alarmada también, por alguna otra demanda presentada por toda esa gentuza. ¡Ah! La Mesa ha dado una respuesta favorable a tu petición. La asamblea la ratificará seguramente. Mis enemigos tratarán de meter sus palos entre las ruedas; pero de nada va a servirles, y dentro de dos semanas serás miembro de la Unión de la Juventud comunista.

MARÍA.—¡Al fin!

TEREKIN.—Por tanto, María, tendrás que someterte a una severa disciplina. Tienes que ser una verdadera comunista, firme, convencida, sin desfallecimientos.

MARÍA.—Puedes contar conmigo.

TEREKIN.—Ten cuidado, María. No te vayas a comprometer. Se confía en un principio y después... Ya cometes alguna imprudencia. ¡Perfectamente! Tus conversaciones con Vasili y Fédor no me agradan. Fédor no es más que un necio intelectual. Vasili es un obrero, es cierto; pero se halla enteramente desorientado. Nada más peligroso para nosotros que ellos y su trinca.

MARÍA.—Me parece que eso no es muy justo...

TEREKIN.—¿Qué? ¿Decías?... ¿Supongo que no tendrás la pretensión de enseñarme el mejor camino? No son comunistas, sino unos canallas que desean perderme. Por ello, tú, tú, que eres mi mejor amiga, mi camarada, no debes tener nada que ver con ellos. Anteayer, en el club, toda la noche estuviste charlando con Vasili.

MARÍA.—Pero, Constantino, Vasili no parece mal muchacho...

TEREKIN.—¿Lo crees así? Pues él y Fédor son los que azuzan a los demás contra mí. ¡Y no se han calmado aún! ¡Vuelven ahora a excitarse!

MARÍA.—Pero te han reintegrado...

TEREKIN.—Sí..., es verdad... Pero con una grave censura. Y nada puedo hacer para suprimirla; se halla ya en mi expediente. Esos asquerosos han llegado a emporcarme. No habrá medio de borrar el manchón. ¡Han volcado sobre mí todo su cieno! ¿Es que no se les va a cerrar la boca?

MARÍA.—¿Crees que volverán a intentar?

TEREKIN.—¡Seguramente! ¡Esto no les basta! Han

elevado una instancia al Comité central. Reclaman la revisión. Ya irás conociendo a estos buenos mozos. Ya ves de lo que son capaces de intentar en contra de un hombre como yo..., lo que se atreven a inventar. En fin, ¿tú tienes algún motivo de queja contra mí? Vivimos juntos desde hace cuatro días. ¿Soy un malvado? ¿No te hallas a gusto conmigo?

MARÍA.—¡Claro que sí, Constantino!

TEREKIN.—Ya te das cuenta. A todos podrás decir lo que soy... Puedes, por tanto, afirmar con pleno conocimiento de causa, que nunca he podido ser grosero con la Verganskaya, que no he podido impulsarla al suicidio, ¿no es cierto? Eso es lo que piensas, ¿verdad?

MARÍA.—¡Claro, Constantino!

TEREKIN.—Perfectamente; eso basta. No quiero llegar con retraso. Volveré lo antes posible. ¡Ah!... Ya hice lo que me dijiste. El encargado va a darnos otra habitación. Tenías razón... Nos hallamos mal instalados... Y, además, se le presentan a uno ciertas ideas... ciertas visiones... Bueno; hasta luego. (*La besa, se dirige hacia la puerta y se vuelve.*) Si te encuentras a alguno de la trinca no se te olvide decirle... que nuestra unión marcha admirablemente... que somos felices... que estás contenta conmigo... No lo olvides, ¿eh?... (*Sale.*)

MARÍA.—(*Sola, pasea de un lado a otro; después se apoya en el estante.*) ¡Si viniese alguien!... Pero no vendrá nadie... No viene nadie a ver a Constantino... Yo, aquí, no conozco a nadie. (*Va cogiendo libros y los hojea.*) Kautzky, *Estudios*... Bukharin, *Tres discursos*... Estos son los libros de la Verganskaya... (*Cae un cuadernito al suelo, ella lo recoge y lo examina.*) ¡El diario de Nina!... No debo leer... No debo... (*Lee.*) No... estaría bien... Son sus secretos... ¡Sus secretos! (*Se sienta y lee inclinada*

sobre el «Diario».) ¡Oh! ¡No es posible! (*Lee en voz alta.*) «Hoy le he dicho que si sigue así me mataré, y me ha respondido: «¡Como gustes! ¡Haz lo que quieras!» Y después, al marcharse, dejó el revólver con el cinturón sobre la mesa, como si lo hubiese olvidado...» ¡No es posible!... (*Prosigue su lectura.*) «Me ha pegado por primera vez... No me ha pegado, realmente, pero me ha sacudido con violencia... Me caí sobre la cama, y di con la cabeza en el tabique... Recibí carta de mi madre. Me pregunta si tengo suficientes camisas y me promete enviármelas. ¡Ay, madrecita! ¡Si supieses lo que sufre tu Nina!... ¡Desearía morirme!...» ¡Ah!... Sí, sí... Esto es... ¡La última página!... Quiero saber... (*Lee en alta voz.*) «Es cosa decidida: hoy mismo me marcho. Nunca olvidaré lo que Vasili le dijo a Piotr cuando éste volvió en sí. Si yo siguiese aquí más tiempo, haría lo que Piotr, y no quiero. La idea sola del suicidio es un crimen. No tengo derecho a matarme en ninguna ocasión... ¡Me marcharé!...» ¿Cómo?... ¿Entonces?... ¡Qué miedo! ¡Tengo miedo!... ¡No quiero seguir aquí... tan sola!... (*Deja el «Diario» en el estante y sale corriendo.*)

TEREKIN.—(*Entrando.*) María, se me olvidaron los cigarrillos... Pero ¿dónde está? ¿Se ha marchado ya?... ¿Dónde habrá ido a arrastrar sus chancletas? ¿Y mis cigarrillos?... (*Se aproxima al estante y rebusca.*) ¿Dónde los habrá metido? (*Coge el «Diario».*) ¿Cómo? ¡El *Diario* de Nina!... ¡Qué casualidad!... No se me había ocurrido... En él podría encontrarse... No lo ha visto nadie... ¡Felizmente! (*Va a desgarrarlo.*) Es más seguro... (*Entra Iván bruscamente.*)

IVÁN.—¡Constantino!

TEREKIN.—(*Estremeciéndose, oculta el cuaderno a la espalda.*) Bueno, ¿y entras así? ¡Sin avisar siquiera!

¿Dónde te crees que estás? ¿Es esto una cantina? ¿No podías llamar? ¿Qué quieres? No tengo tiempo ahora... ¡Lárgate de aquí! ¡Y cuanto antes!

IVÁN.—(*Desconcertado.*) Quería preguntarte solamente si pensabas ir ahora al club...

TEREKIN. — ¡Ah! ¿Era eso?... Sí... Naturalmente... Ahora mismo... ¿Y qué? ¡Ve! ¡Ve! ¡Hasta ahora! (*Sale Iván; Terekin le sigue unos instantes con la mirada y luego va desgarrando el cuaderno. En ese momento entra Fédor corriendo.*)

FÉDOR.—¡Eh! ¡Eh!... ¡Estás rompiendo su *Diario*! ¡Destruyes las pruebas! (*Coge a Terekin por los brazos.*)

TEREKIN.—¡Me espiabas! ¡Esto te costará caro!

FÉDOR.—Dame el cuaderno. (*Luchan. Terekin derriba a Fédor y le pisotea.*)

TEREKIN.—¡Ah! ¡Canalla! ¡Te quedarás quieto, gusano!... (*Se aparta y respira con fuerza.*) ¿Tienes lo tuyo, eh?... (*Mira a Fédor, le empuja con el pie. Fédor no se mueve.*) Bueno, ¿qué pasa? ¡Levántate! ¡Fédor! ¡Caramba! ¿Lo habré matado?... ¡Sólo faltaba que me hicieses esto..., canalla! (*Va a la mesa, echa agua en un vaso y vuelve hacia Fédor. Su mirada se posa en el cuaderno. Deja el vaso sobre el pecho de Fédor y rompe el cuaderno en pedacitos, que se va metiendo en el bolsillo. Después le salpica el agua.*)

FÉDOR.—(*Volviendo en sí.*) ¡Ah!... ¡Ah!...

TEREKIN.—¿No has reventado, bribón?... ¡En pie... y largo de aquí!

FÉDOR.—(*Levantándose penosamente, se arrastra hasta la puerta.*) ¡Bandido!... ¡Esto no quedará así!

TEREKIN.—¡Hala!... ¡Hala!... ¡Líbrame de tu hedionda! (*Se acerca al espejo.*) ¡Ah! ¡El muy animal me ha clavado las uñas!... ¿Cómo ha podido saber?... Habrá

mirado en ese momento por el ojo de la cerradura... (*Va echando los trozos del cuaderno en la chimenea.*) Ahora ya es otra cosa... Ya puede hablar... ¿Y las pruebas?... Han desaparecido... ¡Han volado! ¡Se han desvanecido! Ya puede decir lo que quiera... ¡No hay pruebas! ¡No existen las pruebas! ¡No hay nada! ¡Nada! ¡Ceniza! ¡Humo!...

TELÓN.

CUADRO UNDECIMO

La habitación de Terekin. Obscuridad. María y Terekin se hallan acostados. Terekin se vuelve y sueña en voz alta y se queja angustiosamente.

MARÍA.—(*Incorporándose en el lecho.*) Es preciso..., es preciso... No puedo... No podré nunca... Me siento mal... Tengo fiebre! ¿Es que soy cobarde? (*Terekin se queja: María se inclina sobre él y le da en la espalda.*) ¡Constantino! ¡Constantino!

TEREKIN. — (*Grufie.*) ¿Qué? ¿Qué ocurre? (*Bruscamente se tira de la cama.*) ¿Qué? ¿Qué?...

MARÍA.—No es nada, Constantino... Soy yo que te despertaba... Tenía miedo... Estabas soñando en voz alta...

TEREKIN.—¿Yo? ¿En voz alta?

MARÍA.—Ha sido una pesadilla...

TEREKIN.—¿Y... hablaba?

MARÍA.—Has dicho... Que Nina no se había suicidado, sino que tú la habías matado...

TEREKIN.—(*Retrocede, respira pesadamente y se queda mirando fijamente a María, sin hallar palabras que decirle.*) ¿Yo?... ¿Que yo he matado a Nina? ¿Quién ha dicho eso?

MARÍA.—Tú... entre sueños.

TEREKIN.—¡Oh! ¡Cosas que se dicen durante las pe-

sadillas!... (*Rápidamente.*) Pero no es cierto... No es cierto... Ella se mató... Cuando yo entré en la habitación ella estaba ya tendida en el suelo, con el revólver al lado... Cuando me acerqué... respiraba aún... El último suspiro... Después... ¡nada! ¡Se acabó!

MARÍA.—¡Mientes! Estoy notando que mientes...

TEREKIN.—¡No miento! ¡Yo no la he matado! Ella misma fué...

MARÍA.—¿Es que no te ves la cara, los ojos?...

TEREKIN.—¡Mi cara! ¡Mis ojos!... ¡Esas no son pruebas! ¡No puedes denunciarme a nadie! ¡No hay pruebas! ¡Divagaciones, pesadillas, esas no son pruebas!...

MARÍA.—Comprendo... ¡Lo comprendo todo! ¡Ella no se mató!

TEREKIN.—¡Estaba aquí, en el suelo!...

MARÍA.—¡Ella no se hubiese matado nunca! ¡Buena prueba ha dejado!

TEREKIN.—¡Ah!... ¿Has leído su *Diario*?

MARÍA.—Sí.

TEREKIN.—Bueno, ¿y eso qué demuestra? ¡Se puede escribir una cosa y luego hacer otra! ¡Puedes denunciarme! ¡Todos podéis denunciarme! ¡No es cierto! ¡No la he matado!

MARÍA.—Oyeme, Constantino... No habías soñado...

TEREKIN.—¿Entonces?

MARÍA.—No has dicho nada... Fué Fédor quien me aconsejó que intentara esto...

TEREKIN.—¡El muy perro! ¿Y qué más?

MARÍA.—Yo no lo creía. No lo hubiera creído nunca... Y ahora me doy cuenta... Ya no puedo dudar... ¡Eres un asesino!

TEREKIN.—¡Estás loca! ¡Estás loca!

MARÍA.—¡Déjame! ¡Me asustas!

TEREKIN.—¡No te irás! ¡No te dejaré! (*La sujeta por una muñeca.*)

MARÍA.—¡Suéltame! ¡Gritaré!...

TEREKIN.—¡No llames! ¡No llames! Escucha... No te haré daño alguno. Bien sabes que no te haré nada. Si hablas, si cuentas lo que has leído en el *Diario*, me pierdes... Me preguntarán por qué lo he quemado... Es mi muerte, María, ¿comprendes? Es mi muerte...

MARÍA.—¡La has matado!

TEREKIN.—Oye... oye... Te lo contaré todo. No temas. Te quiero. Bien sabes que te quiero... Sólo te tengo a ti... Todos me cercan. Pero tú, tú no me abandonarás... Todos se hallan contra mí... Estoy solo, solo... contigo...

MARÍA.—La has matado.

TEREKIN.—Fué por ti, María... Fué por ti... Recuerda... Acababa de conocerte... En seguida me enamoré de ti. Nos hallábamos juntos. Recuerda... Ella se dió cuenta de que yo te quería... Ella fué quien te obligó a marcharte. Yo no lo pude soportar. Comprendí que iba a ser un obstáculo entre los dos..., que acabaría por separarnos. Entonces la seguí hasta aquí... y disparé. Fué por ti... Por ti... ¡Por ti!

MARÍA.—¡Mientes!... ¡Eres mucho más indigno de cuanto creía!...

TEREKIN.—¡Es la verdad!

MARÍA.—¡Mentira! ¡Mentira tu amor! ¡Mentira tus lágrimas!...

TEREKIN.—¡Fíjate en mí!

MARÍA.—¡Tiemblas de miedo!... ¡Temes por tu pellejo!

TEREKIN.—¡Toma el revólver, tómalo! ¡Mátame... aquí... donde yo maté a la otra... por ti!

MARÍA.—¡Mientes! ¡Mientes!

TEREKIN.—¡Ah! ¿Es que no crees que te quiero? ¡Y hace un momento te hallabas entre mis brazos!

MARÍA.—Tú me retenías en ellos contra mi gusto.

TEREKIN.—(*La sujeta.*) Pues ¡aun te tengo! ¡Y no te escaparás! ¡Si he de morir, tú reventarás conmigo, antes que yo! (*La arroja sobre la cama.*)

MARÍA.—(*Gritando.*) ¡Fédor! ¡Fédor!

TEREKIN.—(*Estrangulándola.*) ¡Yo no volverás a llamarle! ¡Te obligaré a callarte! ¡Te cerraré la b... (*María se debate. Derriban la puerta. Entra Fédor, Vasili, Voznesienski, Andrés, Lutikof, y se arrojan sobre Terekin. María se incorpora lentamente, se pasa la mano por la cara.*)

TEREKIN.—(*Contemplándola con una intensa mirada.*) ¡María!... ¡María!...

MARÍA.—¡Lo diré todo! ¡Lo diré todo! ¡Lo diré todo!

TELÓN.

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

¡VENCISTE, MONATKOF!

DRAMA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

ORIGINAL DE IGNACIO STEIMBERG,
EX-COMISARIO SOVIÉTICO

PERSONAJES DEL DRAMA

MONÁTKOF (presidente del Comité revolucionario).
ONUFVIEF (comandante de la Guardia Roja).
KOSTOLOMSKY (comisario del Interior).
ZUCKERMAN (presidente de la Checa).
SÚSEF (comisario de Instrucción).
BLESOSCHVILI (comisario de Transportes).
IRINA (presidenta del Congreso de aldeanos).
INNOKIEUTI, MIGUEL, RIASANSKAYA } Miembros del Comité revolucionario.
NIKITA (guardia rojo).
ARIKA (aldeana).
LOBÁTKOF (capitán de cosacos).
ALIOSKA (poeta).

Guardias rojos. Marineros. Obreros. Pueblo.

La acción, en una ciudad fortificada del sur de Rusia, orillas del Volga. Epoca, 1917. Toda la obra transcurre en cuarenta y ocho horas.

PERSONAJES DEL PROLOGO

EL SOMBRÍO.
EL CHISTOSO.
EL LITERATO.
EL CALVO.
EL IMPULSIVO.
LA JOVENCITA.
LA CHICA CON MELENA.
VINITZKAYA.
LA SEÑORA LEBRANCHE.
Gente joven, varones y hembras (emigrantes rusos). Vendedores de periódicos.

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

PROLOGO

En Suiza, 1917. El restaurante económico «Madame Lebranche», en Ginebra. En algunas mesas, colocadas desordenadamente, grupos de emigrantes rusos sostienen animadas conversaciones.

El Sombrío.—¿Qué nos dará hoy de comer la Lebrancherina? Seguramente nos dejará sin postre.

El Chistoso.—¡Qué va!... Como todas las personas geniales, también tiene ella sus caprichos... Hoy hay postre.

El Literato.—¿Sí? ¿Postre? ¿No lo hubo ayer?...

El Chistoso. — ¿Queréis escucharme? Cuando hace un rato pasé por la cocina me dió olor a dulces caseros... ¡Hasta el rostro de la Lebrancherina era dulce!...

El Sombrío.—(*Mal humorado.*) Con postre o sin él... No podemos pagar.

El Chistoso.—Levantad un empréstito entre la burguesía internacional.

El Sombrío.—Sí... Te van a dar...

El Literato.—Entonces, imponédselo...

El Sombrío.—¡Imponerlo! ¡Vosotros! ¡Vosotros qué vais a imponer!... ¡Y hoy lanzan a la calle a Vinitzkaya con sus criaturitas!

El Chistoso.—(*Irritado.*) ¿La echan?

El Sombrío.—Naturalmente..., el administrador le ha comunicado... que si antes de la una no paga, le pondrá los muebles en mitad de la calle... ¿De dónde va a sacar el dinero la infeliz? El marido está en el destierro... (*Silencio general.*)

El Literato.—No es tan malo el administrador... Ya encontrará una forma cualquiera para salir del apuro.

El Chistoso.—Usted puede hablar. Sale siempre de los *apuros*!... ¿No os acordáis cómo salió hace poco de sus apuros literarios? (*Carcajadas.*) En sus estudios marxistas sobre literatura resultó una laguna de agua: le era imposible introducir a Heine en un sistema. Le faltaban los puntos principales.

El Sombrío.—¿Cómo? ¿Heine?... ¿Qué Heine?

El Chistoso.—El poeta... el poeta Heine. Y, sin vacilar, se sentó ante su mesa... y escribió..., escribió... ¿qué creéis que escribió?... La autobiografía de Heine. (*Carcajadas generales, que invaden las otras mesas.*)

El Literato.—(*Se levanta de un salto y se pasa la mano por la frente y los cabellos..., con énfasis majestuoso.*) ¿Por qué os reís? ¡Críticos incipientes! ¿Pensáis que uno cualquiera de vuestros Rousseaus o de vuestros Goethes escribirían mejor su biografía que otro que lo hiciese por ellos? De una forma o de otra..., se fabulea siempre... (*Todos ríen. Cada vez más acalorado.*) Además, no hay biografías; hay sólo consecuencias, conclusiones finales de la situación económica total, del estado de las fuerzas productivas...

El Chistoso.—(*Aludiéndole.*) Del número de caballos de fuerza...

El Literato.—(*Continuando.*) ... Y de eso estamos nosotros más enterados que los poetas... Por lo demás, Heine, precisamente, hubiese escrito una autobiografía

mejor que los otros. (*Se sienta.*) Pero la comida no llega.

JOVENCITA. — (*En otra mesa con algunos jóvenes.*) ... Esto no se puede olvidar... Mira, querido: precisamente en el minuto que con la bomba en la mano se acercaba al coche... y dominaba seguramente todas las emociones de su alma, para pensar *sólo*, *sólo* en aquel acto... precisamente en este minuto (*Su voz se obscurece.*), había visto a Sásonof a través de las ventanas del coche... ¡y éste era su blanco!..., el rostro y los ojos del ministro... Y él mismo contó... más tarde, en la prisión... que se vió en los ojos de aquel verdugo todopoderoso..., y en ellos había espanto..., pues los que iban dentro sabían perfectamente que se preparaban atentados contra ellos... y cuando, a través de los cristales, se cruzó su mirada con la de Sásonof, leyó en ella su muerte... Sásonof advirtió este terror en los ojos del enemigo, y un hilo se tendió entre ambos. (*Deja caer la cabeza y la levanta a poco. En otras mesas escuchan.*) Imagíneselo usted, querido; en las manos, una bomba cargada; su alma entera, anhelando asestar el terrible golpe... No sólo el ministro morirá... También él... (*Respirando.*), y en este momento se despierta en Sásonof un sentimiento de compasión hacia aquel hombre y no puede apartar sus ojos de aquellos ojos... ¿No es criminal y humano al mismo tiempo? (*En un rincón de la habitación se oye una voz fuerte.*)

EL CALVO.—(*Interrumpiendo burlonamente.*) ¿Humano... dice usted? Eso es la cosa precisamente: que vuestros héroes son eso... y lo otro... y todo lo posible. ¡Ah, no, lo que no observe una señorita! ¡Ojitos a través de los cristales! ¡Ojos de ministro! ¡Hay que ver qué contacto! ¡Rayos y centellas!... Un tema para una bella novela espiritual. (*Severo.*) Y esto no les entra a ellos

en la cabeza: que las revoluciones no pueden hacerse *con* ternura..., que son una cosa grave..., sangrienta... ¡Más que sangrienta! En la historia: inevitable..., sí... Compasión con los verdugos... ¿Acaso los verdugos la tienen con el proletario? Sobre todo, ahora, en la guerra. (*Se levanta y va de un lado a otro.*) Pues tampoco el proletariado, si llega al Poder, tendrá miramientos con sus verdugos... Dejad que se acabe la guerra, veréis entonces... Aquellas escenas de parada, como en Francia, no se repetirán ya... ¡Guillotinas!... Repiques de campanas... Público callejero... Verdugos teatrales... ¡Nada, nada!... La clase trabajadora les retorcerá, *sencillamente*, el pescuezo a sus enemigos... En el gallinero..., en cualquier parte..., sobre el montón de estiércol (*La emoción se traduce en todos.*), y esto será mil veces más humano. (*Aplausos de los que están sentados a su lado: El Impulsivo y la muchacha del pelo cortado. La mesa en que está la gente joven muestra una gran excitación. De su mesa se levanta, y aplaude entusiasmado, el Literato.*)

EL LITERATO.—¡Bravo! ¡Esa es la verdad pura! ¡Aquí huele a Rusia! ¡Qué sombría majestad se manifiesta en ese gallinero de la aristocracia rusa! (*El Calvo le hace señas, malhumorado.*) ¡Qué tema para nuestros futuros Hugos, qué lienzo para nuestro David!

EL IMPULSIVO.—(*Vuelve la cabeza hacia la muchacha con el pelo cortado.*) El Calvo no habla por hablar, ni por placer... Seguramente, es el único que hará lo que dice...

JOVENCITA. — (*Indignada.*) ¡Qué calumnia contra los trabajadores! (*Escándalo en la habitación de al lado. Vinitzkaya, descompuesta, con los cabellos en desorden y con un niño en los brazos, entra precipitadamente y se*

deja caer en una silla. Excitación general. Varios se levantan de su sitio, el niño llora débilmente. Algunos jóvenes y la muchacha del pelo cortado se acercan a Vinitzkaya. La del pelo cortado coge al niño, se sienta aparte e intenta dormirle.)

VINITZKAYA.—(*Escondiendo la cabeza entre las manos.*) ¡Arrojada a la calle—al minuto de dar la una—, cuando vió el administrador mi último cacharro fuera de casa, él y todos los que allí estaban reían!... ¡Repugnante!

EL LITERATO.—¡Esto no puede quedar así, se debe protestar por medio de la Prensa francesa!

EL CHISTOSO.—Debemos enviar una comisión al Ayuntamiento.

EL IMPULSIVO.—¡Esta infamia debe publicarse en la Prensa rusa!... ¡Es un insulto para todos los emigrantes!...

EL CALVO.—(*Con voz tranquila, pero cortante, paseando por la habitación y dirigiéndose a la jovencita.*) Y bien, ¿qué dice usted ahora, querida camarada, de los ojos compasivos? ¡Vea usted qué fría y descaradamente proceden con nuestros hermanos los tenderos, la burguesía, los especuladores! ¿Y quiere usted tener compasión con ellos? ¡Todo, todo se lo cobrará alguna vez el proletario!...

LA JOVENCITA.—(*Con tranquila indignación.*) ¡Usted calumnia!... ¡Nunca, nunca cometerán el aldeano y el trabajador rusos una infamia semejante!...

EL CALVO.—(*Saltando y conteniendo la risa.*) ¿Infamia dice usted? ¿Infamia? Nómbreme usted una revolución en la que el pueblo no haya arreglado sus cuentas con sus verdugos en forma *brutal* y *sangrienta*..., y así era justo... El aldeano ruso no será así... Ideará algo

más extraordinario todavía. Los otros, entonces, paseaban teatralmente las cabezas decapitadas en las puntas de sus picas... Pero nosotros..., nosotros lo haremos en el gallinero..., sin pompas..., sin cadalsos...

LA DEL PELO CORTADO.—(*Con el niño en brazos, corre excitada de un lado al otro.*) ¡Cuánta desgracia!... ¡Cuánta miseria alrededor!... ¿Y tener compasión con ellos aún?... ¡No!... ¡No!... ¡Que llegue pronto el fin!... Debemos acabar con esta sociedad... sin meditarlo.

JOVENCITA.—(*En la mayor excitación.*) ¡No, no..., así no será!

EL CALVO.—(*Amenazando.*) ¿No lo permitiréis vosotros? ¿Lo estorbaréis? Entonces ¿cooperaríais a la carnicería? Pues no lo toméis a mal si algo os ocurre.

JOVENCITA.—Y yo os digo ¡que no será así! (*El Calvo responde con una carcajada burlona.*)

EL LITERATO.—(*Animado.*) Camaradas... ¿A qué discutir en tonto?... Hagamos una apuesta... El que gane, tenía razón.

EL IMPULSIVO.—¡Una apuesta! ¡Una apuesta!

EL LITERATO.—Y acompañada al piano. (*Se sienta al piano.*)

EL CALVO.—¿La acepta usted? (*Tiende su mano a la Jovencita.*) Bueno... deme su mano... ¡Por consiguiente, apostamos!

EL CHISTOSO.—¿A qué?

EL SOMBRÍO.—¡Hombre! ¡A si será la revolución sangrienta o humana!

EL CALVO.—(*Decidido.*) Esa apuesta la acepto yo también.

LA DEL PELO CORTADO.—No, no; esa, no... Otra. ¿Triunfará o fracasará la revolución?

EL CALVO.—(*Con decisión sujeta la mano de la joven*

cita, cuyos ojos miran al suelo.) También acepto esa apuesta.

LA JOVENCITA.—(*Levantándose, radiante, con ojos brilladores y voz temblorosa.*) Yo apuesto también; pero en esta forma: ¿Conseguirá la revolución su *objeto*, su verdadero objeto?

EL CALVO.—(*Con ojos relampagueantes.*) También acepto esa apuesta. (*Ambos, uno frente a otro, se estrechan las manos convulsivos, mirándose en los ojos. Todos les rodean excitados. El Literato toca algo solemne en el piano. Madame Lebranche entra portando la comida en una gran bandeja. El Chistoso, como sin querer, la da un empujón; un plato cae al suelo y se hace añicos. Todos exclaman: «¡Ah!» Gritos en la calle. Un vendedor de periódicos entra con hojas extraordinarias y grita: «¡El* Diario de Ginebra! *¡Con el destronamiento y prisión del zar! ¡La revolución en toda Rusia!»*)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Crepúsculo sombrío en una mañana otoñal. De la lejanía llegan, amortiguados, estampidos de cañón. Ante la muralla de un edificio que sirve de cuartel, se apretuja la muchedumbre, formando cola.

En lo alto de la muralla flota al viento un paño rojo con la inscripción: «Distribución de víveres con tarjeta.»

En la cola, que se pierde al volver la esquina, se ven docenas de cuerpos que, cansados y con sueño, se apoyan en la pared o están caídos en el suelo.

A alguna distancia, un policía pasea arriba y abajo. La cola *empieza a moverse, se despereza... Algunos de los que la forman comienzan a hablar.*

En los primeros puestos resuenan los gemidos de un niño, que la madre intenta acallar. Un grupo de muchachos, sentados en el suelo, juegan silenciosamente a las cartas. Un chico, llegado de cualquier parte, viene corriendo y busca un sitio en la cola. *Momento de discusión y empujones.*

EL VIEJO.—(*Con mejillas hinchadas y peludas, dirigiéndose enérgicamente a los que discuten.*) ¿Qué hacéis, hermanitos? ¿Por qué reñís ya tan temprano? Mejor sería que rezarais...

EL MUCHACHO.—¿Por qué me cogió usted mi sitio?

UNA VOZ.—¿Y por qué te marchaste tú de la *cola*?

EL MUCHACHO.—¡Idos al diablo! ... ¿No puedo ir a hacer mis necesidades siquiera? ¿Soy yo un ángel o algo parecido?

OTRA VOZ.—Bueno, entra en tu sitio entonces...

EL VIEJO.—¿Para qué necesitas tú un sitio, hermanito? Dios está en todas partes. (*Animándose.*) Voy a contaros una historia de Cristo, que cuentan las gentes de Novgorodsk. Una historia preciosa. (*En la cola se hace silencio. El viejo se pasa la mano, arriba y abajo, por su barbita, y empieza a narrar.*) Una vez, estaba Cristo muy aburrido en el cielo, entre todos los ángeles y todos los santos, ansiando volver otra vez junto a los pecadores de la tierra. Y bajó de nuevo, y de nuevo se mezcló con nosotros. Por todas partes veía ventanas rotas, caballos muertos... Cuervos... En una palabra: horror..., guerra; y se entristeció... de no ver a nadie... ¿Dónde se han metido los hombres? ¡Ah!... Allí están. Como los gansos..., en filas y mirando hacia alguna parte... Cristo entonces se acercó a ellos..., se inclinó profundamente y dijo: «¡Buenos días, hombres! ¿Por qué estáis ahí tan aterrados, como si os hubiesen embriagado con aguardiente de la tierra?»

Todos callaban, como si no lo viesen... Uno solamente le respondió, sombrío: «Hacemos *cola*... por el pan de pata...» «¿Sí?—dijo Cristo—. Entonces me pondré yo también en mi sitio...» Y se puso.

Y pasó una hora, y otra hora..., y la *cola* iba creciendo detrás de él... De pronto ve, el último de todos, a un viejecito amedrentado, a quien todos empujaban... ¿Qué diréis vosotros que pasó entonces? Cristo se le acerca; lo conduce muy cariñosamente hasta su sitio, y él se coloca detrás de todos... Como dicen los Evangelios, los últimos serán los primeros... Sí, hermanitos: ¿qué diréis

que ocurrió entonces? Un milagro. (*Emoción general. El viejo, en éxtasis.*) En ese día no se repartió pan de patata, sino fresco y buen pan de trigo. Y una gran alegría inundó toda la *cola*. (*Por un momento reina un silencio general; a poco sale del final de la* cola *una voz fuerte.*)

OBRERO 1.°—Tu Cristo es un farsante... Al día siguiente se repartiría, de seguro, otra vez pan de patatas...

OBRERO 2.°—Tu Cristo obró mal... porque deshizo la fila... El no cedió sólo su parte, sino también la de los otros... ¡El tendría en su casa bastante para!...

VOZ.—La *cola* es para los hambrientos... Aquí debe haber orden...

VIEJO.—Cristo se afana por los hombres, y vosotros habláis de orden...

UNA MUJER.—(*En otro lugar de la* cola, *con rostro amargado e inteligente, en voz baja.*) Antes no era como ahora...

UNA VIEJA.—(*Envuelta en un mantón, amargada.*) ¿Que no era así? Para ustedes, quizá no...; pero para nosotros... Nosotros hemos formado *cola* toda la vida...

JOVEN OBRERA.—(*Tranquilizándola cariñosamente.*) Tienes razón, tía Anuska. Nosotros queremos mejor formar parte en nuestra *cola* que en la extraña, como antes. Esta, al fin, es nuestra administración...

MUJER VIEJA.—(*Gimiendo.*) Sí, nuestra administración, pero en casa... una suciedad... Los niños sin lavar, ni peinar... ¿Cuándo tendrá un fin todo esto?

JOVEN OBRERA.—(*Consolándola.*) Ya llegará, tía Anuska... Ahora, todavía suciedad; pero nuestra vida será pura... Un poco de paciencia aún...

UN HOMBRE VESTIDO DE PIELES.—(*La gorra de piel calada hasta los ojos.*) Los... los que están ahí dentro de la fortaleza y mandan..., esos no vienen a la *cola*... Esos tienen de sobra... pan blanco, carne, leche...

UN TRABAJADOR.—(*Amenazador, gritando.*) Los ciudadanos que no estén a gusto entre nosotros..., que hagan el favor... de marcharse..., que busquen otra ciudad donde encuentren pan blanco... Debíamos fijarnos en quienes son...

EL HOMBRE DE LAS PIELES.—(*Subiéndose el cuello.*) ¿Va eso por mí? Yo he hablado conmigo mismo. (*Se oyen, de pronto, un silbido y un grito de alegría. Todos se vuelven. Un muchacho, alegre y colorado, entra precipitadamente, tirando de un trineo, donde se sienta un ancianito.*)

EL MUCHACHO.—(*Saltando.*) ¡Plaza! ¡Plaza para su excelencia! ¡El ciudadano Foltvant viene en persona a estar con vosotros. No quiere quedarse solo en casa, y aquí lo traigo para que forme también en la *cola*! ¡Que se divierta aquí! (*La muchedumbre lo mira. El muchacho deja el trineo y baila de frío, frotándose las manos.*) Vosotros, ciudadanos, seguramente que os refrescáis aquí desde hace mucho tiempo, ¿verdad? ¿Habéis oído aquí la misa de alba? ¡Hay que ver, qué temerosos de Dios sois!... ¿Y dónde coloco yo a mi ciudadano?... ¿Están tomados ya todos los sitios? (*La cola se mueve voluntariamente y deja sitio al viejo en uno de los primeros puestos. El muchacho sigue bailando; de pronto, se escupe en las manos, toma carrera y sube a lo alto de la muralla. Movimiento general. El policía corre hacia él.*)

POLICÍA.—¡Ciudadano!... Baja en seguida... ¿Adónde quieres ir?

MUCHACHO.—(*Con desfachatez.*) Quería ver lo que pasaba en la tienda..., si estaban ya los vendedores... y la mercancía. (*Silba.*) ¡Ah!... Pronto abrirán... *Cola*..., atención, ¡firmes!... (*Involuntariamente, se mueve la cola y todos permanecen rígidos.*)

POLICÍA.—(*Hace bajar a la fuerza al muchacho.*) ¿Es-

táis locos todos? Sabéis perfectamente que hasta las ocho no se abre. (*La cola toma otra actitud. Algunos se sientan, resignados. Otros quieren castigar al muchacho.*)

VIEJO.—¿Por qué la tomáis con el chico? Tiene un alma alegre y serena... Dejadle que esté alegre... Baila, hermanito, baila... (*El muchacho baila. El reloj de la fortaleza da las siete. Todos escuchan atentamente. De pronto resuena un cañonazo más fuerte que los otros. Después, tiros de ametralladoras, que ya no cesan hasta el final. Confusión general.*)

VOZ.—Parece que llega del río... Están muy cerca...

OTRA VOZ.—Y qué claro se oye. Como si estuviesen aquí al lado...

OTRA VOZ.—Los cosacos atacan, seguramente. ¿Habéis observado esta noche cómo disparaban los nuestros?...

VIEJA.—(*Severa, a la joven.*) ¿Ves tú? Ahora tendremos que esperar mucho más tiempo.

EL HOMBRE DE LAS PIELES.—(*Se dirige a todos y a ninguno.*) Los cosacos son gente tenaz.

OBRERO.—Nuestro Comité sabe lo que trae entre manos... Nosotros nos reímos de los cosacos... ¡Oíd cómo dispara nuestra artillería!... Uno..., dos..., tres...

OTRO OBRERO.—Los cosacos han de notar muy pronto en su pellejo la dictadura del proletariado... Que ataquen... Ya verán dónde van a parar sus cabezas...

VOZ.—¿Y si *nos* llaman para defender las posiciones?

OBRERO.—¡Entonces iremos! ¡Como un solo hombre iremos todos! ¡Y también irán las mujeres!

MUCHACHO.—(*Entusiasmado.*) Iremos todos..., por los Soviets... Donde estén los trabajadores... estoy yo también... La *cola* entera viene conmigo...

OTRA VOZ.—(*Irónica.*) ¿La *cola* entera? La mitad son enemigos...

MUCHACHO.—(*Excitado.*) ¡Mienten!... En la *cola* no hay más que obreros ¡Nosotros marchamos todos por nuestro ideal!... (*Echa su gorra al aire. En la cola se nota un movimiento de angustia, y se deshace en grupos, escuchando al trabajador, que habla apasionadamente. De la calle vienen precipitadamente soldados de la guardia roja, con caras intranquilas. Uno de ellos dice a los de la cola: «¿Qué hacéis ahí todavía?»*)

VOZ.—(*Intranquila.*) Pronto, a casa. ¿A qué esperar más?... (*Empieza a deshacerse la cola, que pronto queda reducida a muy poca gente. De pronto suena estrepitosamente el silbato largo y triste de una sirena.*)

TELÓN.

CUADRO SEGUNDO

Oyéndose el mismo largo y triste sonido de la sirena, se abre una habitación. Esta habitación tiene el aspecto de un «vivac»; todo está desordenado: las ventanas, sólo encajadas, de forma que el viento las abre y cierra. A lo lejos se oyen tiros. Riasanskaya y Miguel se visten precipitadamente. En la puerta golpean con fuerza. Riasanskaya corre, la abre y da paso a Arika.

ARIKA.—(*En gran excitación.*) Madrecita, Natalia Ivanofna... ¡Alarma! Yo regreso ahora de acechar... ¿Oye usted el bombardeo? Dicen que los cosacos quieren entrar en la ciudad... ¿Qué ocurrirá?

RIASANSKAYA.—(*Tranquilizador.*) Nosotros lo sabemos ya, Arika; el Comité acaba de... No tengas miedo...

MIGUEL.—Y oye, mientras nosotros nos arreglamos, prepáranos algo de almorzar.

ARIKA.—(*Preocupada.*) En seguida, queridos, en seguida... ¿No mandarán a los soldados a ocupar nuevas posiciones?

RIASANSKAYA.—(*Cariñosamente.*) A tu Nikita no lo mandarán. ¡Pero, pronto, pronto, el almuerzo! (*Arika sale.*)

MIGUEL.—Ahora nos mandarán seguramente a todos. (*Coge una palangana y se lava, tirando después el agua por la ventana. Se seca con un extremo de la toalla, al*

mismo tiempo que Riasanskaya se seca con el otro. Hablan acaloradamente.) Oye, los cosacos han roto el frente en el río... Ahora tienen libre el camino para llegar a la ciudad.

RIASANSKAYA.—¿Cómo ha podido pasar eso?... Nosotros teníamos centinelas en todas partes, en todas partes reflectores...

MIGUEL.—¿Que cómo ha podido pasar? Por el cansancio horrible de los guardias rojos. ¡Llevan dos meses en el frente! ¡Sin un relevo! Ese general Lutkousky no nos deja un segundo tranquilos.

RIASANSKAYA.—Seguramente que también se les da mal de comer a nuestros soldados. Ayer, un niño de nuestro asilo trajo de su casa el desayuno. Yo le pregunté: «¿De dónde traes eso?» Y me respondió: «Mi padre vino de las trincheras y me lo dió...» Su padre había llegado de las avanzadas muerto de cansancio, después de una noche sin dormir, y se había arrojado encima de la cama, con las botas, sin desnudarse... ¿Y en qué consistía el desayuno? Pan duro, medio arenque y un pedazo de pepino.

ARIKA.—(*Trae el desayuno, compuesto de té, rajas de pan y dos terrones de azúcar; lo pone en la mesa.*) Aquí, palomitos míos, tengo para vosotros algo bueno que he podido escamotear. (*Saca del bolsillo un papel, en el que, con mucho cuidado, está envuelto un pedacito de manteca.*) Que os siente bien. Hoy tendréis que sudar un poco. (*Sale.*)

RIASANSKAYA.—(*Preocupado, mientras desayuna.*) Ahora serán precisos grandes sacrificios... Habrá que levantar en el pueblo nuevos entusiasmos.

MIGUEL.—Y esto no será fácil.

RIASANSKAYA.—Sí, cierto. (*Con gran decisión.*) Pero

nosotros debemos librar al pueblo de las grandes penas... Recogeremos a todos los niños, sin distinción, en nuestro asilo. Pasarán la noche también con nosotros... Controlaremos otra vez a la burguesía los víveres de que dispone. Debemos cuidar de ellos para el caso de un sitio...

MIGUEL.—(*Solícito.*) Sí, pero se debe tratar con dureza a la burguesía... Se la debe encerrar en mazmorras... Debe sentir la mano fuerte...

RIASANSKAYA.—(*Se estremece, le mira y mueve a un lado y otro la cabeza.*) ¿Qué forma de hablar es esa, camarada? ¡En mazmorras!... ¿Cómo dices tal cosa?

MIGUEL.—¿Y por qué no? ¿No tenemos derecho para hacerlo? No es por nosotros, sino por la clase trabajadora... Nuestras manos están limpias...

RIASANSKAYA.—(*En gran excitación.*) Tú y yo, querido, no tenemos ningún derecho, sólo deberes, con la clase trabajadora... ¿Qué hablas siempre de tus manos limpias?... Nosotros mismos debemos limpiar entre nosotros... (*Va, excitado, de un lado a otro de la habitación.*) Yo temo que tengamos que amotinarnos contra él... El Viejo nos hunde cada vez más en el cieno. (*La ventana es abierta violentamente por el viento. La ráfaga hace caer de encima de la mesa algunas cosas, entre ellas un pequeño elefante, que se rompe. Riasanskaya palidece, se arrodilla y recoge del suelo los pedazos.*)

MIGUEL.—(*Asustado.*) ¿Qué te ocurre, Natascha?

RIASANSKAYA.—(*Levantándose, susurra.*) Mala señal... para el amor... (*Corre hacia Miguel y le abraza temblando.*) Temo por ti. (*Le mira en los ojos.*) Yo no podré soportarlo... Si tú no eres leal...

MIGUEL.—(*Asustado.*) ¿Y tú, no temes por ti mismo?

RIASANSKAYA.—Yo no puedo ser traidor. Mi vida entera está en mi lealtad para ti y para los hombres. En

esa lealtad está encerrado todo... El socialismo... y la revolución... y tú... Y los niños de mi asilo... (*Abrazados se acercan a la ventana.*)

MIGUEL.—(*Con vivacidad.*) Allí viene, corriendo, Irina... Siempre vestida de negro..., grave como una monja... No conoce seguramente el amor por la revolución.

RIASANSKAYA.—(*Riendo.*) ¿Que Irina no conoce...? Más que nosotros dos... Yo observo muchas veces el anhelo que hay en sus ojos, la llama que se enciende en ella... Pero creo que teme el amor personal... Si éste entrase en su corazón y lo invadiese, sería este amor tan abrasador para ella como lo es ahora el amor por el pueblo.

ARIKA.—(*Entra con sonrisa fingida.*) Nikita ha llegado..., les busca... Deben ustedes partir en seguida...

RIASANSKAYA.—(*Se pasa la mano por la frente; después.*) ¿Quieres mucho a tu Nikita, Ariunka? (*Arika la besa en los hombros. En la puerta aparece, en traje de campaña, Nikita.*)

MIGUEL.—(*Vistiéndose rápidamente.*) Ya vamos...

TELÓN.

CUADRO TERCERO

Sala de conferencias en el último piso de la torre de la fortaleza. Esta habitación tiene el sello militar, pero está decorada con emblemas revolucionarios.

Una ventana estrecha en forma de nicho; suelo de piedra; todo estrecho.

El techo, muy alto. En un rincón, un montón de fusiles; en una de las puertas, una ametralladora; las paredes, cubiertas de tela encarnada.

En los dinteles hacen centinela guardias rojos, entre ellos Nikita. Por dos puertas entran, despacio, los miembros del Comité revolucionario, en animada conversación. Mientras se dirigen a sus sitios, se abre, en el fondo, una pequeña puerta de hierro, que conduce a las habitaciones particulares de Monátkof, el cual aparece en el umbral, llevando en la cabeza una gorra de sport, puesta con descuido. Cogido de su brazo, entra Zuckerman.

MONÁTKOF.—(*En voz baja, preocupado, arrugando la frente.*) ¿Comprendes? Aun no ha ocurrido nada..., pero todo es posible... Por lo tanto, hay que observarlos...

ZUCKERMAN.—(*Estremeciéndose, mirándole.*) ¿A todos? ¿También a éstos?

MONÁTKOF.—Sí, debemos observarlos a todos. (*Le da unos golpecitos en la espalda, sonriendo.*) ¡No te asombres, Boris! Así se hizo en todas las revoluciones. A los «camaradas» hay que someterlos a una vigilancia espe-

cial. ¡Quién sabe si ellos no nos vigilan ya a nosotros! Y si no lo hacen, son unos majaderos. Pero esto no debe notarlo nadie. ¡Habría escándalos!... Por ahora puedes marcharte; tenemos sesión. (*Zuckerman se cala la gorra y marcha a través de la sala, saliendo por una puerta lateral. Monátkof se encamina a la mesa, saludando levemente a los otros. Con especial atención saluda a Irina, estrechándole la mano. Mientras anda, dice rápidamente a Miguel: «Después de la sesión, debo hablar con usted.» Todos toman asiento, sin guardar forma alguna; unos lo hacen en los ángulos de las mesas; otros, en las ventanas; algunos permanecen apoyados en la pared. En la sala están: Irina, Riasanskaya, Miguel, Innokenti, Blisaschvili, Onufvief y otros. Al lado de Monátkof se sienta una secretaria. Las puertas se cierran.*)

MONÁTKOF.—(*Sentado a la mesa.*) Camaradas: no necesito deciros nada sobre la importancia de este momento... Seguramente lo sabréis todo. Esta noche, al amanecer, han roto nuestro frente los cosacos. Forzaron el río; nuestras avanzadas lo notaron cuando ya era demasiado tarde... Camarada Onufvief, le suplicamos nos informe de lo ocurrido.

ONUFVIEF.—(*Se levanta sin ocultar su disgusto; habla titubeando, con voz áspera.*) Camaradas..., voy a informaros seguidamente de...

MONÁTKOF.—(*Interrumpiendo.*) Espera, Onufvief; todos tenemos poco tiempo; procura ser concreto y rápido en tus informes.

ONUFVIEF.—(*Como antes, cortado.*) Poco tengo que decir... Las cosas claras... Llevamos ya dos meses rechazando a los cosacos... y... y nuestra gente, rendida al fin por tanta fatiga, se ha dejado sorprender... El enemigo estaba al otro lado del río... y... y ahora lo ha atravesado...

SÚSEF.—(*Con voz potente.*) ¿Cómo es posible que nuestro heroico proletariado haya permitido esto? ¿Quién iba a imaginarse que en las avanzadas no se observara la más severa y estrecha vigilancia?

ONUFVIEF.—(*Malhumorado.*) ¡Nuestro heroico proletariado ha cumplido con su deber!... Las cosas claras... Pero contra la naturaleza no se puede luchar... La gente llevaba días y días sin desnudarse..., sin tener un momento de tranquilidad... ¡Vosotros podéis hablar muy bien desde aquí!... Nuestros espías habían dicho que en las filas enemigas no reinaba la concordia..., que los disidentes no querían ayudar más tiempo a los cosacos... Entre los disidentes hay también muchos aldeanos activos... y... nosotros creímos entonces que no atacarían tan pronto... Y siendo así, ¿por qué no habíamos de dejar a nuestra gente que fuese unos días a sus casas?... Y después de meditar y meditar..., ¡las cosas claras!..., resolvimos dar permisos..., y enviamos a sus casas a una tercera parte de nuestros soldados. (*Silencio angustioso.*) Y... y aquellos pillos..., cuando lo notaron..., nos atacaron por la noche. Y encima, ¡con todos los diablos!, nos envolvió la niebla, sin dejarnos ver lo que sucedía a nuestro alrededor..., y así atravesaron el río.

MONÁTKOF.—(*Indignado, fuerte, hablando rápido.*) El desbarajuste nuestro, de siempre..., siempre el caos..., la falta de sistema...; si esto sigue así, estamos perdidos..., irremisiblemente perdidos... Ninguna dictadura del proletariado os ayudará... (*Se vuelve, severo, a Onufvief.*) ¿Cómo pudo usted dar permiso a los guardias rojos sin *relevarlos* antes? ¿No preparaba usted ningún relevo?

ONUFVIEF.—(*Consciente de su culpa.*) ¿De quién echar mano para los relevos..., si ellos no se presentan voluntariamente?... Las cosas, claras...

MONÁTKOF.—Entonces, debe usted presentar al Comité una proposición, pidiendo el servicio militar obligatorio.

INNOKENTI. — (*Irónico.*) ¡Siga usted discurriendo cosas!

MONÁTKOF.—(*Se vuelve rápidamente y le mira asombrado.*) Mirad qué enseñanza: entre los disidentes hay muchos aldeanos activos... ha dicho usted... ¿Pero habéis examinado vosotros, marxistas escrupulosos, la variedad de elementos sociales que hay entre los disidentes y los cosacos? También esto lo exige la estrategia del proletariado.

SOSSE.—(*Acalorado.*) Nuestro departamento de cultura ha nombrado hace tiempo una Comisión para estudiar el estado social de la población comarcana. Este estudio será muy útil.

MONÁTKOF.—¡Ya veremos todos vuestros estudios!; pero esta incuria actual, este pequeño desbarajuste ciudadano nos exterminará... Se les debía llevar ante los Tribunales.

KOSTOLOMSKY. — (*Moviéndose en su silla, sin poder dominar su irritación.*) ¿Existe ese desbarajuste sólo en el frente? ¿No ocurre algo muy parecido con nuestras autoridades económicas y administrativas? Hace poco empezamos a requisar los objetos de uso a nuestra burguesía... Pero ya hemos vuelto a dejarla y... ¡claro! aquello se...

BLISOSCHVILI.—(*Muy serio, con voz velada.*) ¿No se ha hablado bastante ya sobre las causas? ¿No es mejor pasar a discutir las consecuencias finales? Debemos tratar ahora del plan de la nueva defensa, camarada Monátkof.

MONÁTKOF.—Cierto, pero, ante todo, oigamos los pla

nes del Estado Mayor. (*Zuckerman entra, sin hacer ruido. Se acerca a Monátkof y le susurra algo al oído, al mismo tiempo que le entrega algunos telegramas; después se sienta en un extremo de la mesa, apoyando la cabeza en el puño, de modo que éste tome la forma de un revólver.*)

MIGUEL.—(*Empuja a Innokenti y le dice, indicando a Zuckerman*) Mira: no puede pasar sin revólver; hasta lo apoya en su misma sien.

MONÁTKOF.—(*A Onufvief.*) ¿Qué planes tiene el Estado Mayor? (*Mientras Onufvief habla, Monátkof hace un rollo con los telegramas.*)

ONUFVIEF.—El Estado Mayor tiene dos planes... Uno, sostenerse aquí y defender la plaza a sangre y fuego. Los cosacos se fortifican ahora en sus nuevas posiciones... ¡Las cosas, claras!... No tienen ya ningún gran obstáculo para llegar a la fortaleza; sólo tienen que atravesar los arrabales..., y esa es nuestra desgracia: que los arrabales están poblad!simos. Pequeños ciudadanos..., pescadores... y el diablo sabrá quién más... Por esos arrabales se filtran los cosacos... y con ello basta... En vista de lo cual, propone nuestro Estado Mayor llevar nuestra línea de ataque y defensa a esos lugares... Pero ¿qué hacemos con sus habitantes?...

MONÁTKOF.—¿Y cuál es vuestro segundo plan?

ONUFVIEF.—¿El segundo?... Abandonar la fortaleza sin disparar un tiro...

VOCES.—(*Irritadas.*) ¿Cómo?... ¿Qué?...

ONUFVIEF.—Sí... sí. ¿Por qué os irritáis de esa manera?... ¿Qué es la fortaleza? ¡Piedras, y nada más que piedras!... Y el proletario necesita camino libre... y basta... Nosotros sacaremos de la fortaleza la artillería y las mejores formaciones..., fortificaremos las alturas y dos

de ellas bombardearemos al enemigo con lo que podamos... Con esto nos quitamos también de encima el tener que surtir de víveres a la población... Pesa ya demasiado sobre nuestros hombros el tener que mantener a tanto pequeño ciudadano...

VOCES.—¿Y... qué más?...

ONUFVIEF.—¿Cómo... y qué más?... Las cosas, claras. Aguantaremos hasta que nos lleguen socorros del Norte... Allí tampoco es una broma... lo sé; pero, al fin, lograrán romper el cerco... y vendrán en nuestra ayuda.

IRINA.—(*Volviéndose hacia él y con severidad.*) ¿Y qué piensa usted sobre este asunto?

ONUFVIEF. — Yo..., yo me inclino hacia el segundo plan...

IRINA.—(*A Monáikof con decisión.*) Prométame usted, deme su palabra..., de que la *fortaleza no se abandonará a ningún precio*... Yo pido que una proposición semejante... no se ponga a discusión siquiera... Si nosotros empezamos a retroceder, es un triunfo para la contrarrevolución del mundo entero. (*A Onufvief.*) ¿No se avergüenza usted de presentar tales proposiciones?... Aquí, en esta fortaleza, donde hemos vivido y luchado juntos con el pueblo, hemos de defendernos y combatir hasta lo último... ¿Queréis entregar vilmente a esa horda carnicera la mitad de esta indefensa población?

MONÁIKOF.—Yo soy de la misma opinión... Aquí, en este río, está ahora la línea divisoria entre el Estado proletario y el capitalismo mundial... Cada derrota nuestra —y el abandono de la fortaleza en estas condiciones es una derrota—repercutirá desagradablemente en todo el frente del mundo... Según un telegrama que acabo de recibir y que dice: «Mantenéos firmes todo el tiempo que podáis», no debemos contar con una ayuda inmediata

de los del Norte. Si nosotros nos sostenemos aquí ayudaremos también a ellos.

KOSTOLOMSKY.—(*De nuevo, en calenturienta irritación.*) Diga usted, camarada Onufvief, ¿por qué le irritan tanto los arrabales?... Si vosotros debéis fortificarlos, nosotros retiraremos de ellos a la población tranquilamente..., y con esto basta, como usted acostumbra a decir... En el término de doce horas habré sacado yo de allí al último hombre... Los repartiremos, alojándolos en la ciudad, o los alojaremos en barracones..., con doble vigilancia y custodiados por los obreros. (*Hablan todos.*)

BLISOSCHVILI.—(*A Miguel e Innokenti.*) Habrá que hacerlo así. Naturalmente, no en la forma que él propone a gritos, «con doble vigilancia y custodiados por los obreros»...; pero los arrabales deben ser desalojados.

INNOKENTI.—(*A Miguel y Blisoschvili.*) Ante todo hay que sacar de allí a los niños y llevarlos a otra parte... Será como si desaguases un río... Los pececillos quedan en seco.

MONÁTKOF.—(*Toca la campanilla.*) Camaradas... Creo que todos nosotros debemos reflexionar detenidamente sobre el nuevo plan de defensa... Ninguno de los dos satisfactorios. Bueno..., nosotros nos defenderemos..., sacrificaremos cientos y cientos de vidas proletarias... Será justo... ¿Pero han de seguir ocultándose traidores entre los obreros? Sí, sí..., ¡traidores! ¿Creéis que el general Lutkonsky no sabía por los traidores lo que ocurría entre nosotros?... ¡Debemos empezar el ataque con algo..., con algo completamente inesperado..., con algo que los coja de sorpresa...

BLISOSCHVILI.—Sí... ¿Pero con qué?...

MONÁTKOF.—Hay que reflexionar. (*Se ríe y cambia una mirada rápida con Zuckermann.*)

BLISOSCHVILI.—(*Sombrío, a Innokenti.*) ¿Qué se propone nuevamente?

MONÁTKOF.—Bueno; pasemos a otra pregunta... Debemos saber de cuántos hombres disponemos... ¿Cuántos son, camarada Onufvief?

ONUFVIEF.—Contando bien... y separando a los inútiles... son... aproximadamente... unos mil hombres... buenos todos...

MONÁTKOF.—¡Entonces presento la proposición para que se implante el servicio obligatorio! (*Movimiento general.*)

ONUFVIEF.—(*Entusiasmado, sin poder dominarse.*) Las cosas, claras... Ya debía haberse implantado hace mucho tiempo... (*Nikita, que está de centinela en la puerta, golpea, como involuntariamente, con la culata del fusil en el suelo. Todos le miran.*)

INNOKENTI.—(*Se levanta tan excitado, que la silla cruge y cae al suelo... Se acerca a la ventana.*) ¡Pido la palabra! Os declaro desde ahora mismo que todos nosotros nos pronunciamos en contra del servicio militar obligatorio. (*Blisoschvili, Irina, Miguel y los otros asienten con la cabeza.*) Nosotros hacemos la guerra civil como *guardias rojos, como voluntarios*... ¡No puede haber ningún servicio obligatorio para los *guardias rojos*!

ONUFVIEF.—¿Entonces, qué?...

INNOKENTI.—(*Tiembla de excitación.*) ¿Habéis olvidado que combatimos, no porque sí, sino por imperativo de nuestra conciencia? ¡Vosotros no podréis obligarme a mí, viejo pescador, a que marche detrás de los tambores a derramar mi sangre, mientras yo no lo sienta de corazón!... ¿Queréis organizar otra vez un ejército zarista?

MONÁTKOF.—(*Irónico.*) ¿Y crees tú, camarada Innokenti, que la conciencia habla en todos los trabajadores?... Y si ellos no comprenden los intereses de su clase, ¿qué ocurrirá, vamos a ver?

INNOKENTI.—¿Y crees tú que en nuestra clase no queda ningún hombre ya? ¿Cuál es, en definitiva, vuestro pensamiento? ¿Creéis que es agradable matar a un hombre? (*Cerrando el puño con rabia.*) ¡Aunque fuese un burgués, tres veces maldito! Tú mismo, camarada Monátkof, ¿has probado ya lo que es matar a un hombre? (*Movimiento general. Excitación y apasionamiento en todos a medida que habla.*) Pero si has cerrado los ojos... y te has decidido a matar..., entonces ofrece tu alma al pueblo obrero..., entonces..., entonces alístate en la guardia roja y lucha lealmente... La guardia roja tendrá un héroe y triunfará...

MONÁTKOF.—(*Con la misma ironía.*) ¿No has oído la situación en que se encuentra la fortaleza? ¿Podemos defenderla sin hombres?...

IRINA.—(*Se levanta; habla con creciente entusiasmo.*) Pero tú sabes bien, camarada Monátkof, que nosotros no hemos agotado aún nuestras reservas... Escarbad ahora en lo hondo, y veréis cuánto heroísmo, cuánta fe encontráis aún... Esta es la reserva en oro de la revolución... Pero hay que acercarse a ellos con cuidado, con amor, y nosotros no lo sabemos hacer aún. Nuestros comisarios y subcomisarios se mueven demasiado en torno a cosas superfluas, se hacen demasiado visibles en las sesiones... Todos nosotros debíamos estar en las trincheras, en las avanzadas... ¿Son pocos los que están allí por nosotros?

BLISOSCHVILI.—Nosotros mismos presentaremos tres batallones con gente de nuestro partido... Iremos a conferenciar con los pescadores..., los enviaremos camaradas

autorizados por nosotros... Los mineros presentarán también algún batallón.

IRINA.—Sí..., y entonces nos preocuparemos de organizar mejor nuestra administración... Las raciones han de ser mejores, especialmente para los niños...

KOSTOLOMSKY.—(*Radiante.*) Lo conseguiremos... La burguesía ha acaparado una gran cantidad de víveres desde hace tiempo... Se los quitaremos todos..., todos...

IRINA.—(*Volviéndose hacia él.*) No depende de eso. Debemos despertar otra vez el entusiasmo en los trabajadores, alentar el espíritu de sacrificio, para que se sientan hermanos aquí en la fortaleza... Si logramos hacernos dueños de la multitud, ella misma iluminará al mundo con esa llama.

BJASOSCHVILI.—(*Interrumpiendo.*) Por medio de esa llama aniquilaremos también la contrarrevolución... También allí hay trabajadores.

MONÁTKOF.—Veremos... Tal vez salgamos momentáneamente de apuros con voluntarios. (*Todos escuchan. El escándalo producido por una multitud, a distancia, se va acercando poco a poco. Las voces se oyen ya en la puerta. Los centinelas se apartan y varios guardias rojos y trabajadores entran en escena.*)

VOCES.—¡Camaradas! Lobátkof está prisionero... Hemos cogido prisionero al capitán Lobátkof... (*Gran excitación en la sala. Algunos se levantan de sus sitios y corren hacia la ventana.*)

VOCES.—Palabra de honor... Está en la plaza..., y con su hijita... En gran uniforme de gala...

MONÁTKOF.—Silencio... Tranquilizaos... Camaradas... Sabemos lo que hay que hacer.

VOCES.—Los muchachos han hecho ya con él algunas de las suyas... ¿Lo subimos aquí, a la sala de sesiones?

MONÁTKOF.—No... ¿Para qué? Nosotros tenemos que atender otras cosas. Se lo entregaremos al tribunal revolucionario.

KOSTOLOMSKY.—(*Retirándose de la ventana.*) La gente está muy excitada. La guardia apenas puede proteger y amparar al capitán... Debemos nombrar ahora mismo un tribunal...

MONÁTKOF.—Bien... Tres hombres... Un presidente y dos obreros. Súsef, ¿quiere usted aceptar las funciones de presidente?

SÚSEF.—(*Halagado.*) Con mucho gusto... Llevaremos este proceso con toda ejemplaridad y ante esta muchedumbre que clama justicia... Vosotros debéis tomar parte en la sentencia.

MONÁTKOF.—Los otros dos jueces y el acusador los nombrarás tú también, ¿verdad?

SÚSEF.—(*Como antes.*) Bueno... Una pregunta aún: ¿Qué castigo imponemos al capitán?

MONÁTKOF.—(*Astutamente.*) Eso lo decidiréis vosotros... Según convenga...

BLISOSCHVILI.—(*Con voz alterada.*) Camarada Monátkof, tú les sugieres la pena de muerte. (*Monátkof sonríe.*) Hace poco propusiste el servicio obligatorio... Ahora la pena de muerte... ¡Hermoso socialismo! (*Cada vez más excitado.*) La pena de muerte fué abolida por los Soviets... Para todos y para siempre... Quien la implante de nuevo prepara la contrarrevolución. Exijo que se ponga inmediatamente a discusión el tema.

KOSTOLOMSKY.—¿Qué propones entonces?

BLISOSCHVILI.—Que el tribunal se rija absolutamente por nuestras leyes fundamentales y no por otra cosa.

KOSTOLOMSKY.—¿Y si el tribunal decreta la pena de muerte?

BLISOSCHVILI.—(*Con voz acerada.*) ¡Entonces esos jueces serán entregados al tribunal revolucionario!

MONÁTKOF.—¿Veis?... Hace un momento decíais que había que despertar el entusiasmo en las masas..., y ahora lo impedís vosotros mismos. (*Indignado.*) ¿Y qué ocurrió en las otras revoluciones? Nombradme una siquiera en la que el pueblo no diese buena cuenta de sus verdugos.

INNOKEUTI.—(*Excitado.*) ¡Quién sabe!... Quizá entonces lo hiciese el pueblo... Pero ahora eres tú quien lo excita a ello.

MONÁTKOF.—El tribunal que ha de juzgarle se reunirá en la plaza... Allí se verá cuáles son los sentimientos de la multitud.

BLISOSCHVILI.—(*Golpea con el puño en la mesa.*) ¡Al diablo con vuestra multitud y con vuestras masas!... También yo soy de las masas... (*Indicando a un grupo de guardias rojos que llegan de la calle.*), y esos también son de las masas... Y por eso ¿debo arrodillarme ante ellos?... ¿Serán tan cobardes que caigan ciento contra uno? Combatid en las barricadas, pero no hagáis el papel de verdugos. (*Tranquilo.*) Estoy conforme en que sea Súsef presidente del tribunal... si mantiene las leyes de la revolución.

IRINA.—¿Quién será el acusador?

BLISOSCHVILI.—¡Tú debes serlo! Propongo que la camarada Irina sea nombrada acusadora. (*Monátkof mira interrogando, a sus adeptos.*)

MONÁTKOF.—¿Aceptas, camarada Irina?

IRINA.—(*Después de dudar un momento.*) Bueno.

MONÁTKOF.—(*A los guardias rojos, que están en la puerta.*) Camaradas, podéis salir. Comunicad abajo que dentro de dos horas se constituirá el tribunal de la clase

trabajadora para juzgar al señor de las charreteras doradas, al agente de la nobleza y del capitalismo, al capitán Lobátkof. (*Los guardias salen.*) Veamos lo que las masas dicen de este cosaco. Y levantemos la sesión hasta mañana; si es precisa una sesión extraordinaria, volvamos a reunirnos esta noche. (*Los miembros del Comité empiezan a salir lentamente. Monátkof se queda con la secretaria. Miguel permanece en pie, asomado a la ventana.*)

ONUFVIEF.—(*Se dirige a la puerta donde está Nikita de centinela, y al ir a salir le dice en tono militar.*) ¿Por qué no me saludas? Soy tu superior.

NIKITA.—(*Coloca el fusil en el suelo y le mira con rabia.*) Excelentísimo señor... (*En este momento entra Irina.*)

IRINA.—¿No te da vergüenza, Onufvief?

ONUFVIEF.—(*Dominándose.*) ¿Y la disciplina? Sin disciplina no hay ejército.

IRINA.—(*Le da unos golpecitos en los hombros, con ironía.*) Aún no tienes charreteras...

TELÓN.

CUADRO CUARTO

La misma habitación. Monátkof cruza rápido la escena de un lado a otro, con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada; de vez en cuando mira de reojo a Miguel. Miguel se acerca a la mesa y se le encara interrogando.

MONÁTKOF.—(*Se detiene de pronto.*) Siéntate, camarada Miguel. Tenemos que hablar de un asunto que es de suma importancia para el ideal... y para ti. (*La puerta que conduce a las habitaciones de Monátkof se abre y aparece su mujer; al mismo tiempo entra un perrito juguetón, que se echa a sus pies.*)

LA MUJER.—¡A la mesa, que es hora!... Ya sabes... lo mucho que tienes que hacer después...

MONÁTKOF.—(*Despidiéndola.*) Ahora no puedo, Olga; tengo que arreglar todavía un asunto. (*Acaricia al perro y lo lleva hasta la puerta.*) ¿Qué dices tú de todo esto?

MIGUEL.—¿De qué?

MONÁTKOF.—(*Severo.*) Acabas de oír ahora mismo lo que piensan tus camaradas sobre el castigo que ha de imponerse al capitán... Así, con toda energía... y dejándonos en el aire... Nunca pude pensar que tú también pactases con ellos.

MIGUEL.—(*Pacífico.*) Yo...

MONÁTKOF.—Sí..., pero ¡qué pacto! Porque tú figuras aún como revolucionario... No quise hablar nada de esto

en la sesión.... pero ahora quiero decírtelo a ti... Si se introducen en ellos esos sentimientos, toda la revolución amenaza hundirse. (*Miguel calla y le mira.*) Y en eso estamos ya. (*Mientras habla va de un lado a otro de la habitación, con las manos en los bolsillos.*) La revolución del proletariado en Rusia empezó por una serie de motivos históricos. Pero Rusia es un país agrario. Nosotros seríamos idiotas, más que idiotas, si hubiésemos supuesto un solo instante que en un país así podía mantenerse firme una revolución obrera. (*Miguel quiere responder.*) Perdón..., sé que tú piensas de otro modo; pero tampoco yo puedo pensar de otra manera... Es necesario que la ayuda del proletariado mundial llegue a nosotros por el camino más rápido... Para ello urge que nosotros aquí, y a todo trance, venzamos a los nobles..., a los generales..., a los fabricantes..., a los banqueros..., a los especuladores, etcétera, etcétera. Cuanto más pronto y más decisivamente acabemos aquí con ellos, más pronto y más enérgicamente se desencadenarán las fuerzas revolucionarias en el Oeste.

MIGUEL.—Naturalmente... ¿Quién niega eso?

MONÁTKOF.—Tú. Tú y tus camaradas... En Rusia se está llevando a cabo una revolución como no se recuerda otra en la historia. Naturalmente, ha despertado en el mundo entero un odio a muerte... ¿Y qué... qué es necesario para la victoria definitiva? ¿Qué debe hacerse para que no se repita una ruptura vergonzosa del frente, como la de ahora? Es necesario la voluntad concentrada del proletariado, su puño de hierro... ¿Y dónde están ahora ni el puño ni la voluntad?

MIGUEL.—(*Ligeramente encolerizado.*) Entonces, ¿no poseemos *nosotros* una voluntad decisiva? ¿Desertan nuestros camaradas? ¿No se sacrifican acaso?

MONÁTKOF.—Sí; esa es precisamente la cuestión: que no se asustan de ningún sacrificio... ni de los más grandes... Cada uno de vosotros respeta, tiene en mucho su pureza revolucionaria..., cuando no se debía respetar la propia pureza, sino realizar los problemas objetivos de la revolución. Esto lo exige de nosotros el desenvolvimiento histórico. Y yo debo decirte sencillamente, camarada Miguel, porque contigo tengo confianza, que veo, que presiento choques entre nosotros, pero no choques de opinión, como es corriente... En todas las guerras civiles se transformaron con facilidad estos choques (*Miguel escucha emocionado.*) en francas batallas. (*Miguel se estremece y se levanta.*) Sí..., sí, en francas batallas. Y si empieza una lucha así (*Con energía.*), es natural que vosotros, si no sois tontos, intentéis descartarnos, o que nosotros intentemos... quitaros de en medio... Ya ves la confianza que tengo contigo... Pongo las cartas boca arriba.

MIGUEL.—(*Indignado.*) ¿Qué táctica de destrucción recíproca es esa?... ¿No pueden dos o más riachuelos correr uno al lado del otro en una revolución?

MONÁTKOF.—En la forma como hasta aquí, no; evidentemente, no. La dictadura no puede permitirse mucho tiempo este lujo... Después, cuando el triunfo de la clase trabajadora haya sido definitivo..., todo lo que tú quieras... Pero ahora..., imposible... (*Anda de un lado a otro con manifiesta nerviosidad. Se acerca a Miguel.*) Alguno debe intervenir en esta lucha que se aproxima... Ha de ser alguien que esté en ambos campos al mismo tiempo...

MIGUEL.—Habla de ello con Irina, con Blisoschvili...

MONÁTKOF.—Imposible... Esos son fanáticos. No lo comprenderían. (*Acerca su rostro muy despacio al de Miguel y le mira fijamente en los ojos.*) Creo que esa persona... podías ser tú. (*Miguel se separa espantado. Mo-*

náthof continúa en el mismo tono.) ¿También sales ahora con tu fidelidad a los principios?... Precisamente esa fidelidad exige una resolución enérgica..., y tú huyes cobardemente la responsabilidad. (*Va de un lado a otro con las manos en los bolsillos, como si hablase consigo mismo.*) ¡Quién sabe!... La historia te encomienda ahora un papel importante y tú tienes miedo... ¿Qué eres ahora en tu partido? ¿Qué papel representas allí? Un dúo entre la caballerosidad de principios y la pureza... (*Cara a cara.*) Aquí se te ofrece de antemano un papel extraordinario, excepcional. Se te abre un ancho campo..., noción independiente..., grandes influencias.

MIGUEL.—(*En voz muy baja.*) ¿Por qué crees que precisamente yo...?

MONÁTKOF.—(*Detrás de él, golpeándole cariñosamente en un hombro.*) Porque para un papel así es necesario *fuerza...*, *fuerza...* y capacidad para dominarse y dominar a otros... «Los fuertes dominan el mundo»..., y donde hay fuerza hay también poder. (*Pausa larga. Monátkof se seca el sudor de la frente.*)

MIGUEL.—¿Me propones que ingrese en tu partido?

MONÁTKOF.—(*Rápido.*) ¿Para qué? Continúa tranquilamente en el tuyo. Tu misión histórica podrá realizarse mejor así. Sólo nosotros dos—tú y yo—cambiaremos nuestras impresiones... No hables de eslo con nadie... Ni uno sólo te entendería... Tampoco se lo digas a Natalia Ivanofna... Podría llevárselo todo la trampa. (*Silencio.*)

MIGUEL.—Lo pensaré.

MONÁTKOF.—(*Le tiende la mano sonriente.*) No lo demores... Ahora tiene que resolverse todo rápidamente. (*Va hacia él y se inclina respetuoso.*)

TELÓN.

CUADRO QUINTO

Plaza al pie de la fortaleza. Un sol velado cae sobre una compacta muchedumbre, cuya mayor parte parece venir del trabajo. Obreros con sus blusas, pescadores con sus capotes de agua, guardias rojos, marineros, mujeres envueltas en sus mantones, golfos y algunas personas de las que formaban la cola, como el muchacho alegre y el viejo. La policía custodia la plaza.

Arrimada a la pared aparece la mesa del tribunal revolucionario. Detrás de ella, una bandera roja. Ante la mesa se sienta Súsef, como presidente, y a su lado los dos jueces. Algo distante de éstos se sienta Irina, y en un extremo, el secretario. A un lado, y muy vigilado, está el capitán Lobatkof, sin charreteras. Su uniforme, medio desgarrado. Su actitud, digna; pero el gesto, sombrío. El proceso se acerca al fin. Han declarado ya los testigos. En todos los rostros se observa una gran emoción.

SÚSEF.—(*Con voz fuerte y sonora.*) Ha terminado la revisión. El tribunal revolucionario concederá inmediatamente la palabra a la acusación. (*Volviéndose hacia Irina.*) El acusador, la camarada Irina, interpretará como nadie el sentimiento de indignación y de cólera que se ha apoderado de todos nosotros a la vista del capitán Lobátkof. Pero antes de concederle la palabra, creo necesario bosquejar, a grandes rasgos, el resultado de la revisión. (*Se vuelve con animación creciente hacia el pueblo.*) Ca-

maradas trabajadores, guardias rojos y marineros. Hoy nos hemos reunido para juzgar al enemigo del pueblo, al guardia blanco, al *ilustre* representante de los nobles y de los generales...; pero no es éste sólo un proceso contra el capitán Lobátkof, no.

En este día de justicia—al lado vuestro y con vosotros a nuestro lado—acabamos de enterrar a toda la burguesía del mundo, a todos sus satélites, parásitos y aliados secretos. Todo el mundo capitalista sigue, por esta causa, con emoción y espanto la justicia del pueblo, encarnada en la roja enseña del proletariado..., y el tribunal revolucionario demostrará que está a la altura de la honrosa misión que le confió la clase trabajadora. (*Coge sus lentes y los limpia.*)

Vosotros habéis oído lo que los testigos han dicho de las maldades y fechorías de estos malditos cosacos. Eran despiadados hasta lo último con el pueblo trabajador... (*De la masa salen voces de indignación*: «*¡Abajo los generales!*» «*¡Mueran los verdugos!*» «*¡Un tiro en la cabeza!*» *Los gritos se convierten en un verdadero escándalo.*) ¿Y por qué lo hizo el capitán Lobátkof? Porque él, con toda su banda, ejecutaba las órdenes recibidas de las potencias extranjeras: Inglaterra, Francia, América... Este oficial *ruso*, este patriota, que pretende luchar por la «madrecita Rusia», no es, en verdad, otra cosa que el *dependiente* de la Entente..., el dependiente del capitalismo mundial. (*El escándalo arrecia; se oyen gritos*: «*¡Dependientes! ¡Esclaros de la Entente!*»)

¡Ahora defienden con encono y saña los privilegios de su clase..., sus bancos..., sus posesiones..., sus fábricas!... Y, por último, este capitán Lobátkof, de los ejércitos del zar, amparándose en el traje de un pacífico ciudadano, entró en nuestra fortaleza para hacer es

bajo de mina. (*Gritos de la muchedumbre*: «¡*Espía*! ¡*Traidor*!» *El mismo Súsef, con odio creciente.*) La dictadura del proletariado no tolerará a sus enemigos de clase... En nombre de la revolución saldará despiadadamente sus cuentas con ellos. (*Con un gesto de halago para la muchedumbre.*) Juntos con vosotros, obreros y guardias rojos, haremos zumbar en los oídos de los traidores la espada de la revolución. (*Ruido, gritos, voces. Súsef se siente, lleno de satisfacción. Coge otra vez sus lentes y los limpia.*)

IRINA.—(*Se levanta a hablar. Silencio de muerte en la plaza. Lobátkof baja la cabeza. Mientras Irina habla, se hunden más sus ojos, aumentan sus ojeras. Empieza a hablar en voz baja, que poco a poco se va haciendo más fuerte y sonora.*) ¡Camaradas: obreros y obreras! Ante nosotros está un criminal..., en el verdadero sentido de la palabra; un criminal... En toda la vida no han hecho otra cosa, este oficial Lobátkof... y otros oficiales, que insultar, escarnecer y humillar el cuerpo y el alma de los trabajadores.

No existe ninguna humillación, ninguna vileza, que no hayan sido ideadas por sus cerebros nobles contra nuestros hermanos los aldeanos, los trabajadores. El pan no era pan para ellos..., ni el vino, vino..., ni la alegría, alegría..., si no lo habían comprado con la necesidad y miseria de los pobres y atormentados aldeanos. ¿Quién no se acuerda de que fueron los cosacos quienes ahogaron en un mar de sangre la revolución popular del año mil novecientos cinco? (*Dirigiéndose al pueblo.*) ¡Decidlo vosotros mismos, trabajadores! ¿No fué así? (*Voces de la muchedumbre*: «¡*Sí, así fué*!») Y en el año mil novecientos diez y siete..., cuando empezaron a alborear las primeras señales de la aurora..., cuando todos los liberales...,

charlatanes sin conciencia..., corrieron a la guerra... ¿quién levantó otra vez el látigo y el palo contra el pueblo? Decidlo vosotros mismos, trabajadores, ¿no fueron ellos? (*Voces*: «*Sí, sí, ellos.*»)

Y ahora, cuando el obrero ha cogido el poder en la mano... *y no lo volverá a soltar más*..., ahora aletea junto al bando de cuervos y picolea y arranca a pedazos la carne del pueblo... (*Excitación grande en las masas.*) Aquí se han presentado hoy varios testigos... A mí se me paralizó la sangre en las venas... ¿Cómo es posible que la bestia pueda dominar así al hombre?... Praskowin ha dicho aquí que el capitán Lobátkof había incendiado la aldea Licholetino..., y que no pareciéndole bastante había apostado cosacos en todas las salidas de la aldea para hacer entrar a bayonetazos en la hoguera a aquellas gentes que corrían alocadas por salvarse del fuego...

¿Quién de vosotros, trabajadores, hubiese sido capaz de hacer esto?... ¡El mismo capitán Lobátkof mandó azotar a todos los habitantes de la aldea Bojanskaya! (*Su voz se entristece; se seca una lágrima. Las masas callan.*) Y para hacerlo, fueron llevados a la plaza—entre el júbilo y las carcajadas de aquella chusma de cosacos borrachos—viejos aldeanos barbudos, aldeanas y gente joven, y a plena luz del día fueron arrojados al suelo... y otra vez más zumbó y cayó sobre sus espaldas el látigo del zar. (*En la muchedumbre se nota una gran excitación.*)

¿Y qué hicieron en Tolschilino?... ¡Acordaos!... No les bastó con azotar a innumerables mineros..., con destrozar las minas y las propiedades del pueblo... Mancharon también el alma, la pureza de esta gente... Sus mujeres, viejas y jóvenes, fueron entregadas indefensas a merced

de esta turba de cosacos... (*La muchedumbre calla.*) ¿Y creéis vosotros, camaradas, que ellos lo hacen sólo por bestiales instintos, por brutal alegría? No... Por el placer de arrojar a la basura la *dignidad* de los trabajadores. ¡Eso lo necesitan! (*Crece la indignación en las gentes.*) Cientos de años fueron siervos de ellos los trabajadores. Sólo con la revolución empezaron a erguir las espaldas, a levantar la mirada hacia el cielo libre, a repartir y a trabajar el suelo de todos, como Dios manda... Esta libertad en los hombres esclavizados no podían soportarla los señores; y con la guerra y el incendio asolaron el país... (*Se oyen gritos de venganza.*) Y cuando ahora veo ante mí a ese Lobátkof, digo: Ha nacido en un imperio embrutecido y él mismo es un animal, ¡una fiera! (*Gritos de las gentes; el muchacho alegre grita con todos sus pulmones: «¡Mandadlo a los infiernos!» La atmósfera está tan caldeada y tan excitados los ánimos, que se teme un linchamiento. Irina levanta sus manos, suplicante. La gente enmudece un momento. Irina se inclina sobre la mesa.*)

¿Y ahora queréis ser vosotros aquí tan fieras como Lobátkof? (*Las gentes quedan anonadadas. Irina muestra en su rostro la cólera.*) ¿No es bastante, por tanto, que ése (*Por Lobátkof.*) haya deshonrado e inundado de sangre y lágrimas nuestro suelo?... ¿Queréis deshonrarlo también vosotros? ¿Ordenaríais a vuestro tribunal, seríais capaces de ordenarle... la muerte de Lobátkof? ¿Seríais capaces de fusilar a este hombre desarmado, aniquilado bajo el peso de sus culpas... y de su vergüenza? ¿Nosotros..., la Revolución?... ¿El pueblo?... ¿Cómo caer sobre un hombre solo? (*La muchedumbre calla, confusa. Suisef se levanta rápidamente, indignado. Quiere decirle algo a Irina, que lo rechaza. Innokenti, entusiasmado, se acerca a*

ella. Irina continúa. Su rostro se aclara.) ¿Por qué callláis..., hermanos..., hermanas? Hace poco ha dicho nuestro presidente que la burguesía mundial tiene puestos sus ojos en nosotros... Es cierto que se nos contempla, pero no la burguesía sola... También los obreros de todo el mundo fijan su vista en nosotros..., ¡y deben ver qué generoso es un pueblo obrero cuando construye una nueva vida! (*Los rostros de las gentes empiezan a perder su dureza.*) En campo abierto..., en plena batalla..., pecho contra pecho..., lucharemos hasta lo último contra ellos... Pero ahora es sólo un prisionero nuestro... (*Un grito desgarrador, de una niña, rompe el silencio. De las líneas delanteras, y pasando ante los policías, se acerca a Lobáikof y se abraza a sus piernas una muchachita de ocho años.*

Lobáikof, hondamente emocionado, la levanta en vilo. Irina lo contempla con emoción. En las masas va disminuyendo la irritación. Se oyen comentarios como éste: «Nosotros también somos personas. También llevamos la cruz a cuestas», y la voz del viejo, que dice: «¿Quién quiere cargar su alma con un pecado?» El muchacho alegre responde: «Nadie quiere cargar su alma con un pecado.» El murmullo de la masa rompe al fin en un grito de triunfo. Todos se dirigen al tribunal: «¡A la cárcel con él! ¡A la cárcel con Lobáikof!»)

IRINA.—(*Baja radiante de la tribuna y le dice a Sisel con voz alta y sonora.*) ¡Redacte usted la sentencia!...

TELÓN.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

En la noche del mismo día. A lo lejos suena un tirolco velado. Antes de levantarse el telón, se oye tocar alegremente una balalaika, acompañada de palmoteos. Gritos de gente alegre.

Al levantarse el telón, aparece la habitación del poeta Alioska, un departamento de proporciones regulares, medio improvisado, pero adornado artísticamente; en primer término hay muchachas y muchachos jóvenes. Detrás, otros invitados, entre ellos Innokenti, Blinschkili y Riasanskaya (vestidos mejor que de costumbre).

En medio de la habitación, con una camisa azul de seda y un cinturón rojo, baila y toca la balalaika Alioska, el poeta de las guedejas rubias y los ojos soñadores.

¡Ah, vivimos sólo una vida!
Al diablo lo que pueda venir después,
si las monedas suenan en la bolsa.
¡Ah, vivimos sólo una vida!
Una vez, una vez, una vez.

(*Alioska se interrumpe de pronto.*)

ALIOSKA.—Palomitas de mi corazón, amigos míos; hoy es mi cumpleaños... ¡El cumpleaños de un poeta! El sol ha derramado sobre nosotros toda su luz y todos sus rayos... Heda, luna brillante..., inúndanos con tus torrentes

de plata... ¡Nada de política se tolerará hoy..., nada de dictadura, nada del proletariado..., nada! ¡Quien hable aquí de política pagará una multa!

RIASANSKAYA.—(*Alegre.*) ¿Qué multa?

ALIOSKA.—¿Qué multa? El primero que nombre una sola vez siquiera la palabra «Política»..., tendrá que besarnos a todos... ¿Queréis?... Bueno. ¡Voy a cantaros una canción!

¡No..., no..., no!
Yo no quiero morir.
En vano giran esos pájaros sobre nosotros.
Quiero otra vez, como cuando muchacho,
sacudir la lluvia de plata de los árboles
y recogerla abajo en mis manos en forma de taza.
¿Para qué... morir?
¿Hay en nuestros corazones espacio para tal pensamiento?
Quiero hacer todo lo posible,
para divertirnos en el jardín de la vida.

(*Todos aplauden.*)

ALIOSKA.—(*A Riasanskaya.*) Y ahora, a bailar, Natascheischka... Camarada... Tus manitas... (*Ambos empiezan a bailar con gran entusiasmo un baile popular; Riasanskaya agita en su mano un pañuelo blanco.*)

BLISOSCHVILI.—(*Con voz seca.*) Con vuestro baile se me ha secado la garganta.

ALIOSKI. —¡Qué tonterías dices, Blisoschvili! La sequedad no existe entre nosotros! Alma mía, florece, llanura... (*Desaparece y vuelve con un paquete que abre sonriente. Ante el asombro de todos, aparece una botella.*

BLISOSCHVILI.—(*Dándole unos golpecitos en las espaldas.*) ¡Bravo, poeta!... A decir verdad, debíamos llevarte ante los tribunales... Pero, ¿de dónde has sacado esto? De cualquier forma, ¡bravo!

ALIOSKA.—La he recibido del Olimpo Rojo... Me la regalaron los dioses revolucionarios... «porque mi canto era hermoso». (*Escancia, gota a gota, el vino en los vasos.*) ¡Ah, lástima que Irina no esté aún con nosotros! ¿Pero vendrá ciertamente Irina?

BLISOSCHVILI.—Sí, vendrá. (*Va a la puerta. Irina entra, saludada por todos con alegría.*)

IRINA.—(*Rie, asombrada, extendiendo los brazos.*) ¿Pero qué ocurre aquí? ¿Un festín inesperado? En la calle espera la *cola* pacientemente..., se oye el tiroteo lejano..., ¡y aquí celebrando festines!

ALIOSKA.—(*Lleno de entusiasmo.*) ¡Se celebra... el cumpleaños del poeta!... Lo que será mañana de nosotros..., no lo sabemos... Y yo... os quiero mucho... Por eso os he llamado.

BLISOSCHVILI.—(*En voz baja, a Irina.*) Yo he preparado esto aquí intencionadamente..., para que hablemos sin ser observados. (*Irina se retira a un rincón, rodeada de jóvenes, y junto a ella, Riasanskaya. Alioska se le acerca con un vaso de vino, que Irina rechaza con un movimiento de cabeza.*)

RIASANSKAYA.—(*Abrazándola.*) ¡Siempre has de estar tan seria, Irinuschka!... Mira qué alegres están todos..., ¡la alegría que reina aquí!... Pero ayer, cuando triunfaste en el tribunal sobre Süsef... (*Rie de corazón.*)

ALIOSKA. —(*La coge por el cuello y la besa con pasión en la boca.*) Esta es la multa por hablar de política... Así lo habíamos convenido...

BLISOSCHVILI.—¡Cuidado, poeta! Miguel será capaz de ahogarte...

ALIOSKA.—¡Que me ahogue!... Pero, ahora, ¡bailemos todos con Irina! (*Todos forman un círculo en torno a Irina; en todas las manos se agita algo encarnado... A los*

acordes de una harmónica, *el círculo se estrecha, agitando sin cesar los paños rojos, que ondean como banderas sobre sus cabezas. En medio del círculo baila también, con dejadez, Irina. El círculo se deshace, gritando todos. Irina se sienta cansada.*)

ALIOSKA.—(*Acercándose a Irina.*) ¡Cómo te quiero!... ¡Cómo te quiero!

IRINA.—(*De buen humor.*) ¡Alioska! Recítanos tu nueva poesía.

ALIOSKA.—¡En seguida! Esta la he escrito para ti.

¿Morir? ¿*Cómo morir*?
¿Hay en los corazones lugar para esos pensamientos?
¡Sería triste para el sol, triste para la luna!
¡Triste para las acacias que se levantan ante las ventanas!
Son sólo bendiciones para los vivos:
prados, torrentes, estepas, bosques.
Yo quiero vivir, vivir, vivir,
vivir hasta el horror, hasta el martirio,
sea como ladrón, sea como criminal.
Ved sólo cómo los ratones retozan de alegría en el campo.
Oíd cómo las ranas cantan de felicidad en los charcos.
¡Por el amor de Dios! ¡Enséñame!
¡Dime! Yo lo haré todo
para alegrar a los hombres la vida.

(*Durante esta canción, que ha conmovido a todos, Blisoschvili se ha acercado a sus camaradas y sin ser observado les ha dicho algo. Tras un momento de silencio empieza de nuevo la alegría entre la gente joven, que se retira al fondo, donde reina una semiobscuridad. Innokenti Blisoschvili y los otros se reúnen en un rincón, en torno de Irina. Riasanskaya, con otros, vienen bailando desde el foro. La puerta se abre y entra Miguel. Se sienta y mira*

acobardado en torno suyo. Riasanskaya se sienta a su lado.)

BLISOSCHVILI.—Debemos tomar providencias, camarada... No sé cómo pensáis vosotros... Pero yo estoy intranquilo, especialmente después de la sesión de hoy... ¿Habéis observado cómo el viejo hablaba siempre del desbarajuste? Creo que él necesita este desbarajuste... para imponer el servicio militar obligatorio y la pena de muerte... Su gente no le opondrá mucha resistencia... Onufvief sólo sabe decir: «¡Las cosas, claras!»

INNOKEUTI.—¿Y habéis observado cómo el viejo cambiaba miradas con Zuckerman durante la sesión? ... Algo traman los dos...

IRINA.—(*Suspirando.*) Yo presiento que ellos preparan algo en la fortaleza..., pero ignoro lo que es... No puedo apartar de mi pensamiento sus palabras: «Algo inesperado, algo que les coja de sorpresa.» Les conozco en los ojos esta conjura... Entregar la fortaleza sin defenderla.

RIASANSKAYA.—(*En voz baja.*) Yo quería también desde hace mucho tiempo hablaros de mis observaciones. Mis trabajos tropiezan con una resistencia que no sé de dónde viene... ¿No es verdad, Miguel? Hace tiempo que te lo he dicho. (*Miguel se estremece.*)

BLISOSCHVILI.—(*Convincente.*) También nosotros debemos tomar nuestras providencias. La situación en la fortaleza es seria... Estos días ha de decidirse todo... El peligro nos amenaza...

INNOKEUTI.—Nosotros no hemos de abandonar una idea con la que hemos atraído al pueblo al lado nuestro... Nosotros, pescadores, hemos visto el peligro más de una vez ante nuestros ojos... cuando las olas, rompiendo sobre nuestras cabezas... Pero cuando se teme a Dios...

(*Una descarga de artillería le interrumpe.*) ¿De qué le-ner miedo?

IRINA.—(*Hablando consigo misma.*) Sólo porque el diablo se ha metido dentro de ellos..., y devora sin cesar sus almas..., ¿han de romper nuestra unión?

BLISOSCHVILI.—(*De nuevo, convincente.*) Tenemos que cambiar nuestras normas de trabajo... Debemos movilizar todas nuestras fuerzas... para, en último caso, defender la fortaleza nosotros mismos... Tenemos que repartirnos por todas partes..., en las fábricas..., en los puestos..., en los arrabales..., para prevenir a las masas...

RIASANSKAYA.—Entonces abandonaré el asilo de niños y partiré en seguida para el puerto de Gorny... Allí hay mucho que hacer... También...

BLISOSCHVILI.—Bueno... Los otros también..., para que en la sesión de mañana formemos el cuadro... Pero, camaradas, el más absoluto silencio, ¿eh?

IRINA.—Debemos preparar también a nuestros amigos para cualquier eventualidad... ¡Miguel! Acércate un... Tengo que darte algunas instrucciones. (*Miguel se acerca a ella. Irina le dice algo al oído... Los otros hablan entre ellos. Miguel es el primero que se levanta y se prepara a marchar. Riasanskaya le acompaña con su mirada. En Miguel se advierte un gran azoramiento. Los otros se levantan también, y poco a poco se van separando. Alioska, con los otros, se acerca al primer término, cantando y bailando.*)

TELÓN.

CUADRO SEGUNDO

Noche del mismo día. Habitación de la Tcheka, aislada de otra gran habitación por medio de un biombo de madera.

En un rincón, botellas de vino confiscadas; arrimadas a la pared, distintas clases de armas: pistolas, fusiles, ametralladoras.

La ventana, oculta por una reja; en ella, una ametralladora, apuntando hacia la calle. La habitación es sombría, sucia, en forma de vivac y de un aspecto poco tranquilizador. Encima de una mesa, un gran montón de actas. En otra mesa, una completa instalación de aparatos y señales. Detrás de la puerta se oyen voces de personas que discuten. Dos guardias conducen a Riasanskaya al interior de la habitación.

ZUCKERMAN.—(*Hablando al teléfono, enérgico, categórico, convincente.*) Dígale usted que le doy dos horas para meditarlo... O lo dice todo... o cuatro tiros... Sí... No tiene más que estas dos salidas. O la libertad o los cuatro tiros. (*Cuelga el auricular y se vuelve hacia la puerta.*)

RIASANSKAYA.—(*En la mayor indignación; sus ojos echan chispas.*) ¿Qué significa esto, camarada Zuckerman?...

ZUCKERMAN.—(*Rápido.*) ¿Qué te ocurre, camarada Riasanskaya?

RIASANSKAYA.—He sido detenida en la calle y conducida aquí... ¡Dicen... que por orden tuya!

ZUCKERMAN.—No te excites, camarada Riasanskaya.

RIASANSKAYA.—¿Qué significa esto? ¿Prisión?

ZUCKERMAN.—No... Quería hablar contigo.

RIASANSKAYA.—¿Y se llama así a un camarada?

ZUCKERMAN.—Dejemos las formalidades, camarada Riasanskaya. Toma asiento; tenemos que hablar muy seriamente. (*Aleja con un gesto a los centinelas. Riasanskaya se sienta después de un momento de titubeo. Un silencio, durante el cual se observan mutuamente. Zuckerman apoya la cara en el puño, que vuelve a tomar la forma de un revólver; de pronto alza la cabeza y fija sus ojos en Riasanskaya.*) Tengo noticias de que estáis descontentos... ¿Por qué estáis descontentos? ¿Preparáis una conspiración?

RIASANSKAYA.—¿Estás loco?... ¿Cómo se le ocurre eso?...

ZUCKERMAN.—(*Un momento silencioso y sombrío.*) ¿Por qué no estás en el asilo de los niños?... ¿Qué hacías en el puerto de Gorny?...

RIASANSKAYA.—(*Se estremece; después dice intranquila.*) ¿Cómo lo sabes tú?

ZUCKERMAN.—Se le ha visto a las altas horas de la noche entre los pescadores. (*Silencio.*)

RIASANSKAYA.—(*Irritada.*) No tengo que darle cuenta de mis actos... Sólo a mi partido.

ZUCKERMAN.—(*Rápido.*) No... No es eso... Yo soy aquí el representante de los Soviets..., y vosotros debéis obedecerme... Todos.

RIASANSKAYA.—¿Cómo has podido pensar en una conspiración?

ZUCKERMAN.—Vosotros estáis hace algún tiempo contra nosotros... ¿Qué ha hecho hoy la camarada Irina al juzgar en la plaza al capitán Lobátkof?... Sois contrarios

a la defensa de la fortaleza... Sois contrarios al servicio militar obligatorio... Sois contrarios a las medidas que exige el proletariado.

RIASANSKAYA.—(*Riendo.*) ¡Tonterías!... ¿Qué proletariado?... Sólo las deseáis vosotros.

ZUCKERMAN.—(*Sombrío.*) Lo veis... Luego sois contrarios. (*Su forma de hablar se torna doctrinaria. Adopta el mismo tono que Monátkof.*) La dictadura del proletariado en un país atrasado económicamente, bajo una sangrienta y despiadada guerra civil, debe ampararse enérgica y cruelmente en la fuerza revolucionaria. (*Calla unos momentos, entornando los ojos. De pronto, inclinándose ante ella amablemente.*) ¿Y por qué no hacéis francamente un movimiento para que sepamos... qué más se esconde dentro de vosotros?...

RIASANSKAYA.—(*Saltando llena de indignación.*) ¡Sólo faltaba esto!... ¿Quieres provocarnos? ¿Sabes lo que haces?... Estás hablando con una camarada... (*Detrás de la puerta se oyen voces, llantos, gritos.*)

ZUCKERMAN.—Un momento... (*Al centinela que entra.*) ¿Qué ocurre?

CENTINELA.—Otra vez la vieja generala... Se ha escabullido de nuevo...

ZUCKERMAN.—(*Con odio reconcentrado.*) ¡Vaya al demonio! (*Va a la puerta. Se ve cómo una señora anciana llora y se abraza a él, mientras es separada por la espalda. Zuckerman, brutal.*) ¡No dejarla entrar más!... El que vuelva a dejarla entrar será llevado ante el tribunal... ¡Un centinela aquí!... (*Un centinela, con fusil y bayoneta calada, entra en la habitación. Zuckerman cierra la puerta y vuelve sonriendo irónicamente. Riasanskaya sigue sus movimientos con la mirada. Zuckerman vuelve a sentarse ante la mesa, con la cabeza baja y murmurando.*) La ge-

nerala ha pecado bastante, muchachos... Al infierno con todos ellos.

RIASANSKAYA.—(*Su rostro se aclara y sus ojos se entristecen.*) Pobre hombre... ¿Por esta causa no tratas a nadie con miramientos?

ZUCKERMAN.—(*Amargado.*) ¿Por qué hemos de hacerlo con los hijos de Caín? ¿Lo han hecho ellos con alguno de los nuestros?... Yo era un pobre muchacho en una ciudad judía... ¿Podéis imaginar vosotros, ni nadie, cómo era allí pisoteada mi gente? Mi padre se pasó su vida entera buscando trabajo, y murió en la más amarga miseria... No querían mandar a mi hermana a servir en la ciudad... Sabían que allí estaba perdida para siempre la pobre... Mi madre lloraba... Mi padre lloraba..., y al fin la dejaron... ¿Y yo? A los nueve años tuve que trabajar en casa de Müller... No me dejaban comer con ellos a la mesa... Comía detrás de la puerta, como un perro. (*Da un puñetazo en la mesa, que hace que todo tiemble.*) ¿Y el Progrom que tuve que presenciar? ¿No es nada eso?... (*Se levanta, se yergue, su voz atruena, llena de dolor y cólera. El centinela escucha atentamente.*) ¿Y en nuestra historia, qué ha ocurrido siempre? Cuando pasaba algo, algo malo—malo tenía que ser—, empezaban por arreglar las cuentas a los judíos... En la antigüedad hubo un judío, y este judío fué crucificado... No sé ya si era bueno o malo... Pero era nuestra propia sangre..., y después, los mismos que lo crucificaron aceptaron las doctrinas de aquel judío; Cristo. ¿Y crees, camarada Riasanskaya, que se lo agradecieron al pueblo judío?... No. ¡En nombre de ese Cristo los siguen crucificando! Y cuando en la Edad Media estalló la peste, sacrificaron judíos... Y cuando más tarde se organizaron las cruzadas..., en una cosa tan ideal como la liberación del Santo Sepul-

ero..., mataron judíos... ¡Y así fué y es en todas partes..., en España..., en Portugal..., en Alemania..., en Polonia..., en Rusia! Cuando algo iba mal..., o un gobernador quería hacer carrera..., ¡una matanza de judíos!... ¿Ha hecho alguien algo por este pueblo, camarada Riasanskaya? ¿Por el pueblo de los sin patria y de los miserables? Tú, como rusa, no puedes comprenderlo... ¡Y esto hubo de sufrirse mil años..., dos mil años! (*Triunfante.*) Hasta que ha llegado nuestra hora..., llegó el vencedor: el proletariado. Y yo, Boris Zuckerman, he comprado con mi sangre el honor de estar entre ellos, y hoy soy el presidente de la Tcheka, ese alto castillo rojo de la dictadura proletaria... Y esto deben sentirlo todos... Los hijos de Caín, los jesuítas, los inquisidores, los carniceros, los gobernadores del zar y este capitán Lobátkof... Deben sentir que hay una justicia en el mundo... Pero tú no lo puedes comprender, camarada Riasanskaya... (*Se detiene en la esquina con ojos relampagueantes, como un animal acosado.*)

RIASANSKAYA.—(*En gran excitación.*) No..., no digas eso..., te lo suplico, no digas eso..., camarada Zuckerman... Yo no soy rusa... Yo soy también judía. Y he oído en mi casa todas esas cosas. (*Con dolor y amargura.*) También yo siento en mi sangre nuestra historia pasada... (*Calla un momento; se levanta orgullosa.*) ¿Pero dónde están hoy todos los Césares, los padres de la Iglesia, los generalísimos, que nos pisotearon? ¿Dónde han ido a parar todos? Han desaparecido en la obscuridad de sus propios odios... Y nosotros..., vagabundos sin patria..., rodeados por el odio y la cólera..., nosotros vivimos..., vivimos y comerciamos. ¿No es esto la justicia? (*Va excitada de un lado a otro. Zuckerman está visiblemente conmovido. El centinela, apoyado en su fusil, escucha atentamen-*

te.) ¿Debemos proceder nosotros como ellos? Ahora que ha resplandecido este hermoso día; ahora que ha empezado en nosotros la revolución social, ¿quieres tú, Zuckerman, utilizar esta época luminosa para saldar las cuentas de nuestra historia? ¿Quién te da a ti el derecho para ello?... Tú... ve a los cementerios de todo el mundo y pregunta a los martirizados judíos que allí reposan... si necesitan tu venganza... Tú debes entonces continuar la Edad Media y la peste y las Cruzadas. (*Silencio.*) Yo creí también entre odios, miserias y amarguras... Pero por eso mismo no soy vengativa, sino revolucionaria. (*Se acerca orgullosa a Zuckerman con ojos brillantes. El centinela, sin darse cuenta, ha ido aproximándose poco a poco.*) Mira tú, camarada Zuckerman, y también tú, camarada guardia rojo... ¿Cómo te llamas?

CENTINELA.—Antipoff.

RIASANSKAYA.—Oye, camarada Antipoff: por eso tomamos parte nosotros, los judíos, en todas las revoluciones... Allí donde se encuentren hombres que quieren arrojar la carga de sus tormentos..., allí hay judíos que luchan, que se sacrifican, que mueren. Esa es nuestra venganza..., precisamente porque nosotros hemos apurado más que nadie el cáliz de la amargura, pisotearemos con nuestros pies ese cáliz... por todos...

ZUCKERMAN.—(*Con voz velada.*) Es difícil creer... lo que dices... Las Sodomas existirán siempre.

RIASANSKAYA.—(*Con voz de triunfo.*) ¡No, Zuckerman, eso no es verdad! Sólo tú ves en todas partes odios y ladrones e hipócritas... Pero también en Sodoma hubo algo bueno entre los hombres... Hubo lágrimas. Pueblo con corazón puro lo hubo siempre y lo hay hoy... Con éste se construirá la nueva vida... ¡Cuánta alegría..., cuánta infinita alegría hemos de disfrutar aún!... Y su alma

Zuckerman, se humanizará entonces también. ¿Verdad, Antipoff? (*Pausa. Riasanskaya mira en torno, como volviendo a la realidad, y se dirige a Zuckerman con voz tranquila.*) Y ante esta alegría..., ¿qué disputas ni contiendas pueden separarnos?... Nada más tengo que hacer aquí. (*Marcha con pasos seguros hacia la puerta. La guardia presenta armas. Zuckerman permanece inmóvil. Riasanskaya abandona la habitación.*)

TELÓN.

CUADRO TERCERO

Altas horas de la misma noche. Fuera, llueve. Sala de sesiones del Comité revolucionario, débilmente iluminada. En la esquina, y ante una mesa llena de actas, se sientan Kostolomsky y Onufeief. De vez en cuando cambian alguna palabra.

KOSTOLOMSKY.—Si pudiésemos movilizar todos los carros y camiones, haríamos el transporte ordenadamente.

ONUFVIEF.—No... Para muchos no alcanzarán... Tenemos allí demasiada impedimenta militar... No podemos abandonarla...

KOSTOLOMSKY.—(*Cruza las manos.*) ¿Qué hemos de hacer entonces? (*Entra precipitadamente, con gran excitación, la mujer de Monátkof y se dirige a Kostolomsky.*)

MUJER DE MONÁTKOF.—Acabo de oír que evacuáis los arrabales..., que debéis evacuarlos... ¿Pero por qué esta precipitación?... Nadie está allí enterado de nada... Pronto estallará el pánico entre ellos.

KOSTOLOMSKY.—No importa... Ya se les comunicará, si es preciso.

MUJER DE MONÁTKOF.—¿Qué significan estas palabras: «Si es preciso»?... Allí no se mueve nadie todavía... Todos continúan en sus puestos... Aquello será bombardeado, seguramente.

KOSTOLOMSKY.—¿Cómo que todos quedan en sus puestos? Todas las autoridades soviéticas y todos los partidarios del régimen serán evacuados a tiempo.

MUJER DE MONÁTKOF.—¿Os habéis vuelto locos todos? ¿Y la población? ¿Y los asilos de niños?

KOSTOLOMSKY.—(*Eludiendo.*) También los asilos de niños serán puestos en salvo. ¿Qué podemos hacer? De las investigaciones ha resultado que en la ciudad no hay sitio para todos... Onufvief y yo nos rompemos la cabeza por este punto principal... Además, no tenemos tiempo de...

ONUFVIEF.—(*Levanta la cabeza de las actas.*) Las cosas, claras.

MUJER DE MONÁTKOF.—Pero, bueno... ¡Vosotros habéis perdido la cabeza!... ¿Queréis que sea destrozada en pedazos la población pacífica? (*Onufvief y Kostolomsky cambian miradas.*) Acabo de atravesar el patio; cada vez irrumpe más gente... Huyen de los arrabales... Piden que se les ponga, con sus cosas, en seguridad... Y la lluvia cae a torrentes sobre ellos... La noche es obscura como boca de loco... Una mujer, con un niño en brazos, se ha agarrado a mí..., gritando... Quiere hablar con vosotros... Está allí..., detrás de la puerta... ¿La dejo entrar?

KOSTOLOMSKY.—Que entre. (*Entra, muy excitada, una mujer envuelta en un mantón, empapado de agua; se lo quita y descubre el rostro de una joven trabajadora; en sus brazos gime un niño de pecho. La mujer de Monátkof la conduce cariñosamente a un rincón y le ofrece una silla. Kostolomsky se acerca con rostro demudado a la trabajadora, le coge el niño y pasea con él, en brazos, por la habitación, acunándole, hasta que se calla. Después se sienta ante la mesa, con el niño en las rodillas, y contempla las actas.*)

KOSTOLOMSKY.—¿Dónde puedo alojarte, camarada? Si te alojo con tu familia, seguramente no seréis dos, sino seis o siete lo menos. Y si lo saben los vecinos...

MUJER DE MONÁTKOF.—¿No tenéis compasión de estos seres inocentes? ¡Increíble!

KOSTOLOMSKY.—(*Severo.*) ¡Qué nos habla usted de compasión, camarada Monátkof! Nosotros lo sabemos todo... Tenemos bastante compasión con las criaturas... (*Mira al niño.*) Pero esos hombres han hecho nuestro suelo tan indigno, tan miserable..., que sólo puede purificarse con sangre... para su propio bien... ¡Compasión, compasión..., pero la basura queda!

MUJER DE MONÁTKOF. — Pero no se puede poner en peligro de muerte a seres inocentes... Son trabajadores.

KOSTOLOMSKY.—(*Más severo.*) Y puestos a salvar la vida de los hombres..., ¿por qué sólo la de los trabajadores y no también la de los burgueses..., la de los generales?... ¿No son hombres también? ¿Qué contabilidad es la vuestra? Si por la revolución podemos asolar, exterminar aquéllos..., ¿por qué no a todos?... (*Acunando al niño.*) ¡Compasión! Por compasión precisamente debemos extirpar la contrarrevolución... ¡Inocentes! ¡Deben morir diez mil inocentes para que diez millones sean libres de sufrimientos! (*Kostolomsky pone otra vez el niño en brazos de su madre, que acaba de levantarse.*)

ONUFVIEF.—(*Con una mano sobre las actas, tranquilo.*) Sí, de miramientos no podemos hablar... Esto es una confusión del cerebro llevada a cabo por la burguesía... Las cosas, claras..., ¿eh?... ¿Ha tratado con miramientos la burguesía a alguno de los nuestros? Ahora le llegó el tiempo al proletariado..., su tiempo..., y debe imponer

sus ideales... Antes imperaban los grandes terratenientes, los nobles, los capitalistas; y ahora le ha llegado la hora a los trabajadores... El poder y la fuerza son nuestros..., y no dejaremos que nos los arranquen. Dictadura del proletariado... y con esto basta... ¿Cómo se puede charlar aquí de compasión? (*De nuevo se abstrae en el estudio de las actas.*)

MUJER DE MONÁTKOF.—(*A Kostolomsky.*) ¿Qué haréis con esta trabajadora?

KOSTOLOMSKY.—Bueno..., la alojaremos.

MUJER DE MONÁTKOF.—¿Y a los otros niños?

KOSTOLOMSKY.—A los otros, también.

MUJER DE MONÁTKOF.—¿Y los mayores? (*Kostolomsky enmudece.*) Bien..., yo lo arreglaré con el camarada Monátkof. En seguida me quejaré a él.

ONUFVIEF.—(*Serio.*) No hace falta. Nosotros tres—Monátkof, Kostolomsky y yo—lo arreglamos todo. (*De la habitación vecina llega Monátkof, de trabajar. Al pasar junto a su mujer para dirigirse a los otros, ella lo rechaza.*)

MONÁTKOF.—(*A media voz.*) ¿Tenéis cuidado con la hora? ¿Está preparado el Estado Mayor? (*Kostolomsky y Onufvief callan. Esta esquina de la habitación se obscurece; en la otra, la mujer de Monátkof coge del brazo a su marido.*)

MUJER DE MONÁTKOF.—(*Excitada.*) Oye lo que hacen... No ponen en salvo a los infelices de los arrabales de allí... Los ametrallarán... (*Monátkof le escucha distraído; ella le mira con asombro y continúa, la voz velada por la emoción.*) ¿No podéis dejar la evacuación para dentro de unos días?... ¿A qué esta precipitación?

MONÁTKOF.—(*Preparándose a salir otra vez, rápidamente.*) No se puede prolongar...

MUJER DE MONÁTKOF.—Pero morirán muchos de los habitantes...

MONÁTKOF.—No puede evitarse... Estamos en guerra civil. (*Siempre con el mismo tono convincente.*) Pero las autoridades... y los asilos de niños serán puestos en seguridad.

MUJER DE MONÁTKOF.—(*Tranquila y dócil.*) Por consiguiente, nosotros nos protegemos en primer lugar...

MONÁTKOF.—No a nosotros, sino al aparato de la revolución.

MUJER DE MONÁTKOF.—¿Qué dirán los que se hayan quedado allí, al verse en medio de aquel diluvio de balas? (*Monátkof se encoge de hombros; la mujer le mira dudando.*) Si tú has resuelto eso definitivamente, mañana iré a los arrabales..., abandono nuestra torre del fuerte... Yo quiero estar... donde los demás.

MONÁTKOF.—(*Se estremece como herido por un rayo; la mira unos momentos en silencio; después, arrebatadamente.*) Olinka, ¿a qué ese sacrificio tan inútil?... No debe sacrificarse uno sin objeto... Esto no es un juego. (*Acaricia la cabeza con torpe ternura.*) Olinka, ¿qué quieres hacer?... ¿Dejarme solo?... ¿En estos momentos?... ¿Tú sabes lo solo que estoy?

MUJER DE MONÁTKOF.—(*Con voz temblorosa.*) ¿Y no lo estoy yo también? Sin hijos, los dos estamos solos... entre tanta gente...

MONÁTKOF.—(*Le acaricia sus hombros.*) Te quedarás aquí, ¿verdad, Olinka?

MUJER DE MONÁTKOF.—(*Con tono enérgico.*) Mañana iré a los arrabales.

TELÓN.

CUADRO CUARTO

Habitación de Monátkof. Una estancia estrecha, que comunica con la sala de sesiones. Mesa con actas, libros y teléfono. Brilla sólo una pequeña lámpara eléctrica.

Entra Monátkof, sombrío, por la puerta de hierro. Y pasea por la estancia. Después, se tumba en el sofá; vuelve a levantarse; se quita los zapatos y la chaqueta; vuelve a echarse. Sólo un pequeño rayo de la lámpara ilumina su rostro. Pasa un minuto. Se mueve intranquilo, de un lado al otro. Se oye veladamente, pero a compás, marchar la gente. En la obscuridad que, de pronto, se extiende por la habitación, se destacan siluetas de gentes marchando alineadas. Arriba, en el rincón de la derecha, se oye una tarareada irónica. Después salta el Diablo en la habitación. Viene vestido de negro, como un gentleman: una larga llama roja flamea de su boca, como una lengua de fuego.

DIABLO.—(*Riendo.*) Buenas noches, camarada Monátkof... ¡Es interesante cómo practicáis vosotros el socialismo!

(*Las siluetas toman fuertes contornos. Con pasos amortiguados marchan guardias rojos en formación perfecta. Todos llevan fusiles, camisas, gorras iguales, con la estrella roja. Entre ellos, banderas; a la cabeza, comisarios. Monátkof, desde un balcón, saluda con la mano; a cada sección que pasa, vuelve el rostro hacia el Diablo como a*

una voz de mando, y grita algo. Se escuchan, amortiguados, los acordes de la Internacional.)

DIABLO.—¿Qué bonito, eh?... El ejército rojo... exactamente como el zarista... ¡Exactamente!...

(Las mismas figuras se transforman de guardias rojos en soldados rusos de los tiempos pasados. Las camisas y los fusiles quedan los mismos; sólo las gorras sin la estrella roja; las banderas también son otras. En vez de comisarios van a la cabeza oficiales de los tiempos del zar. Estas tropas desfilan al mismo paso, al compás de una marcha militar.

Monáikof se mueve cada vez más intranquilo; en el rincón se oye otra vez la risa cínica del Diablo.)

DIABLO.—Y ahora contemplemos a tu pueblo libertado...

(El panorama se transforma en una hilera de fábricas de las mismas dimensiones... Entre ellas, algunas casas de vecindad, iguales también. Columnas de humo suben al cielo. En uno de estos edificios falta la pared, de forma que el público vea lo que ocurre en el interior. En distintos pisos, el mismo cuadro: ante las máquinas, que sin cesar se mueven, hay cientos de trabajadores y trabajadoras. Ante el edificio de la fábrica está colocada una gigantesca balanza... A su lado, un tenedor de libros, sobrenatural, con una pluma detrás de la oreja. Delante de todo, un gran parque, cercado de árboles de iguales dimensiones. En este parque se ven pequeños jardines, arriates geométricos, y entre los árboles, estatuas. En los caminos se divisan mujeres, hombres y niños. Todos bien vestidos, bien peinados, pero con expresión de cansancio. Cuando llegan a un determinado lugar del parque, donde se ven los contornos difusos de Monáikof, le saludan con la mano, fatigadísimos, con débil y muerta sonrisa.)

DIABLO.—¡Pueblo feliz! Pero están algo inquietos contigo... ¿Abrumados quizá por tanta felicidad y gratitud? Es para morirse de aburrimiento contigo y con los tuyos...

(Monátkof se mueve intranquilo en el sofá. Nueva transformación en los cuadros. Monátkof aparece sentado ante su mesa; de cuando en cuando llegan hombres que se le acercan para pedirle órdenes o instrucciones. Entre los que llegan se ven muy a menudo los tipos de Onufrief, Kostolomsky, Súsef.

Todos están ante él en actitud respetuosa y militar; de sus labios salen siempre las palabras «Las cosas, claras». Todo pasa con fantástica rapidez. Monátkof, el verdadero Monátkof, tumbado sobre el sofá, se yergue a medias y grita de mal talante: «No seáis tan serviles; reñidme también.»

De la esquina llega una carcajada irónica. El cuadro vuelve a iluminarse de pronto. Aparece un incendio; se ve una multitud que se va acercando; le sale al encuentro policía de a pie y a caballo. Entre ellos se distingue a Monátkof, dirigiéndose a todos, tratando de contenerlos. Entre la multitud se ve claramente el rostro angustiado de la mujer de Monátkof, a quien también trata de contener.

Monátkof, en el sofá, gime entre sueños. En el cuadro aparece de pronto una confusa mescolanza de rostros, cuerpos y chispas de fuego. En este caos, surgen por distintos lugares los rostros de Miguel, de Riasanskaya, del niño de la trabajadora en la escena anterior, de la hija del capitán Lobátkof. Una lluvia de fuego cae sobre todos.)

DIABLO.—*(Ríe en la esquina, imitando la voz de Monátkof.)* «¡No se puede evitar! ¡Estamos en guerra civil!»

(Monátkof se cubre el rostro con las manos. En el cua-

dro aparece una estepa sombría y solitaria, cubierta por un cielo tenebroso. Monátkof, con las manos en los bolsillos y la gorra calada hasta los ojos, pasea solitario. De vez en cuando se detiene y mira en torno. A lo lejos se ven rayitas de luz, como ojos de lobos. Respirando profundamente, sigue su camino.

Estremeciéndose en el sofá, y adormilado, dice: «¡Qué solo!»

La risa irónica del Diablo se confunde con el timbre del teléfono. Este suena fuertemente; Monátkof se levanta de un salto.)

TELÓN.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Al día siguiente, por la mañana temprano. El cielo está cargado de nubes. Ante la ventana abierta, que da al Volga, se sienta en una mecedora Irina, cansada y agotada, con señales evidentes de no haber dormido.

La cabeza apoyada en la mano, escucha el ruido del puerto. El gemido de las sirenas, las melodías cantadas por los marineros del Volga y los acordes de la Internacional se mezclan, formando una melancólica sinfonía. Irina respira profundamente.

Arika entra despacio y se coloca detrás de ella.

IRINA.—(*En voz baja.*) ¿Qué ocurre, Arika? ¿Por qué vienes aquí?

ARIKA.—Natalia Ivanofna me ha mandado, por si necesitaba usted algo. Seguramente no ha dormido usted en toda la noche.

IRINA.—No necesito nada, gracias. (*Se acerca a ella y la mira en el rostro.*) Tú eres un ser feliz, Arika. ¿Quieres mucho a tu Nikita? Pronto irás al pueblo, a cuidar niños.

ARIKA.—(*Riendo, avergonzada.*) Ya es hora de cuidar los propios, no siempre los extraños. (*Pausa.*) Nikita acaba de llegar para comunicarle a usted algo... Creo que una

sesión o algo parecido. (*Nikita, con el fusil al brazo, entra, pisando cuidadoso con sus pesadas botas. Cambia miradas cariñosas con Arika y saluda a Irina con un apretón de manos. Pausa.*)

IRINA.—Dime, camarada Nikita... ¿No deseas con toda tu alma que esto tenga un fin?... ¿Que se acabe de una vez la revolución y puedas volver a tu pueblo?

NIKITA.—¡Claro que quisiera!... No acabamos de salir de la guerra... ¡Ah, entre nosotros, en el campo...! (*Calla, sumido en sus pensamientos. En el cuadro aparece un campo de sazonadas espigas, con segadores y segadoras. El cielo es azul y atorciopelado. La visión desaparece.*) Ah, camarada Irina..., pronto acabará la revolución... También llegará para ti el tiempo de descansar... con todos nosotros... Tú estás siempre tan sola... y has sido demasiado tiempo novia de Cristo.

IRINA.—(*En voz baja, pero severa.*) Nosotros no podemos, Nikita. Mi alma ha sufrido ya tanto... Yo misma me asombro de tanta resistencia... Pero desde aquellos tiempos el alma sólo sirve a un único fin: al pueblo, a la revolución... Nosotros no podemos dar nuestro corazón a un hombre solo... Si empezamos así, hemos acabado para siempre... La cosa es clara: o tu amas a alguien..., es decir, te amas a ti..., o te entregas al pueblo... con todo tu amor, con todos tus sueños, con todas tus fuerzas. (*Va, pensativa, de uno a otro lado de la habitación; fuera se oye el ruido amortiguado de las sirenas. Irina continúa.*) El objeto de nuestra vida es arrancar, a la fuerza, del cuerpo del pueblo, todas las sanguijuelas que le absorbían la sangre, a fin de que la vida sea para todos los hombres más ligera, más pura, más brillante..., para que vosotros, el pueblo, se gobierne solo. (*Se acerca a Nikita con severidad.*) Y abra bien los ojos, Nikita...

para que ni entre vosotros ni entre nosotros vuelva a haber señores... ¡Donde hay señores, hay también siervos!

NIKITA.—(*Riendo.*) No temas, camarada Irina; nosotros husmeamos ya a los señores a cien leguas... Y si son buenos con nosotros..., ¿qué hacer entonces? En nuestro pueblo hay también señores muy buenos... (*Pausa.*) Aquí, en el Comité, están todos por el pueblo... Yo, sin embargo, ¿qué no he presenciado ya aquí? En cuanto ruge un comisario, veo ante mis ojos a Gavrulin, el maestro de la fábrica.

IRINA.—¿Cómo? ¿Tú estabas empleado en una fábrica?

NIKITA.—(*Orgulloso.*) Naturalmente... Yo soy obrero y soy aldeano. Allí estuve de centinela no hace mucho en el departamento del camarada Sósef. Un buen hombre..., instruído... ¿Pero por qué nos imita a nosotros, los trabajadores? ¿Tú eres una persona educada? Bueno, pues resuelve lo tuyo. Habla como sientas tú misma. Ellos, no; ellos hablan por el pueblo... ¡Como si el pueblo fuese un niño!... (*Pausa. Nikita deja el fusil a un lado y se da unos golpes en los muslos.*) ¿Por qué le es tan difícil a los hombres vivir sencillamente? ¡El socialismo es eso: una vida sencilla! (*Arika se santigua, asustada, y abandona la habitación.*)

IRINA.—(*Cambiando de tono.*) Camarada Nikita, se prepara algo en la fortaleza... Temo que no puedas volver tan pronto a tu pueblo... ¿Tienes hoy también guardia en el Comité?

NIKITA.—(*Cogiendo el fusil.*) No; hoy no nos han llamado.

IRINA.—Me lo figuraba. Ahora eligen ellos su gente, la tamizan... Bueno; no permitáis, tú ni los otros, que os

echen de la fortaleza... Mucho más, porque seréis necesarios... Permaneced juntos para que os veamos durante la sesión... Algo sucederá, camarada Nikita... (*Suena el silbato estridente de una sirena.*) Reemplazadnos... en caso de necesidad...

TELÓN.

CUADRO SEGUNDO

En la torre de la fortaleza. De día. Por la puerta del corredor que conduce a la sala de sesiones, entran miembros del Comité, hablando excitadamente. Entre ellos, Onufvief, Kostolomsky y, en último lugar, Mondikof e Irina.

IRINA.—(*Severa.*) ¿Por qué han convocado a sesión si el material no está preparado? En la orden del día reza: «Votación de un acuerdo definitivo.» Seguramente es la defensa de la fortaleza.

MONÁTKOF.—(*Rápido.*) Naturalmente; pero el material del Estado Mayor no está terminado todavía. Dentro de algunas horas, hacia la noche, convocaremos a sesión.

IRINA.—¿Por qué un secreto tan bufo en torno a este asunto?

MONÁTKOF.—¿Cómo? ¿Un secreto? ¡No! Hay que tenerlo todo preparado. (*Le da un codazo.*) Dime, camarada Irina, ¿qué sucederá ahora entre nosotros? ¿Llegaremos a la lucha?

IRINA.—Esa lucha la empezáis vosotros... ¡Vosotros empezáis a traicionar la revolución!

MONÁTKOF.—(*Ríe en voz baja.*) No..., no..., camarada Irina. ¿Traicionarla nosotros?...

IRINA.—(*Excitada, pero dominándose todavía.*) Vosotros la traicionáis poco a poco..., cada día..., a cada

hora... No sólo con vuestros planes..., los planes de un estado incipiente..., sino con vuestras maneras y aspavientos..., con vuestro sistema, con vuestras espuelas y galones... Basta con mirar a vuestros comisarios.

MONÁTKOF.—(*Con sonrisa de asombro.*) Pero, camarada Irina... ¿cómo puedes afirmar eso? El pueblo nos aplaude...

IRINA.—(*Amargada.*) ¿Y eso qué prueba? Vosotros hacéis creer al pueblo muchas más cosas todavía... ¿Despertáis en él la libertad de opinión? Al contrario: ahogáis todo examen, toda crítica del régimen. ¡Vosotros despreciáis al pueblo!...

MONÁTKOF.—No disparates más, camarada Irina. (*Habla en un tono superfluo.*) Las revoluciones no se ejecutan a capricho de personas o grupos. Todos sus pasos están prefijados por leyes históricas... ¿Cómo podemos nosotros, ni nadie, prescindir de ellas? (*Levantando el dedo y moviéndolo a medida que habla.*) Nuestra misión es... interpretar estas leyes y realizarlas del modo más decisivo...

IRINA.—(*Indignada.*) ¿Por qué hablas siempre de las leyes históricas? Y los hombres que nos rodean, ¿no existen para ti? ¿Creéis vosotros que Iván, María y Nikita abandonan sus hijos, mueren y pecan contra sus almas por amor a vuestras leyes históricas? Todos y cada uno de ellos quieren saber por qué lo hacen...

MONÁTKOF.—(*Con vivacidad.*) El proletariado que dirige la revolución lo sabe. En la dictadura del proletariado, la conciencia de clase es todo... Sobre ella caerán todas las responsabilidades.

IRINA.—¡Qué bien decís esto vosotros!... ¿Por qué ha de cargar con las responsabilidades el proletariado solamente?... ¿Y todos los demás trabajadores? Si ellos han

de hacer todos los sacrificios, deben llevar también cada uno de ellos—Iván, María y Nikita—la responsabilidad ante la historia... y ante su propia conciencia. Pero el proletariado mismo no quiere confiaros la revolución... ¡Vosotros sois los primeros que robáis espiritualmente a los obreros!

MONÁTKOF.—(*Como antes.*) ¿Y qué crees tú, camarada Irina, que debemos hacer? ¿Dejar abandonada la revolución en mitad de la calle, a su buena suerte, para que la recoja el primero que pase? (*Otra vez en tono profético.*) El primero y principal punto de la revolución es la fuerza.

IRINA.—(*Con gran excitación.*) ¡Fuerza!... ¡Fuerza!... ¡Fuerza!... Eso es lo que os atormenta... Lo que más queréis en el socialismo...

MONÁTKOF.—(*Con sonrisa irónica.*) ¿Y no la queréis también vosotros?

IRINA.—Sí, nosotros queremos también conquistarla... Pero ¿con qué fin?

MONÁTKOF.—(*Como antes.*) ¿Y no queremos conquistarla nosotros para liberación de la humanidad explotada?

IRINA.—Sí, este fin lo tenéis también..., pero desde hace mucho tiempo ha sido superado por otro... Por la ambición enfurecida de poder..., de fuerza..., y como os aferráis tan denodadamente a la fuerza..., derramáis con mucha facilidad la sangre de los hombres...

MONÁTKOF.—(*Exasperado.*) Sangre... Sufrimientos... Ferocidades... ¡Qué me cuentas de todo eso! ¿Hubo menos sangre y ferocidades en la gran guerra? Millones de soldados fueron asesinados, destrozados... En las colonias se oprimía a millones de esclavos... Aquí ahora se manifiesta «la cultura de la humanidad»... En compara-

ción con aquéllos, somos ángeles, criaturas inocentes... (*Se encoge de hombros.*) ¡Nosotros derramamos sangre!... ¡Qué sabe nadie como son atormentados los hombres!...

IRINA.—(*Colérica.*) ¿Qué puedes decirme del tormento de los hombres? (*Se abre un poco el traje por la espalda, en la que se ven cicatrices de heridas.*) ¡Mira cómo me apalearon y atormentaron! Pero alguna vez ha de surgir el hombre nuevo...

MONÁTKOF.—(*Riendo sarcástico.*) ¡El hombre nuevo! ¡Enséñamelo! Basta que veas lo pequeños que son los hombres aquí... Todos miran a la fama..., a la fuerza... Puedes adueñarte de cada uno con sólo conocer su punto flaco... Dispuestos a toda mentira... Y sus amigos, exactamente igual... Y aunque alguna vez se levanten e insurreccionen, ¿cuánto tiempo dura eso?... Días... Horas... No hay ninguna voluntad firme... Con el látigo y terrones de azúcar puedes llevarlos otra vez a la *cuadra*... Los hombres, las clases, quieren que se las conduzca... aunque sea en reata... Y está bien, está muy bien que el desarrollo de la historia haya puesto en manos del proletariado y sus partidos esta dirección... Y esta dirección debemos tenerla en la mano... despiadada, dura, cruel... Cueste la sangre que cueste... (*Por un efecto de luz toman las facciones de Monátkof el gesto y los rasgos de los grandes dominadores de los siglos pasados: César, Loyola, Robespierre, Napoleón.*)

IRINA.—(*Retrocede espantada.*) ¿Cómo piensas entonces construir el socialismo con esta gente? ¿Qué juego inicuo desarrollas?...

MONÁTKOF.—Las masas tienen una condición..., de la que no podrán salir hasta que el socialismo las liberte y las haga fuertes...

IRINA.—(*Llena de indignación.*) ¡Qué mentira! ¡Qué vanidad! ¡Qué estupidez! ¿Y nosotros, somos algo sobrenatural, somos libertadores del mundo? ¡Mentira! Todo eso, mentira. Sólo en la masa vive la verdad apasionada. Sólo ella lleva en sí la figura de la nueva vida... Y por eso van con nosotros... Ahora están pisoteados, oprimidos... Pero precisamente a estos hombres oprimidos y pisoteados en la masa debemos exhumarlos nosotros, tú y yo, y todos... ¿No hemos labrado cuidadosamente estos millones de héroes desconocidos de la revolución? ¿Y qué haces tú? Amedrentar de nuevo a estos hombres amedrentados... No libertarlos de la blusa, de la servidumbre. (*En el patio suena un tambor y un canto revolucionario.*)

KOSTOLOMSKY.—(*Entra, tranquilo.*) Ha llegado una nueva sección de guardias rojos. ¿Queréis verlos? (*Irina y Monátkof se acercan a la ventana.*)

MONÁTKOF.—¡Qué muralla de hierro! ¿Lo ves? ¡Eso es proletariado organizado!

IRINA.—(*Irónica.*) Precisamente lo que tú necesitas... ¡Filas de soldados!... ¡El pueblo hace sus revoluciones libremente, sin trabas ni filas. (*Kostolomsky, arrimado a la pared, fuma su pipa. Irina se refiere a él.*) También ése mira de arriba abajo a la masa... (*Irónica.*) Pero tiene piedad con ellas, las llama «criaturitas»... Cuando ve a un niño, no puede dominar su alegría; pero está dispuesto a dejar huérfanos a miles de pequeños. ¡Ese tiene piedad... y tú... desprecias a los hombres! Eso es lo que hacéis vosotros con los aldeanos, con los guardias rojos, con los trabajadores...

MONÁTKOF.—(*Asombrado.*) Pero eso no es verdad... ¡Nosotros hacemos la guerra por su bien, solamente por su bien!

IRINA.—¡Eso es, precisamente! ¡Vosotros hacéis la

guerra por su bien..., y ello debía resolverse por la discusión libre entre todos, y que ellos mismos decidieran lo que es bueno o malo para ellos!... Esa masa no puede ser ni compadecida ni despreciada... Debe ser amada. Esto es, decirles en su cara la verdad, por amarga que sea, para que ellos carguen con la alegría o con el tormento de la responsabilidad. El trabajador siente también su relación con ella... La revolución debe estar en sus manos...

MONÁTKOF.—(*Fuerte, irónico.*) ¿Y si lo destroza todo?

IRINA.—Entonces tampoco podríamos salvarlo nosotros dos. (*Va de un lado a otro; de pronto se vuelve con energía hacia Monátkof.*) Yo sé que vosotros preparáis algo de fatales consecuencias... (*Monátkof y Kostolomsky cambian miradas que Irina recoge.*) Vosotros arriesgáis demasiado...

MONÁTKOF.—(*Con firmeza.*) No importa... El pueblo se dará cuenta de lo que hacemos...

IRINA.—(*Colérica.*) ¡El pueblo! ¡El pueblo! ¡Vosotros charláis sólo en su nombre!... ¡Malditos intelectuales! Si los obreros se amotinan lo hacen por su bondad y sentimientos de justicia... Es el día de fiesta de su existencia..., preparado hace cientos de años desde la cárcel de su vida... Sus almas están llenas de odio y amargura... Pero la revolución barrerá de un escobazo este monte lleno de escoria... (*Se acerca, excitadísima, a Monátkof, asombrado. Irina continúa más fuerte.*) Sí, por la poca justicia que habéis mostrado al pueblo... exigís de él el dominio absoluto sobre sus almas y sus cuerpos... (*Va de un lado a otro; de pronto se detiene ante Monátkof.*) ¿Preparáis por lo tanto algo peligroso?... ¿Calláis? (*Con cólera creciente.*) Quién sabe... ¡Tal vez sostengamos hoy por última vez una conversación como ésta!... Aún creen las masas en vosotros y os es fácil conservar la fuerza... Maña-

na se separarán de vuestro lado..., y vosotros sumergiréis la revolución en el terror..., y entonces os veréis aislados, solos... (*Mira con fijeza a Monátkof en los ojos.*), solos como partido y solos como hombres... (*Monátkof se estremece, se vuelve rápidamente.*) Y no sólo esto: para conservar la fuerza, lo aceptaréis todo..., abandonaréis todas las posiciones..., cerraréis contratos humillantes con los ricos, con los poderosos..., doblegaréis la cabeza ante ellos. Os espantaréis de vosotros mismos...

MONÁTKOF.—(*Acercándose mucho a ella.*) ¿Es que queréis la guerra, no?

IRINA.—De vosotros depende.

MONÁTKOF.—No..., depende de vosotros...

TELÓN.

CUADRO TERCERO

De noche. Una calle del puerto en el Volga. A lo lejos, los contornos del puerto. Alrededores invadidos por la niebla, por entre la cual se ve un farol de la calle. Vagamente se advierte a lo largo de las paredes la sombra de una persona.

Miguel y Súsef que con dificultad encienden su cigarro, se detienen bajo el farol.

SÚSEF.—(*Con voz fresca y segura.*) Déjate de vacilaciones... El camino que has tomado ahora no falla. (*Miguel enmudece y baja la cabeza.*) Fíjate bien: los tiempos heroicos que vivimos... muy raramente se repetirán en la historia... Ahora se siente plenamente cuándo se tiene la dictadura en las manos... ¡Qué profusión de fuerza!... También tú debías figurar en el grupo de los que no conocen titubeos ni vacilaciones. (*Miguel continúa silencioso. La sombra desaparece de la pared y Riasanskaya, con abrigo y capucha, se acerca precipitadamente a Miguel y le coge por un brazo. Miguel se estremece como al contacto de una serpiente.*)

RIASANSKAYA.—(*Ordenando.*) Tengo que hablar contigo... a solas... (*Súsef desaparece sonriendo. Riasanskaya, lleno de dolor, coge la mano de Miguel.*) ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto? No lo entiendo. Me vuelvo loco. (*Miguel calla.*) ¿Dónde estuviste toda la noche? ¿Sabes que ayer fuí detenido por orden de Zuckerman?... En su inte-

rrogatorio me dió a conocer detalles de nuestro último Consejo... Pasaste la noche fuera de tu casa... Es la primera vez que has hecho esto sin anunciármelo antes.

MIGUEL.—(*Inseguro.*) Recibí órdenes inesperadas del partido... Tú sabes ya...

RIASANSKAYA.—(*Severo.*) Eso no es verdad... Los nuestros te han visto en los arrabales con los otros... Como si quisieses ocultarte... Se sospecha de ti... Se prepara algo, y tú sabes más que nosotros,... más que yo. (*Miguel se vuelve.*) Es cierto, por lo tanto... (*Esconde el rostro entre las manos.*)

MIGUEL.—(*Atormentado.*) Natascha... Pronto lo sabrás todo.

RIASANSKAYA.—(*En gran excitación.*) ¿Qué es eso de pronto? ¡Ahora mismo! ¡En seguida!... ¡Inmediatamente!... Venga, di... ¿Estás comprometido secretamente? Mírame a la cara. (*Miguel se vuelve.*) ¡Y yo que te creí leal! (*Miguel se precipita en los brazos de Riasanskaya, que lo rechaza.*) Si tienes secretos para nosotros..., para mí..., entonces es que no hay remedio. (*Se abraza fuertemente al cuello de Miguel.*) Miguel, disuádeme..., convénceme de lo contrario... (*Saca un revólver, mira a Miguel con amor y pena, y dice con voz temblorosa.*) Si hay algo de verdad en esto..., yo mismo te mataría con mis manos... (*Miguel se arroja otra vez en los brazos de Riasanskaya, que lo rechaza nuevamente.*) ¡Vete!... (*Riasanskaya se aleja y marcha titubeando. Al final de la calle se vuelve; en sus ojos se ve la pena que le invade.*)

TELÓN.

CUADRO CUARTO

De noche. Habitación en la torre de la fortaleza. Sesión del Comité revolucionario. Los miembros del mismo, distribuidos por distintos sitios de la estancia. Se advierte en todos una gran tensión nerviosa. Sus actitudes muestran la más resuelta decisión. Ha aumentado visiblemente el número de fusiles en la sala. La guardia se ha doblado. Falta Nikita. La habitación está bien iluminada. Miguel y Blasenskaya están todavía con sus trajes humedecidos por la niebla y la lluvia.

Onufvief, Kostolomsky, Bliumchtéin, Zuckerman, en uniforme de campaña. Zuckerman, en su actitud típica: la mano en la frente. En la mesa, y ante Monátkof, un plano de campaña. Fuera se oye el cañoneo y el tiroteo de los fusiles.

MONÁTKOF.—(*Tocando la campanilla.*) ¡Cerrad las puertas! Camaradas: fuimos obligados esta mañana a aplazar la sesión, porque no teníamos las noticias definitivas del Estado Mayor... Ahora las tenemos... Os suplico mucha atención. En las últimas veinticuatro horas no se ha mejorado nuestra situación; al contrario, ha empeorado. Nuestros espías han comprobado que el enemigo no fortifica sus posiciones, sino que se prepara a marchar sobre la fortaleza... Nosotros decidimos ayer, de pleno acuerdo, no abandonar a ningún precio la fortaleza... Bueno... Pero no hay que hacerse ilusiones; nos encontramos en la situación más apurada... Escasean terriblemente los víveres... Van a faltar las municiones de un momento a

otro... Los trabajadores y los ciudadanos están descontentos con sus raciones, con el desorden en la distribución, con la falta de sistema. Por esta causa, se torna el elemento ciudadano más insolente con nosotros de día en día...

BLISOSCHVILI.—(*Serio.*) ¿Por qué preparas ese ambiente de pánico, camarada Monátkof?

MONÁTKOF.—(*Se vuelve con energía.*) Porque la situación es así..., y cada día empeorará más, a medida que avancen los cosacos. Nosotros debemos rechazarlos... Asestarles un golpe... Lo mejor, naturalmente, sería un golpe decisivo. Nuestro golpe debe ser completamente inesperado para el enemigo... Debe verificarse con la mayor rapidez posible... (*La tensión crece.*) El Estado Mayor propone lo siguiente al Comité: hoy, a las altas horas de la noche, *serán volados los arrabales.*

(*Movimiento general. Gritos en la sala. Irina se sienta como atontada, con los ojos inmensamente abiertos. Blisoschvili golpea nerviosamente en la mesa. Kostolomsky hunde la cabeza. Riazanskaya se acerca rápidamente a Miguel y lo mira lleno de amargo aborrecimiento.*)

MONÁTKOF.—(*Animado.*) Esa sorprendente e inesperada explosión en medio de la noche, originará una confusión terrible en las líneas cosacas... Se retirarán precipitadamente hacia el río, para ocupar sus antiguas posiciones... Allí los recibirá nuestra artillería, bien emplazada... Serán aniquilados totalmente. (*Se inclina sobre el plano y con el dedo va señalando los lugares.*)

BLISOSCHVILI.—(*Saltando airadamente.*) ¿Estás loco, camarada Monátkof?... ¿Te das cuenta de lo que propones?

MONÁTKOF.—(*Impávido.*) Es una necesidad estratégica.

BLISOSCHVILI.—Pero esto significa el sacrificio de una

población inocente... No puede consentirse que salten en el aire hechos pedazos...

MONÁTKOF.—Naturalmente que debemos sacar de allí a todas las autoridades del Soviet y de los partidos.

RIASANSKAYA.—(*Con lágrimas en los ojos.*) ¿Y qué será de los asilos de niños?

MONÁTKOF.—(*A Kostolomsky.*) También cuidarán de los niños. Se elegirá de entre nosotros una comisión de tres hombres...

BLISOSCHVILI.—(*Severo, indignado.*) ¿Y con los otros, qué se hace? ¿Dejarlos a merced de las llamas?

MONÁTKOF.—(*Impávido.*) Esta proposición del Estado Mayor no es sólo una necesidad estratégica—me asombra que vosotros no lo veáis—; es también una necesidad política y revolucionaria... Con ella sostenemos la fuerza, fortalecemos el poder de los Soviets.

IRINA.—(*Se levanta, con la cólera marcada en el rostro.*) ¡Ya os dije que vosotros lo haréis todo por amor al poder!... ¿Qué hablas de necesidad política y de estrategia?... En la revolución deben ser necesidades morales.

MONÁTKOF.—(*Golpea con la mano sobre la carta.*) Sí, ¿pero no comprendéis vosotros, necios, que es necesario?... ¡Necesario!... Nosotros no fortaleceremos sólo nuestro poder aquí, sino también allá arriba, en el centro. Destrozaremos aquí a los cosacos, y después avanzaremos hasta los campos de Kúban... Allí hay pan... ¡todo el que se quiera!... Los trabajadores y los guardias rojos comerán una vez hasta hartarse... Transportaremos docenas de trenes cargados de pan en dirección al centro... ¡Estas son nuestras probabilidades!... Además, será un choque formidable para la burguesía internacional... (*Irina mira fijamente a Monátkof.*)

BLISOSCHVILI.—(*Va exaltado de un lado a otro. Cuando pasa por el lado de Zuckerman le quita la mano de la frente.*) ¿A quién apuntas tú siempre? (*Movimiento entre los amigos de Monátkof.*)

SÚSEF.—(*Radiante.*) ¡Es grandioso! ¡Qué bien pensado está todo! ¡Qué golpe más audaz!

KOSTOLOMSKY.—(*Cortando.*) ¡Deja eso! ¿No ves lo que pasa aquí?

ONUFVIEF.—(*Tranquilo.*) Las cosas, claras... Aquí habrá pelea, lucha...

BLISOSCHVILI.—(*Decidido.*) Pero la revolución no debe sacrificar seres inocentes... No aceptamos la proposición del Estado Mayor... Podemos acabar también de otra manera. Yo propongo hacer cuanto antes una salida de la fortaleza contra todo el frente. Que salga hasta el último hombre... ¡Nosotros marcharemos a la vanguardia!... Con este ataque obligaremos a los cosacos a pasar el río, y los empujaremos hacia el Sur en la misma forma.

MONÁTKOF. — (*Moviendo la cabeza.*) Eso no puede ser... el riesgo es demasiado grande... Caeremos sobre ellos por sorpresa... Para eso es la guerra.

BLISOSCHVILI. — (*Grita.*) ¡No! ¡Guerra, no!..., ¡barricadas!... Las barricadas tienen otras leyes... (*Escóndalo en el patio. Los centinelas se preparan. Un grupo de guardias rojos trae en unas angarillas a Innokenti, gravemente herido. Todos se levantan. Irina y Riasanskaya se precipitan sobre él. Colocan entre unas sillas al herido, que abre los ojos y busca a su alrededor.*)

INNOKENTI.—(*En voz baja.*) ¿Dónde está la camarada Irina?

ONUFVIEF.—(*A un guardia rojo.*) ¿Dónde fué herido el camarada Innokenti?

GUARDIA ROJO.—En el bosque. Por la tarde rompieron un fuego muy duro los cosacos...

OTRO GUARDIA.—Siguen disparando todavía...

OTRO GUARDIA. — El camarada Innokeuti había ordenado avanzar a una batería... Tomó él mismo el mando... Nosotros se lo previnimos..., pero no quiso oírnos...

OTRO GUARDIA.—Los cosacos disparaban sin cesar contra nosotros... Teníamos muchos heridos... Íbamos transportando uno detrás del otro... ¡Entonces cayó él!

ONUFVIEF. — ¿Por qué no lo habéis llevado al hospital?

UNA VOZ.—Porque no quiso... Tiene un balazo en el pecho... A la fuerza quería venir al Comité... (*Onufvief pasea por la habitación. Colocan a Innokeuti sobre un banco y lo cubren con el capote de un soldado. Su cabeza descansa sobre las rodillas de Irina, que con rostro severo le acaricia los cabellos.*)

INNOKEUTI.—(*Con voz muy baja.*) Irina..., sé que me muero. (*Sonriendo.*) Alguna vez tiene que ser... Pero quiero decirte algo aún... (*Silencio.*) Proceded como hasta ahora... No hagáis ninguna concesión..., ni al enemigo de fuera... ni al de dentro... Tanto tiempo como el alma viva en nosotros... vivirá la revolución. (*Pausa.*) Yo muero cuando la aurora del nuevo día se extiende ya sobre el mundo entero... Un último esfuerzo aún y la victoria es nuestra... Todo el pueblo obrero está con nosotros, y si el día de nuestra victoria no se obscurece por la venganza... seguirá siempre con nosotros... (*Pausa.*) Mi padre fué muerto a tiros por la voluntad de su Dios... Yo muero como él... (*Muere. Silencio. Emoción general. Irina le cierra los ojos.*)

BLISOSCHVILI.—(*Llama a dos amigos y los hace per-*

manecer a la cabecera del muerto. Riasanskaya se seca las lágrimas.)

MONÁTKOF.—(*Serio.*) ¡Honor a los combatientes caídos!... El proletariado no olvidará nunca a los valerosos campeones de la revolución de los obreros y campesinos. (*Suena el timbre del teléfono. Monátkof coge el auricular y escucha con atención; luego deja de nuevo el auricular. Onufvief entra sin ser observado. Detrás de él, un grupo de trabajadores, que se esparcen por la sala. Monátkof llama a Onufvief y le pregunta apresuradamente: «¿Has visto a mi mujer?» Onufvief mueve la cabeza. Monátkof, con solemnidad.*) Ahora mismo acaban de informarme que dentro de quince minutos volarán los arrabales.

RUSOSCHVILI.—(*Rápido.*) ¿Cómo? ¿Volar? Eso está en discusión todavía... ¡Se nos ha engañado!

MONÁTKOF.—Ya no hay tiempo para discusiones... El que estorbe será...

IRINA.—(*Gritando.*) ¡Traición!... ¡Camaradas! ¡Traicionan la revolución! (*Se asoma a la ventana y grita hacia el patio.*) ¡Camaradas! ¡Guardias rojos! ¡Aquí, con nosotros! ¡La revolución está en peligro!

MONÁTKOF.—(*Venenoso.*) ¡Inútil!..., camarada Irina. Lo habíamos preparado de antemano... Camaradas... Onufvief... Zuckerman... (*Onufvief y Zuckerman forman rápidamente, con los trabajadores que entraron, un grupo compacto. Otro grupo de guardias rojos, armados, entre ellos Nikita, llegado del patio, quiere entrar; pero es rechazado por el grupo de Onufvief.*)

IRINA.—(*Se acerca con ojos relampagueantes a Monátkof y le coge la mano.*) ¡Reflexionad! ¿No somos aquí hermanos todos?... Ahí descansa Innokenti..., que murió por la causa común... La discordia acarrea males...

¡Revoca esa orden sobre la voladura de los arrabales!... otros os ponéis de parte del enemigo... No queréis aniquilar al enemigo en el campamento...

IRINA.—¡Vosotros sí que sois vuestros propios enemigos! En vuestras almas se ocultan los peores enemigos del Soviet...

MONÁTKOF.—¿Sí? (*Se vuelve a Kostolomsky, Zuckerman y Onufeief.*) ¡Camaradas, cumplid vuestro deber revolucionario! (*Los adeptos a Monátkof se acercan despacio, con los ojos bajos, a Blisoscheili, Riasanskaya, Irina y sus amigos. Estos retroceden hasta el banco donde está el cadáver de Innokenti.*)

IRINA.—(*Con el furor en los ojos.*) ¡Ah!... ¿Con que traidores?... ¡Entonces nos encontraréis en nuestros puestos!...

BLISOSCHVILI.—(*Con voz amenazadora.*) ¡Aun veréis lo que el pueblo piensa de esto!

MIGUEL.—(*Se precipita sobre Irina, gritando.*) ¡Quiero seguir con vosotros, camaradas! ¡Perdonadme! (*Irina y su grupo son rodeados por guardias rojos, muchos de ellos avergonzados e inseguros. Alguno de los detenidos desnudan sus pechos. Atruena el aire una horrible detonación. Suena un estallido detrás de otro. La habitación oscila. Todos están profundamente emocionados.*)

IRINA.—(*En tono profético.*) ¡Aun no se ha dicho la última palabra! ¡Volveremos! ¡Viva la revolución!... (*Mientras cae el telón, se ve en la pared del fondo la última escena del prólogo: la apuesta.*)

FIN DEL DRAMA

HEMEROTECA NACIONAL
BIBLIOTECA NACIONAL

INDICE

	Página
PRÓLOGO	7
HERRUMBRE ROJA	15
¡VENCISTE, MONÍTKOF!	141